

Textos e imágenes de tiempos convulsos México insurgente y revolucionario

Ma. Elvira Buelna Serrano (coord.)



SERIE ESTUDIOS
BIBLIOTECA DE
CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo



Textos e imágenes de tiempos convulsos. México insurgente y revolucionario

María Elvira Buelna Serrano
(Coordinadora)

Universidad Autónoma Metropolitana

Rector General

Dr. Enrique Fernández Fassnacht

Secretaria General

Mtra. Iris Santacruz Fabila

Unidad Azcapotzalco

Rectora

Mtra. Paloma Ibáñez Villalobos

Secretario

Ing. Darío Guaycochea Guglielmi

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Director

Dr. Alfredo Sánchez Daza

Secretario Académico

Mtro. Cristian Leriche Guzmán

Jefe del Departamento de Humanidades

Dr. José Ronzón León

Coordinador de Difusión y Publicaciones

Lic. Santiago Ávila Sandoval

Primera edición, 2011

Los derechos de reproducción de esta obra pertenecen al autor

© **Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco**

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Coordinación de Difusión y Publicaciones

Av. San Pablo 180, Edif. E, Salón 004,

Col. Reynosa Tamaulipas, Deleg. Azcapotzalco

C.P. 02200, México, D.F. Tel. 5318-9109

www.cshenlinea.azc.uam.mx/04_pub/04_publ.html

ISBN de la Colección Humanidades: **978-607-447-114-5**

ISBN de la obra: **978-607-477-427-6**

Se prohíbe la reproducción por cualquier medio
sin el consentimiento de los titulares de los derechos de la obra

Impreso en México / Printed in Mexico

Presentación <i>Cuaubtémoc Hernández</i>	11
Introducción <i>María Elvira Buelna Serrano</i>	13
La Malinche insurgente <i>Edelmira Ramírez Leyva</i>	21
Lucas Alamán, un republicano propositivo <i>María Elvira Buelna Serrano</i> <i>Lucino Gutiérrez Herrera</i> <i>Santiago Ávila Sandoval</i>	47
La tradición retórica en el Lucas Alamán historiador <i>María Luna Argudín</i>	75
El crepúsculo porfiriano de 1910. Los grabados de José Guadalupe Posada <i>Guadalupe Ríos de la Torre</i>	101
Cien años de la Revolución Mexicana. Hechos y escritores. Presentación: John Reed <i>José Silvestre Revueltas</i>	133

- La gran no novela de la Revolución Mexicana. 151
(Memorias de José Vasconcelos)
Oscar Mata Juárez
- México convulso. El camino desde la Revolución Mexicana hacia la revolución del arte moderno en el muralismo 179
Connie Marchante Saez

COLECCIÓN HUMANIDADES

SERIE ESTUDIOS

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Cuauhtémoc Hernández*

La conmemoración en México, este 2010, del Bicentenario del inicio de la lucha insurgente por la Independencia y del Centenario de la primera revolución social del siglo xx, ofrece la oportunidad de que los investigadores contemporáneos presenten frutos de la labor analítica, realizada a lo largo de su carrera académica, acerca de los procesos sociales e institucionales que han afectado a las diversas sociedades que han existido en el país a través de su historia.

Al igual que sucedió con la conmemoración del bicentenario del natalicio de Benito Juárez en el 2006, desde hace tres años fueron convocados estudiosos de varios centros de educación superior y de investigación del país y del extranjero, para que coordinaran y trabajaran en libros temáticos en que se dieran a conocer los resultados de su trabajo historiográfico.

A diferencia de los centenarios y cincuentenarios celebrados durante el siglo xx, en que el Estado era quien marcaba las festividades y acciones a realizar, los celebrados en este nuevo siglo encuentran a una academia que se ha ido conformando, transformado y consolidando desde hace 50 años, gracias a la profesionalización de sus estudios formativos, y que puede ofrecer una reflexión distinta a la meramente conmemorativa.

* Profesor-Investigador del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

Los trabajos que se presentan en los diversos títulos que conforman esta Colección 2010 no tienen el objetivo de ser festivos, ni *orgullosamente* cívico-nacionalistas, sino de mostrar la larga lista de problemas, agravios y procesos que para desgracia de los grupos sociales mayoritarios no han sido resueltos, o se han desarrollado en detrimento de los herederos de aquellos insurgentes que en 1810 y 1910 tomaron sus armas, machetes, cuchillos, antorchas, piedras, y ahora zapatos y pancartas, para marcar una alto a la explotación de que eran y son objeto. Las instituciones de educación superior e investigadores participantes en la Colección 2010 se unen al recordatorio de todo lo que falta por realizar.

**Textos e imágenes de tiempos
convulsos. México insurgente
y revolucionario**

María Elvira Buelna Serrano

La conmemoración del Bicentenario de la Independencia de México y el Centenario de la Revolución Mexicana es un momento propicio para reflexionar acerca de estos movimientos y de su utilidad en la construcción de una historia nacional diferente, la historia de México tal y como se enseña, por su carácter maniqueo, ha servido para conformar cierta identidad patriótica, pero también ha fomentado el pensamiento crítico porque su fin ha sido la formación de valores estatistas en los niños y jóvenes mediante la identificación de arquetipos.

La historia patria, no sólo la de México, sino la de los diversos países del mundo, fue el soporte ideológico que desde el siglo XIX sirvió en la enseñanza básica para fomentar el nacionalismo. El proyecto de educación generalizada, propio de la Ilustración se hizo realidad después del triunfo de la serie de movimientos liberales que lucharon por el establecimiento de gobiernos republicanos, y pudo cimentarse y consolidarse a partir de la sustitución de los valores religiosos por otros de carácter civil. Los nuevos valores se sobrepusieron a los antiguos, y sin embargo, conservaron sus formas, es decir, en vez de educar a partir de las vidas ejemplares de los santos, empezaron a identificarse modelos heroicos de personajes históricos, y tanto unos como otros se habían visto en la necesidad de luchar por sus creencias contra las fuerzas del mal para salir victoriosos después de grandes tribulaciones. Resulta-

tado de este concepto fue la acendrada xenofilia que sirvió para involucrar a los jóvenes de la primera mitad del siglo xx a alistarse en los ejércitos nacionales de las guerras mundiales.

En nuestro país, los antiguos mártires fueron suplidos por “los héroes que nos dieron patria”, tales como Miguel Hidalgo y Costilla, José María Morelos y Pavón, Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Matamoros, entre otros. En lo que respecta al periodo revolucionario, si bien ya teníamos patria, el supuesto dictador Porfirio Díaz había vendido el país a los extranjeros y sumido a la población en la miseria, por eso era necesario derrocarlo y transformar las estructuras económicas y sociales. Entonces hubo otros héroes que lucharon y dieron su vida para lograr los ideales revolucionarios entre ellos se encuentran: Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Respecto a la lucha armada acaecida en la década transcurrida entre 1910 y 1920, en los libros de texto de educación primaria queda poco claro que Porfirio Díaz renunció en mayo de 1911, que la guerra continuó porque los protagonistas se enfrentaron entre ellos, que sus proyectos no eran compartidos, que los “ideales” no eran unívocos, y que muchos de los actores ni los tenían ni los perseguían, y que finalmente terminaron aniquilándose unos a otros.

La historia maniquea se ha esforzado por mostrar que el siglo xix fue la gesta de los liberales progresistas, promotores de cambios necesarios para mejorar el futuro, mártires que murieron por sus ideales luchando contra los reaccionarios “conservadores”, amantes del antiguo régimen; continúa con el triunfo liberal juarista, corrompido en el porfiriato cuando el liberalismo fue apócrifo, o sea, infiltrado por elementos conservadores que dieron pauta a la Revolución. Ésta es una historia que no reconoce propuestas y acciones alternativas por demás importantes, es una historia que limita la diversidad.

El problema que genera esta forma de concebir la historia es que acota su comprensión en favor de una ideología que identifica de manera acrítica a buenos y malos, así mismo restringe la posibilidad de entender la forma de pensar y actuar de los diferentes actores. Este es el caso típico de quienes han sido calificados como liberales y conservadores, de quienes sólo mencionan a los personajes representativos sin explicaciones explícitas de sus ideas o posiciones, o bien de calificar al porfirato como el régimen impuesto por el dictador y tirano Porfirio Díaz, y que el fin de la tiranía llegó gracias a la participación decidida de los revolucionarios, por lo que el país pudo recuperar su libertad menguada por las fuerzas extranjeras. Este tipo de historia carece de visión histórica.

En contrapartida, el momento histórico contemporáneo se caracteriza por la pluralidad, pero no hay nada más contraria a ella que la unicidad de la historia nacionalista. Reconstruir la historia de la nación tiene relevancia porque implica reconocer que su enseñanza no deviene de una apología uniforme, sino de la diversidad del pasado, puesto que no existe comprensión del entorno cuando los adjetivos predominan en el análisis de los actos.

El presente libro se compone de un conjunto de artículos y ensayos cuya finalidad es la revaloración plural de diversos movimientos generados durante el periodo de la Revolución de Independencia y de la Revolución Mexicana, y apunta en la necesidad de construir un discurso histórico diferente que no se derive de este fin inmediato, sino de sus propias funciones de formación y multiplicidad.

Luis González y González menciona que necesitamos construir una historia que finque el amor a nuestros antecedentes en verdades, no en mitos, y sin maniqueísmo.¹ En

¹ Luis González y González, *Tres maneras de contar la historia*. México, El Colegio Nacional, agosto, 1988, p. 10 (<http://www.colegionacional.org.mx/SACSCMS/XStatic/colegionacional/template/content.aspx?se=memorias&p=24>), consultado el 20 de julio de 2010.

consecuencia a su proclama, los artículos que aquí se incluyen poseen un elemento en común: disienten, contravienen la unicidad de la historia patria como fuente de aprendizaje de nuestro presente, y si bien no analizan los tiempos largos braudelianos, sino los cortos, propios de la microhistoria, y de la historia cultural charteriana, lo hacen con el fin de inducir interrogantes y provocar respuestas alternativas.

El libro inicia con "La Malinche insurgente" trabajo de la doctora Edelmira Ramírez Leyva, en el cual se rescata un impreso titulado *La Malinche noticiosa que vino con el Ejército Trigarante. Diálogo entre una señora y una india*, de autor anónimo y publicado en 1821, dos meses después de la entrada del ejército trigarante a la capital del país. Edelmira Ramírez centra el debate sobre la diversidad interpretativa de la Malinche: en el texto analizado se percibe la voz de la población indígena que conformaba la base social del movimiento insurgente sostenido por Vicente Guerrero, aunque la independencia sólo pudo consumarse con la participación de los criollos, representados con la voz de la "ama", la señora con la que dialoga la india; *a posteriori*, la imagen de la Malinche es reconstruida bajo la carga negativa de traidora; finalmente ella ha sido revalorada como inicio del sincretismo y mestizaje cultural. Queda claro en este trabajo que la reinterpretación histórica y la imagen existente es resultado de los intereses del gobierno por construir un pasado que incida en la formación de la identidad nacional.

El artículo siguiente versa sobre la *Historia de México* de Lucas Alamán. En él María Elvira Buelna, Lucino Gutiérrez y Santiago Ávila exponen la necesidad de comprender la propuesta republicana centralista en transición al federalismo como objetivo, que se induce en la obra escrita por el estadista guanajuatense. El artículo destaca la veta de historiador crítico y propositivo de Alamán, quien sostiene que el movimiento insurgente inicial, específicamente el encabezado por

Hidalgo, fue promotor del odio como elemento de cohesión de lo diverso, y se caracterizó por la destrucción, asimismo fue incapaz de construir y presentar alternativas de cambio. En contraste, él propone alternativas factibles para solucionar los graves problemas políticos de su tiempo, aunque también del nuestro. Este historiador, calificado por su conservadurismo, no ha sido revalorado como un pensador republicano, cuyas propuestas predictivas en referencia a la desintegración nacional han sido omitidas por ciertas en la historiografía mexicana.

El artículo de María Luna elabora un análisis crítico sobre la influencia que tuvo la obra de Lucas Alamán en sus receptores como paradigma del quehacer histórico, a partir de manejo de fuentes primarias y el principio de imparcialidad. No obstante, el artículo analiza el establecimiento de los principios de verdad e imparcialidad que estableció Alamán como un recurso retórico.

El resto de los trabajos giran en torno a la historia cultural de la Revolución Mexicana, tratan sobre personajes que se constituyeron en estereotipos integrados a los discursos culturales, pero de quienes pocas veces se mencionan sus virtudes críticas.

La doctora Guadalupe Ríos de la Torre escribió "El crepúsculo porfiriano de 1910. Los grabados de José Guadalupe Posada". El artículo destaca la actividad creadora del connotado ilustrador retratando a los personajes, las escenas y sucesos de la vida cotidiana en periódicos "de centavo", cuadernillos y "hojas sueltas" publicados por Antonio Vanegas Arroyo. Gran parte de sus trabajos estuvieron dedicados al pueblo que los entendió, disfrutó y comprendió, un pueblo analfabeto que aprendía más por la expresión visual que por otra ninguna. La autora enfatiza la relevancia de estas manifestaciones artísticas que salían del ámbito tradicional considerado como cultural, porque la historia es una disciplina que atañe a los humanos, quienes se encuentran condicionados por sus creencias, por

prejuicios sociales, por la educación y por el medio cultural que viven en un tiempo determinado. Este aspecto crítico no es único, la crítica por su abundancia y diversidad de manifestaciones y medios, muestra también que el control monolítico de don Porfirio no era tal o al menos no era total.

El doctor José Silvestre Revueltas Valle escribió un ensayo sobre la obra del norteamericano John Reed, cuyo nombre es leyenda, y que compartió un ideario con Villa y sus “Dorados”, con Lenin y los revolucionarios rusos. Revueltas subraya la lucha que Reed sostuvo con la pluma al lado de Villa, de Lenin y de los movimientos emancipadores de principios del siglo xx. En *México Insurgente* Reed retrata a Villa:

[...] el ser humano más natural que he conocido, natural en el sentido de estar más cerca de un animal salvaje. Casi no dice nada y parece callado [...] desconfiado [...]. Si no sonríe da la impresión de amabilidad en todo menos en sus ojos, inteligentes como el infierno e igualmente inmisericordes. Los movimientos de sus piernas son torpes —siempre anduvo a caballo— pero los de sus manos y brazos son sencillos, graciosos y directos [...] es un hombre aterrador.

No es el héroe unívoco, es una persona capaz de cometer excesos, actos bárbaros, planear engaños, entablar relaciones amorosas. La aportación del ensayo de Revueltas es el concebir a la Revolución como un movimiento envuelto en pasiones de carácter personal, con protagonistas humanos que desdeñaron su propia existencia en pro de un sueño romántico: que la gente viva mejor.

El ensayo escrito por el doctor Oscar Mata sobre “La gran novela de la Revolución Mexicana. (Memorias de José Vasconcelos)”, resalta la particular importancia de la colección escrita por el destacado abogado para conocer a los revolucionarios protagónicos sin ambages a través de su mirada crítica. *Ulises Criollo*, *La tormenta*, *El desastre* y *El proconsulado* componen las memorias de José Vasconcelos, vasto testimonio de las di-

versas etapas de la Revolución Mexicana que supera cualquier fantasía. La intención del intelectual oaxaqueño fue escribir una novela, pero el resultado final fue una autobiografía que nos presenta a los revolucionarios con sus cualidades y defectos, sus virtudes y pequeñeces, sus ambiciones, sus intereses, su hipocresía. La obra ofrece un panorama completo de la gesta revolucionaria porque Vasconcelos participó en la campaña presidencial de Madero, lo hizo también en la lucha armada con Carranza y Obregón, conoció a Villa, vivió la Convención de Aguascalientes, fue integrante de los gobiernos derivados de la Revolución, primero el de la Convención, después con Álvaro Obregón. Finalmente, en su calidad de candidato a la presidencia de la República, fue contrincante del recién fundado Partido Nacional Revolucionario y víctima de las marrullerías electorales del gobierno “emanado de la Revolución”. Mata insiste en la doble calidad de testigo y protagonista de la Revolución Mexicana de José Vasconcelos, cuyas memorias son un mural narrativo que no desmerece junto a las obras que Orozco, Montenegro y Rivera plasmaron en varios de nuestros principales edificios públicos durante la gestión del maestro de América como secretario de Educación Pública.

El ensayo denominado “México convulso. El camino desde la Revolución Mexicana hacia la revolución del arte moderno en el muralismo” de Connie Marchante Sáez, rastrea el impulso creador del muralismo mexicano que hizo factible este arte representativo del pueblo mexicano. La autora considera a José Vasconcelos como el promotor político del movimiento muralista, a José Guadalupe Posada como el precursor artístico por haber sido maestro de los artistas muralistas, y a Gerardo Murillo, más conocido como el doctor Atl, como el promotor intelectual que aportó sus teorías acerca de la plástica y su funcionalidad. Así, además de por su clara motivación cultural, artística y, no debemos olvidarlo tampoco, didáctica

popularmente, el muralismo no hubiese existido sin la urgente necesidad del hombre mexicano por contar una historia recientemente vivida, por narrar con imágenes plásticas la lucha revolucionaria, sus logros o quiénes eran los protagonistas de la contienda. La situación cultural de México en aquellos momentos fue totalmente propicia para el encuentro de grandes artistas, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera, quienes supieron plasmar en paredes o textos la realidad que les rodeaba, las gentes que podían ver, las ideas que respiraban... el México más doliente, pero también el más social, aquel que podrá ser recordado e interpretado universalmente por las generaciones futuras.

Los festejos del Bicentenario y Centenario dieron como resultado un número amplio de textos e investigaciones. Los que en esta obra se reúnen intentan participar en las jornadas de construcción de nuestra historia nacional, y lo hacen planteando una revaloración de los valores históricos existentes; tal actitud posee el interés de romper con atavismos y restricciones en cuanto a la enseñanza de nuestro pasado. Se hace necesario extender la visión histórica más allá de la historia oficial, ello hará posible entender el actuar y el pensar de todos aquellos que participaron, ya sea de forma protagónica o de manera circunstancial, en los procesos que nos ocupan y revalorar así su verdadera relevancia histórica. Esperamos que las investigaciones contenidas aquí sean un aliciente para otras que seguramente se encuentran en ciernes.

La Malinche insurgente

Edelmira Ramírez Leyva*

Dentro de la amplia bibliografía sobre el movimiento independentista mexicano, resulta sorprendente encontrar un personaje tan controvertido como es Malintzin o doña Marina, mejor conocida como la Malinche, en una versión diferente de las que se han tejido alrededor de este polémico y perturbador personaje de la Conquista de México, pero a la vez tan sugerente y enigmático. Así la describe Bonnie Holmes:

La figura de la Malinche ha sido construida y re-construida a lo largo de los últimos cuatro siglos, durante los cuales ha sido transformada de una figura histórica en un mito nacional. Por un lado, la Malinche representa la creación de una raza nueva –la mestiza; por otro lado, representa la derrota y destrucción del mundo indígena. Desde la Independencia de México en 1821, la Malinche ha sido distorsionada: desde ser una figura heroica (como fue percibido por los autores de las crónicas), a una traidora de su raza y la madre simbólica del mestizaje.¹

La Malinche pervive en el imaginario nacional con diferentes apreciaciones desde el siglo XVI hasta la fecha y, en el siglo XIX, ni siquiera el movimiento independentista la excluyó;

* Profesora-Investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

¹ Bonnie Holmes, “La visión de la Malinche: lo histórico, lo mítico y una nueva interpretación”, *Gaceta hispánica de Madrid* (cat.middlebury.edu/.../LavisiondeLaMalinche_Bholmes.pdf).

un ejemplo de ello es el impreso titulado *La Malinche noticiosa* de 1821, el cual refiere a una Malinche diferente, que conserva algunos rasgos de la ancestral Malintzin, pero a la vez manifiesta nuevas facetas, derivadas de su acción militante en el movimiento insurgente, como se mostrará más adelante.

El contexto histórico que enmarca su publicación se sitúa poco después de consumada la Independencia el 28 de septiembre de 1821, según consta en el *Acta de independencia del Imperio Mexicano* que emitió la Junta Provisional Gubernativa, presidida por Agustín de Iturbide, que de hecho constituyó el primer gobierno independiente mexicano, y esto sucedió un día después de que el Ejército Trigarante entrara en la ciudad de México, encabezado por el propio Iturbide.

La consumación de la Independencia fue posible gracias a que Agustín de Iturbide, coronel del ejército realista, en una acción insólita, decide pactar con el insurgente a quien debía combatir, Vicente Guerrero; ambos proclaman el Plan de Iguala (24 de febrero de 1821), en donde impulsan tres garantías: religión católica, unión de todos los grupos sociales e independencia.

Antes de analizar el texto, es necesario recordar las características del “diálogo” como género literario. Durante el siglo XIX se utilizó como un medio pedagógico-político para convencer a los lectores sobre los argumentos en pro o en contra de los principales líderes y grupos del movimiento de Independencia.

Generalmente, se da entre personajes creados por un autor, que en muchas ocasiones es anónimo por la temática política que trata. De hecho, el escritor expresa su ideología con nitidez a través de los discursos de sus personajes.

Lo interesante de estos diálogos es que se introduce un ligero tinte literario en la argumentación política existente y, también podría pensarse que la elección de este género, entre los múltiples que se dieron en el momento, permitía cierta

libertad al autor para expresarse mediante diversas voces y así salvaguardar aún más su anonimato.

Otra característica interesante en estos diálogos es que también son testimoniales, pues como dice Beverley:

Un testimonio es una narración [...] contada en primera persona gramatical por un narrador, que es a la vez el protagonista (o el testigo) de su propio relato. Su unidad narrativa suele ser una "vida" o una vivencia particularmente significativa (situación laboral, militancia política, encarcelamiento, etc.).²

De entre los muchos impresos de muy diverso género que salieron a la luz durante todo el movimiento de Independencia, se puede leer un diálogo en el cual aparecen dos interlocutoras: una Señora de clase media o alta que dialoga con una india llamada Malinche.

Se trata de un texto anónimo titulado *La Malinche noticiosa que vino con el Ejército Trigarante. Diálogo entre una señora y una india*. Fue impreso en los talleres de la Imprenta imperial de Don Alejandro Valdés y está fechado en la ciudad de México el 24 de noviembre de 1821. Consta de 11 páginas, de 20 x 14 cm. Se localiza en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

La Malinche noticiosa se sitúa en el contexto histórico del término de la Guerra de Independencia. En una mezcla de estilos directos e indirectos, las interlocutoras narran sus peripecias y expresan sus ideas y preferencias políticas.

La interlocución se inicia cuando la Malinche visita la casa de su antigua patrona después de un año de no asistir porque ha andado con el Ejército Trigarante. Su relato comienza no con lo que ella ha vivido, sino con lo que su hermano, que milita en el ejército del Sr. Vicente Guerrero, le ha contado.

² John Beverley citado por Renato Prada Oropeza, *El discurso-testimonio y otros ensayos*, México, UNAM, Dirección de Literatura, Coordinación de Difusión Cultural, 2001, p. 14.

De esta manera, la conversación gira en torno a los acontecimientos bélicos del momento y alude a diversos sucesos de la vida cotidiana de las tropas independentistas, las cuales, a la fecha, son poco conocidas.

Es, pues, la Malinche la que genera el movimiento inicial del diálogo, al contar toda una serie de hechos que la han conmovido. Como advierte John Beverly:

[...] la situación del narrador en el testimonio siempre involucra cierta urgencia o necesidad de comunicación que surge de una experiencia vivencial de represión, pobreza, explotación, marginalización, crimen, lucha.³

En este diálogo, en realidad, las protagonistas no hablan en forma directa, salvo algunas excepciones; más bien se presentan como “intermediarias”, pues “juegan, de alguna manera, el papel de sujetos emisores al coadyuvar a la realización del sujeto-emisor real del discurso: del sujeto que *vivió y/o* fue testigo directo o indirecto de los hechos que narra”.⁴

La Malinche aparece como vocera de las tropas del insurgente Vicente Guerrero, ya que difunde la información que le comunica su hermano, que era uno de los soldados del ejército del sur. Sin embargo, es interesante ver la evolución del personaje mítico de la Malinche que de ser una india que se involucró con Hernán Cortés y el grupo conquistador, ahora sea una figura que apoya a quienes pugnaban por la independencia de España y no por los realistas. En realidad se trata de una versión más en consonancia con la apreciación de los cronistas españoles que las interpretaciones mexicanas, en donde el mito de la traición a los suyos la ha perseguido a través del tiempo, al respecto Martin Boyd recuerda que:

La conversión de la Malinche en una figura de desprecio es el resultado de la manipulación de su imagen durante la

³ *Loc. cit.*

⁴ Prada, *Ibid.*, p. 29.

guerra de Independencia en el siglo XIX, casi tres siglos después de su vida. La nueva nación necesitaba una mitología autóctona que rechazara la influencia de España. A pesar de que la mayoría de los independentistas eran criollos (persona de origen español nacida en la Nueva España), les convenía reclamar la cultura indígena como suya y la española como extranjera. En este contexto la Malinche se convirtió en la imagen por excelencia del traidor, por haberse aliado con los españoles contra su propia gente. La realidad histórica de una “cultura indígena”, de hecho consistía en muchas culturas distintas que era un inconveniente para alcanzar los fines de cohesión social de la nueva nación.⁵

No obstante, curiosamente en el diálogo que aquí se analiza, aunque es del siglo XIX, no se presenta a la Malinche como traidora, sino al contrario, como una mujer que no se avergüenza de ser india y que se preocupa por los suyos y por el amplio sector de desprotegidos existentes en la época. Además es vocera de uno de los grupos insurgentes más auténticos de su momento, el de Vicente Guerrero. Al respecto, es fácil observar que el título mismo del diálogo, *La Malinche noticiosa*, da fe de algunos de uno de los rasgos que la han tipificado a través de la historia, porque hay cierta relación con su antigua función, en lo concerniente a su oficio de habla, faraute, intérprete o traductora de Cortés, y la de vocera en el siglo XIX, porque si bien en ellos subyace el común denominador de la trasmisión, al mismo tiempo ninguno implica la transmisión de sus propias ideas, sentimientos o testimonios sino los de los otros. Así lo explica Margo Glantz:⁶

[...] en las crónicas españolas, Malinche carece de voz. Todo lo que ella interpreta, todos sus propósitos se manejan por

⁵ Martin Boyd, “Las lágrimas de la Malinche”, en *Diálogos. Revista en línea*, núm. 4, otoño, 2007 (www.dialogos.ca/revista/numero04/articulo6.htm).

⁶ Margo Glantz, “Crónicas de la Conquista: borriones y borradores”, en *Obras reunidas I. Ensayos sobre literatura colonial*, México, FCE, 2006, pp. 57, 60. La forma en que la Malinche realizaba las traducciones al principio eracompleja. Conocía por lo menos dos lenguas, la maya y la mexicana (la

discurso indirecto [...] su discurso —para usar una expresión ya manoseada es el del otro o el de los otros. La palabra no le pertenece.

A diferencia de otros diálogos de la época, basados en la contradicción de posturas políticas, en éste tanto el Ama como Malinche sostienen la misma ideología, ya que se inclinan abiertamente, y sin ambages, por el grupo que insta por la emancipación de la Nueva España, aunque se evidencien algunos matices en la posición política, muy relacionados con su clase social.

Desde el inicio del texto, se manifiesta la pertenencia social de los personajes con la enunciación “Diálogo entre una señora y una india”. La identidad india de la Malinche no sólo la indica el autor en el subtítulo, sino que dentro del diálogo el mismo personaje ratificará plenamente, sin ninguna inhibición u ocultamiento, su pertenencia al sector indígena. Otro elemento que enfatizará su ser indígena será su lenguaje, pues tanto su sintaxis, la deficiente construcción de las frases y oraciones, su notoria falta de coordinación de los géneros, su limitado léxico, así como su pronunciación, revelarán su identidad racial, por ejemplo, dice: “con el tropa de Garantes”, “lo es mucha verdá que lo tengo preguntado á muchos soldados”, “con el bala”, “Magresita”, por citar algunas frases que remiten claramente a una persona cuya lengua materna no es el español, y que lo maneja con deficiencia. El habla de la Malinche contrasta con la finura con la que se expresa su ama, que bien podría ser una criolla de clase media o alta, pero también activista como se desprende de la conversación.

Es interesante observar que en el diálogo, la Señora varía la forma en que se dirige a la Malinche, alternando indistintamente los nombres de María y Malinto; María parecería ser el

de los mexicas) ella servía de interprete entre los mexicanos y Aguilar (el náufrago que vivió muchos años en Yucatán y sabía bien el maya), y éste a su vez era intérprete entre Doña Marina y Hernán Cortés.

nombre cristiano de la Malinche; aunque cabe recordar que en el siglo XVI se le bautizó con el nombre de Marina, y en este diálogo del siglo XIX se le llama María, se podría preguntar si esto sucedió por “economía del lenguaje”, o por cuestiones de la época. Y el nombre de Malinto podría entenderse como un diminutivo del vocablo Malinche. Es de advertir que la Señora nunca se dirige a María con el término “Malinche”, en cambio el autor, que nunca la menciona con ninguno de los otros dos nombres, lo hace sólo con el de Malinche.

A pesar de la nítida diferencia social de las interlocutoras, ambos personajes hablan en el mismo nivel ideológico discursivo. Cada una de ellas quiere expresar los acontecimientos que han vivido o percibido en este periodo histórico, que corresponde al final de la Independencia. Sin embargo, Malinche por su procedencia indígena, tiene saberes que su ama desconoce; ésta lo sabe y lo acepta, por eso enfatiza el conocimiento de Malinto, cuando al final del diálogo le pregunta sobre el significado de tres palabras del idioma “mejicano”.

Por la respuesta que la india le da a la Señora, es evidente el paralelismo entre el atropellado español de la Malinche y el de los que hablan la lengua “mejicana” sin ser su lengua materna, por eso aquí en todas las citas se conserva la versión textual:

Sra. Pero dime por último antes de que te vayas ¿qué quiere decir en tu idioma mejicano: *Tenochtitlan*, *Anahuac* y *Montesuma*?

Mal. *Tenochtitlan* quiere decir un tunal en un pedregal. *Anahuac* nada: sólo que dijera: *Athahuac*, es o quiere decir junto de el agua, lo mismo que cuaunahuac junto al monte; y así lo llamamos nosotros á lo que Vds. llaman Cuernabaca [*sic*]. *Clátuane Mozozoma* dice clarito Sr. chiquiado; pero como so mercé lo dice, no sé lo tiene en mejicano en significasió. Tambié la palabra Mexico quizá lo está corrompida, y se

llamaría Moxíco, que quiere decir envidiada ó envidiable; porque *moxícoani* es envidioso, y *moxícoa* tiene envidia.⁷

Los temas de conversación de estas dos mujeres tan disímiles, unidas sólo por su ideología política, se concentran en discursos laudatorios a los consumidores de la Independencia, todos tamizados con la que consideran su premisa central: la religión.

Ambos personajes interactúan al traer a colación acontecimientos que comprenden desde el inicio del proceso revolucionario de Independencia hasta la consumación de la misma, con leves alusiones a un esperanzador futuro remedial de diversas circunstancias que aquejaban especialmente a la capital, como la bebida, las alcabalas y la suciedad.

Si bien, como se dijo anteriormente, ambos personajes coinciden en sus ideas políticas, en la Malinche se presenta una posición abiertamente en defensa de aquellos participantes anónimos y olvidados de las tropas de Vicente Guerrero, es decir, los soldados y algunos otros jefes como Nicolás Catalán, Carlos Ansures, Armijo y al brigadier Lobato, y también trae a colación a los pobres.

En su discurso se puede ver con claridad la dicotomía identitaria de la Malinche, por una parte, evidencia una raíz indígena profunda que no ha eliminado, pero de la que siente orgullosa, pues no tiene ninguna inhibición o intento de negar que ella es una india, mejor aún, lo recalca; y por otra, es claro también su mestizaje ideológico impuesto por los españoles, en especial en lo que toca a sus creencias religiosas, que, al parecer, desplazaron la religión originaria.

Pertenecer al sector indígena a principios del siglo XIX no constituía ningún privilegio, pues, como afirma Ernesto de la Torre:

⁷ *La Malinche noticiosa que vino con el Ejército Trigarante. Diálogo entre una señora y una india*, México, Imprenta imperial de Don Alejandro Valdés, 1821, pp. 10-11.

Los indios se encontraban por todo el país y su situación en general era penosa. Los que habitaban el sur y el centro del país, que eran la mayoría, poseían una más fuerte coherencia social, producto de su tradición cultural y raigambre a la tierra; en tanto que los del norte, salvo cortas excepciones, eran cazadores belicosos de tendencias nomádicas y sin conciencia de que formaban parte de una organización estatal única. Pese a la tutela que sobre los indígenas ejercía el Estado, la pobreza de su economía era aflictiva. Habían sido despojados de la mayor parte de sus tierras y las que en común disfrutaban, mal trabajadas, sin posibilidad de mejora técnica y bloqueadas por los latifundios particulares y eclesiásticos [que] no les beneficiaban plenamente.⁸

La Malinche noticiosa es compasiva con los desprotegidos, solidaria con los suyos, luchadora por la emancipación de México, aunque curiosamente milita en las fuerzas del Ejército Trigarante y no específicamente con las de Guerrero, como su hermano; y, además, todo se presenta matizado con el aspecto más visible de su entidad mestiza: su acendrada religiosidad católica. Coherentes con esa postura, todos sus discursos mostrarán dicho aspecto.

De todos los objetos discursivos de Malinto, destaca en primer término la figura de Vicente Guerrero, basada en lo que le ha comunicado su hermano, quien, como se dijo anteriormente era un participante de su tropa. La visión que ofrece del Insurgente sureño, se da dentro de una perspectiva que subraya en especial más que su heroísmo, su liga con la religión, de ahí la mención de la matanza de los padres:

Sr. Guerrero cuando lo empezó á pelear por la dependencia, se lo mataron dos pagres, que iban con so mercé, con el bala; pero este cristianísimo Sr. luego se apeó del caballo, y hincado de rodillas lo clavó su espada en la tierra, y en la cruz de ella lo juró derramar so sangre por libertad la pá-

⁸ Ernesto de la Torre Villar *et al.*, *Historia documental de México*, t. II, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, p. 6.

tria, y vengar la de los menistros de Dios, después de haber besado la tierra empapada en la sangre de los pagresitos.⁹

Y la siguiente cita que hace la Malinche sobre Guerrero, tiene relación con un milagro que le hace la Virgen de Guadalupe:

Otro ocasión en un encuentro que tuvo con el tropa de Rey, quedó como muerto de un cochillada que le dieron desde el hombro hasta los riñones, y como los soldado lo estaban desnodando todos los muerto, llegaron tambié á quitar so ropa al Sr. Guerrero, y como no podía sacar sos botas, dijo uno á so compañero, que cortaría los piernas para que por el camino lo sacaría el bota, porque ya los compañero iban léjos, y el Sr. Guerrero que lo estaba escochando, se encomendó á la virje de Guadalupe, y entónce el otro soldado lo cogió el cuerpo, y el otro estiró el bota y lo sacó con facilidad, dejando á nuestro pagresito desangrado con tanto mover so cuerpo: tiene, magresita, diez y nueve balazo este hombre admirable.¹⁰

Otros aspectos sumamente interesantes que trae a colación Malinto, se relacionan con la vida cotidiana de la tropa de Guerrero, en especial, en lo concerniente a la alimentación, o mejor dicho a la falta de ella, entre los soldados, y que habla de las extremas privaciones con las que también lucharon los insurgentes. Así, la indígena comenta lo siguiente en su pobre español:

Otros gefes con un coronel llamado D. Nicolas Catalan estuvo con sitio en Stô. Domingo, y lo comieron mula: otro sitio muy grande que lo tuvo D. Carlos Ansures en el campo de Santiago, y sin tener ni monició ni cañon, solo con un cámara destes de la Iglesia estuvo espantando Sr. Armijo que lo estaba con toda so fuerza, y entonce lo comieron

⁹ *La Malinche noticiosa, op. cit.*, p. 2. Entiéndase por “pagresitos” el vocablo coloquial “padrecitos”. Véase el vocablo “Magresita” de las pp. 5, 9 y 13 para referirse al término “madrecita”.

¹⁰ *Loc. cit.*

perros, burros, y mulas; y agora últimamente lo tuvieron todos los tropas y el Sr. General, con todos los Señores, Brigadier Lobato, y los oficiales otro sitio en Tiotepac, que su alimento fué, despues que se acabaron los mulas, perros y burros, maguey asado, y ya desmayaban de hambre.¹¹

A pesar de que Malinche habla de los participantes del ejército de Vicente Guerrero, en su discurso introduce también personajes, que en realidad pertenecieron al ejército Triguarante, excepto Nicolás Catalán que siempre fue un insurgente de la Resistencia, los demás eran más bien Iturbidistas: José María Lobato fue un insurgente que se indultó en el último periodo de la primera etapa y en 1821 se unió al General Iturbide; José Gabriel de Armijo fue un activo comandante de los realistas que combatió tenazmente a los insurgentes en el sur, entre ellos al mismo Guerrero, hasta que en 1821 se adhirió a Iturbide. De Carlos Anzures no hay información.

Como puede apreciarse, Malinche no distingue entre los insurgentes vinculados al ejército de Vicente Guerrero y que nunca fueron realistas y los que se adhirieron a Iturbide en 1821, y siempre lucharon en las filas realistas, a pesar de que se supone que está hablando sólo de los soldados de Guerrero y no del Ejército Triguarante que unía a los dos grupos.

A la Malinche le parece inconcebible el hecho de que la tropa de Guerrero tuviera que alimentarse de animales y da cuenta del hambre que padecían no sólo los soldados, sino también personajes de rangos mayores, como los coroneles o los brigadieres e incluyendo el mismo Guerrero.

En este punto, Malinche agrega una información sorprendente sobre la actuación de las mujeres que acompañaban a las tropas de Vicente Guerrero y que se ofrecen para solucionar el problema de la falta de alimento de los soldados: "Y las mugeres se fueron á ofrecer para que los mataran y se

¹¹ *Ibid.*, p. 3.

los comieran".¹² Acto que puede vincularse con el recuerdo de los sacrificios que solían hacer los antiguos mexicanos a sus dioses.

Malinche también alude a la desnudez que padecía la tropa: "Á mas de esto mucha desnudez, sin siquiera tener ni unos zapatos, solo con los guarachos, con todo el pies ampyados".¹³

Lo que el hermano de Malinche le trasmite sobre la vida de los soldados no es tan asombroso, si se toma en cuenta que Guerrero sostiene la lucha insurgente en momentos desalentadores; por eso su resistencia en condiciones extremas fue sumamente valiosa y decisiva para la consumación de la Independencia, como afirma Gómezcesar:

[...] Guerrero es capaz de resistir en lo militar puliendo la táctica guerrillera que lo hizo imbatible en su terreno: un ejército con gran movilidad que contaba con el apoyo popular, en el que los mismos labradores se transformaban en guerrilleros.¹⁴

Vicente Guerrero despreció las innumerables ofertas de indulto que recibió por parte de los realistas y:

[...] pudo realizar la hazaña de mantener viva la insurrección en esos difíciles años gracias a su estrecho contacto con el pueblo, del que su guerrilla no era sino una avanzada [...] El aspecto más destacado en que se hará presente lo que podríamos llamar 'la herencia de Morelos en Guerrero' es su impulso a la democracia popular.¹⁵

¹² *Loc. cit.*

¹³ *Loc. cit.*

¹⁴ Iván Gómezcesar, "Los principales actores", en *El pensamiento político de México*, t. 1, *La Independencia*. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, p. 175.

¹⁵ *Ibid.*, p. 176.

Se entiende que siendo la guerrilla la táctica de los insurgentes, debieron haber luchado en condiciones paupérrimas.

La respuesta de ambas mujeres ante el conocimiento de los padeceres de los soldados de Guerrero es de una gran conmiseración, que incluye un aprecio y una valoración de los sacrificios de los hombres que participaron en la lucha por la liberación de México con actos heroicos y patrióticos. La Señora reacciona de la siguiente manera: "Calla, calla María, no prosigas, que tengo un nudo á la garganta, y la gratitud me ocasiona una mocion que siento exalar el alma, y ya no puedo contener las lágrimas".¹⁶ Malinche la secunda, mencionándole que ella tuvo una reacción similar, aunque más extrema, cuando su hermano le contó tales hechos:

Yo también lloré cuando me lo dió por escrito mi hermano todo estos pasaje, y otros de que hasta cinco días no lo probaba un bocado: todo esto ha pasado el ejército que llaman del Sur.¹⁷

A pesar de la reacción conmiserativa de la patrona, es ella misma la que introduce la duda respecto a la verosimilitud de lo narrado por la indígena:

Pero dime, María, ¿qué estas noticias son verdaderas? Porque á la verdad que si lo son, deben publicarse para que se digan en la historia de la emancipación de América, y ciertamente que en lo poco que he leído, no he encontrado pasaje de tanta heroicidad y patriotismo.¹⁸

Malinche le asegura la veracidad de lo dicho, porque ella misma lo ha comprobado a su manera: "Lo es mucho verdá

¹⁶ *La malinche noticiosa, op. cit.*, p. 3.

¹⁷ *Loc. cit.*

¹⁸ *Loc. cit.*

que lo tengo preguntado á muchos soldados y otros Señores antes de venir á contárselo á só mercé”.¹⁹

Según Prada, “la preexistencia de un hecho sociohistórico de un *dato* si se quiere”,²⁰ es fundamental para caracterizar al discurso testimonial y, además, como lo muestra el de Malinto, este tipo de discurso “es siempre explícitamente referencial y pretende un valor de verdad dice su (la) verdad: esta intencionalidad lo motiva en cuanto discurso”.²¹

Es coherente en esta nueva Malinche, defensora del pueblo y de los insurgentes, su alabanza a Vicente Guerrero, en tanto que, como afirma Valero Silva, el insurgente:

[...] al finalizar la segunda década del siglo XIX, representaba mejor que nadie el sentir popular a favor de la Independencia [...] dentro de la lucha libertaria, estaba dispuesto a vencer o morir por la causa independentista; jamás deseó indultarse como se lo propuso Ruiz de Apodaca ni tampoco rendirse o condescender con los españoles en cuanto a sus intereses dominadores.²²

Y, como dice Zárate, se trataba de un sujeto “verdaderamente admirable, un hombre modesto, valiente y sereno que lucha con decisión y entereza en las condiciones más adversas”,²³ por otra parte no hay que olvidar su origen indígena.

A partir de estos decires de la Malinche, será la Señora la que mencione a otros próceres de la Independencia, pero es importante apuntar que lo hará a instancias de Malinto, pues ésta es quien, en la mayor parte del diálogo, mueve la conversación con preguntas específicas sobre aquellos temas

¹⁹ *Loc. cit.*

²⁰ Prada Oropeza, *op. cit.*, p. 11.

²¹ *Loc. cit.*

²² José Valero, *loc. cit.*

²³ Julio Zárate, citado por Alonso Aguilar M., “La historia y los historiadores”, en *El pensamiento político de México*, t. 1, *op. cit.*, p. 87.

que desea saber; así, plantea a la “Magresita” varias preguntas que le dan pie para desplegar un discurso elogioso sobre varios héroes, entre los que destacan los primeros padres de la Independencia: Hidalgo, Allende, pero sobre todo Morelos, y también hace alusión a otros connotados personajes, como Guadalupe Victoria, Bravo, Barragán, Cortázar, Bustamante y Negrete, y otros menos importantes o que se mencionan esporádicamente. Por cierto, Miguel Barragán, Luis Cortázar y Rábago y Pedro Celestino Negrete lucharon en las filas realistas, pero secundaron a Iturbide en la fase final.

Para ensalzar a los grandes héroes de la Independencia, la Señora utiliza el lenguaje indirecto, y al igual que la Malinche, no habla de su propia posición, sino que pone en boca de otro sujeto, en su caso del “digno gefe Bustamente tan bizarro como patriota”,²⁴ la alabanza a los héroes, ya que éste reconocía: “con noble imparcialidad á los primeros padres de la patria, Hidalgo, y Allende, [por eso] honró sus huesos con un funeral digno de tales Heroes”.²⁵

No es gratuita la elección de Carlos María de Bustamante como el orador que enaltece la memoria de los héroes de la Independencia, porque:

[...] expresó siempre admiración a los próceres del Movimiento. Hidalgo, según él, salvó a la patria y reivindicó el derecho de los pueblos a la insurrección; defendió derechos “verdaderamente inalienables y que deben sostenerse con ríos de sangre si fuera preciso [...]”. Consideró a Morelos un hombre “extraordinario”, un caudillo “ilustre”, cuyas grandes virtudes, como las de sus más cercanos colaboradores, se pusieron de manifiesto en el célebre sitio de Cuautla.²⁶

²⁴ *La Malinche noticiosa, op. cit.*, p. 4.

²⁵ *Loc. cit.*

²⁶ Alonso Aguilar M., *op. cit.*, p. 83.

Bustamante fue uno de sus seguidores y colaboradores más importantes, que lo apoyó tanto militar como intelectualmente, por ejemplo, cuando se instaló el Congreso en Chilpancingo fue quien escribió el discurso con que Morelos abrió las sesiones.²⁷

La Señora cuenta en el diálogo que el mismo General Bustamante, cuando llega al pueblo de San Cristóbal:

[...] dispuso que se hiciera una salva de 50 cañonazos, se echaran armas á la funeraria, y se tocáran dianas fúnebres en honor del Sr. Cura Morelos; y dirigiéndose después con la tropa á la Iglesia donde reposan las cenizas de este varón esclarecido, dijo sobre su sepulcro [un discurso].²⁸

En seguida, transcribe todo el discurso, que es una alabanza apasionada y emotiva. No está de más recordar que fue en San Cristóbal Ecatepec donde Morelos fue ejecutado, inmediatamente después de ser aprehendido, ya que era:

[...] considerado como el enemigo más poderoso que el ejército virreinal tuvo, las autoridades novohispanas no sólo degradaron eclesiásticamente a Morelos, como lo hicieron con Hidalgo, sino que se apresuraron a sentenciarle a muerte [...] el 22 de diciembre de 1815.²⁹

Carlos María de Bustamante no era sólo un apologista de los próceres de la Independencia, sino que fue uno de los pioneros en la construcción y difusión de los héroes y los símbolos que coadyuvaron a la creación de la identidad nacional, pues:

²⁷ s.v. "Bustamante, Carlos María de" en *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, s.v. Bustamante Carlos María de, México, Editorial Porrúa, 1995, p. 501.

²⁸ *La Malínche noticiosa*, *op. cit.*, p. 4.

²⁹ Ernesto de la Torre Villar *et al.*, *op. cit.*, p. 129.

[...] aparece como el restaurador de las glorias del pasado indígena, exaltador de sus héroes y creador de símbolos nacionales. Al mismo tiempo, perpetúa los viejos mitos criollos, como la identificación de Santo Tomás con Quetzalcóatl y el guadalupanismo, mitos que terminaron por ser incorporados al México republicano. Asimismo, propuso la erección del primer monumento destinado a honrar la memoria de los gloriosos héroes de la Independencia fundadores de la nación.³⁰

A la vez, resulta contradictoria la preferencia por Carlos María de Bustamante como el personaje al que da voz la Señora, con respecto a la conjugación que hace con la Malinche, porque fue uno de sus detractores más acérrimos durante el siglo XIX, pues la llama “mala hembra [...] loca, espiona”.³¹ Aunque, por otra parte, hay que reconocer que él mismo publicó un texto titulado *La Malinche de la Constitución*, en idioma mexicano y en español, donde hace un llamado a los indios para que se avispasen respecto a los abusos que los españoles cometen con ellos.³²

Otro aspecto de la presencia de Carlos María de Bustamante en el discurso de la Señora fue posiblemente la extrema religiosidad que lo caracterizó, en consonancia con la que exhiben las interlocutoras. Como advierte Lucas Alamán:

La educación severa que recibió en sus primeros años hizo que echasen profundas raíces en su espíritu las ideas religio-

³⁰ Cristina Hernández, *Doña Marina, La Malinche y la formación de la identidad mexicana*. Madrid, Ediciones Encuentro, 2002, p. 86.

³¹ Reseña *Doña Marina (La Malinche) y la formación de la identidad mexicana* de Cristina Hernández (umblicus.blogspot.com/.../dona-marina-la-malinche-y-la-formacion.html).

³² En *La Malinche de la Constitución* (Méjico, Oficina de D. Alejandro Valdés, 1820), Bustamante hace un llamado exaltado a los indios para que aprendan a leer y conozcan sus derechos. El texto se inicia con el siguiente llamado: “Indios de este Mundo, cuyo idioma natural es el mejicano, y no entendeis ni sabeis del español sino las palabras usuales de vuestro miserable comercio: ¿sabeis lo que quiere decir Constitución?”.

sas, que nunca desmintió en su larga vida, y que alguna vez por exageración declinaron en supersticiones que le atrajeron no poco escarnio y mofa. En los puestos públicos que ocupó fue irreprochable la conducta de D. Carlos y la más notable de sus prendas fue el patriotismo más desinteresado y puro.³³

Entre los discursos de la Patrona vuelve a aparecer el tema del milagro relacionado con los héroes de la Independencia. Sin embargo, hay que subrayar que es Malinto la que pregunta sobre el tópic; así, la Señora narra la cuestión del milagro de un Cristo que cubrió su rostro con su mano, ante la injusta ejecución de Don José María Herrera, cuando fue aprehendido por el ejército español y mandado pasar por armas en Tlanepantla. Es en plena ejecución cuando se produce el prodigio, aunque como puede apreciarse en la narración, se trata de un milagro dudoso, ya que la interpretación del portentoso se genera en forma forzada:

[...] el Br. D. Pablo Guerrero, vicario de [... Tlanepantla], prestó su Cristo de bronce para el ajusticiado, llevando éste en las manos dicho crucifijo, como era regular, con el rostro para la vista o cara del reo; y cómo á esta clase de ajusticiados les daban los balazos por detrás (dizque por traidores...) así lo ejecutaron con este, y habiendo venido una bala, se llevó el brazo de la cruz como era natural, para fuera, y contra lo natural, retrocedió para adentro el brazo del Sr. tapándose con tanta perfección el rostro, que el codo y la muñeca de la mano la tenía con perfecta figura doblado, como si de propósito lo hubieran vaciado en el molde, en aquella actitud; por lo que asombrada y llena de entusiasmo cuando lo ví, dije: ¡válgame Dios, que se ha tapado Jesucristo el rostro en medio de la tierra como para demostrar que no quiere ya ver tanta iniquidad!³⁴

³³ *Diccionario...*, *op. cit.*, s.v. Bustamante, p. 502.

³⁴ *La Malinche noticiosa*, *op. cit.*, pp. 6-7.

La falta de contundencia del “milagro” se prestó a diversas investigaciones para saber si se trataba de algo natural o prodigioso. La Señora explica que:

De esta maravilla fueron sabedores dos señoras principales de esta ciudad, y el Dr. D.I.R. que en compañía de cuatro ó cinco individuos, y entre ellos algunos peritos, pasaron á ver á mi casa el Cristo, con el fin también de examinar si podia ser el caso natural ó prodigioso, y todos convinieron en lo último. El Crucifijo se llevó despues á la Casa Profesa ú oratorio de S. Felipe Neri; y últimamente supe que se le condujo al Sr. Morelos.³⁵

Llama la atención el interés por señalar determinadas acciones de los Insurgentes con el signo de lo milagroso ligado a lo divino.

Otro ejemplo de la relación entre las acciones bélicas y la religión, la introduce la Señora en otra parte del diálogo, al preguntarle a Malinche:

[...] dime, tu irias á la bendición y colocación de la cruz en el cerro del Chiquihuite: que en memoria de la paz, ó sea de la última acción tenida por el Exmó. Sr. Guerrero a favor de la independenciam, mandó allí fijar este general.³⁶

La respuesta de Malinto muestra con nitidez su pleno mestizaje religioso, pero no sólo de ella sino de todo su grupo racial. Su voz, como afirma Prada, se transforma del *yo* al *nosotros*, ampliándose a toda su comunidad de clase:³⁷

³⁵ *Ibid.*, p. 7.

³⁶ *Ibid.*, p. 10.

³⁷ Prada señala que “la *persona estricta* es el “yo” mientras que el “nosotros” se trata de una *persona amplificada*”, en *op. cit.*, p. 41. Y agrega “si *yo* habla es porque es *nosotros*. *Yo* se convierte en una “realidad constante” y fija referencialmente en el discurso, *es una parte de nosotros, del nosotros* con el cual se identifica plenamente.

A juerza Magre. ¿cómo no? si nosotros los Indios tenemos tanto devosió con el santismo Cruz, y agora mas ¿pues no lo vió so mercé que el mero día 14 de septiembre, día de la exaltación, dejó el mando Sr. Novella, y desde entonce lo quedamos libre?.³⁸

Otra pregunta que le formula Malinche a su “magresita” es sobre Leona Vicario, introduciendo de antemano una serie de alabanzas a la heroína:

[...] me falta que me lo dé osté razón de aquella señorita que lo visitaba cuando lo estaba yo sirviendo con so mercé, que lo tenia mucho amor á so patria, y lo gastaba so dinero; y aquellos otros señores que después me lo avisó so mercé que lo estaban pasando muchos trabajos.³⁹

La respuesta de la Señora, además de indicar el lazo amistoso que sostenía con Leona Vicario y los iniciadores del movimiento independentista, así como su posible participación en el mismo, manifiesta la apreciación de lo que en ese momento se tenía de los actuantes del proceso insurgente inicial, como Hidalgo, Allende, Morelos y muchos otros participantes que desempeñaron papeles relevantes y que coadyuvaron con su esfuerzo al advenimiento de la consumación de la Independencia. Para el momento en el que se desarrolla el diálogo de *La Malinche noticiosa*, varios de estos últimos participantes yacían en el olvido, como era el caso de Leona Vicario (a pesar de la relativa cercanía con tales hechos).

Otro de los “olvidados” es el ya citado Carlos María de Bustamante y personajes anónimos:

[...] lo mismo que los primeros garantes de la religión, que entre las bayonetas, y á cara descubierta, defendieron la inmunidad eclesiástica, con perjuicios irreparables en sus

³⁸ *La Malinche noticiosa, op. cit.*, p. 10.

³⁹ *Ibid.*, p. 8.

personas é intereses [...] tantos beneméritos como hay así entre los eclesiásticos como entre los seculares.⁴⁰

La “Magresita” también señala las diversas formas en que la gente participó:

[...] porque si bien toda la gente ilustrada contribuyó a la felicidad de la pátria formando la opinión de mil maneras, y principalmente por medio de la imprenta, algunos ayudaron á la empresa con servicios muy particulares.⁴¹

Sin que Malinto se lo pregunte, la Señora alude al virrey Don Juan O’Donoju, se refiere a él como “benemérito é incomparable español, ángel tutelar de la América y mensajero de la paz”.⁴² La explicación de su muerte incluye más alabanzas para el Virrey:

[...] yo estoy persuadida de que fué tanto el bien que nos trajo, y tan grato á los ojos de dios, que no encontrando su Magestad con que remunerarlo dignamente en esta vida, se lo llevó consigo á la eterna, para premiar sus virtudes tanto así creo que mereció á los ojos del cielo por habernos declarado libres, poniendo un freno al gobierno déspota, que á toda costa quería satisfacer sus caprichos.⁴³

Cuando la Señora termina de recordar todos estos actores del movimiento independentista, la Malinche le recrimina que no se acuerde del “soldado”, y en conformidad con su nueva posición de defensora de los desprotegidos, los ensalza, pero en especial a los que no viven en la ciudad de México, porque aprovecha para criticar a los soldados de la capital: “Solo del soldado no ha dicho so mercé nada, que lo han sido tan hombres de bié, no lagrones, ni blasfemos, ni lo dice

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 8-9.

⁴¹ *Ibid.*, p. 9.

⁴² *Loc. cit.*

⁴³ *Loc. cit.*

tanto desvergüenza como los de acá de este ciudad”.⁴⁴ Pero la Señora le redobla su alabanza diciendo: “todos los vivimos reconocidos, y sabemos que son los cimientos del edificio nacional”.⁴⁵

Por su parte, Malinche también introduce una crítica al nuevo gobierno que no acaba de solucionar los problemas cotidianos de la ciudad como:

[...] el chinguirito, la suciedad, los bandos: agora con este nuevo gobernasió ó república ha de poner mucho remedio. Quizá lo quitará este maldito bebida de chinguirito que lo mata mas gente que la guerra, y lo mandará que lo espanta le gente con la multa para que lo tenga limpio los calles, y no lo sean tan puercos, que no se puede ni andar: puede que lo pondrá otro regidor que lo sea mas corioso. Y dígame so mercé este bando que lo han echado de alcabala, ¿a quien lo ha de hacer provecho, á los probes ó á los tienderos? porque yo veo que todo está tan caro como siempre, y tantito peor.⁴⁶

Es pertinente aclarar que el nuevo gobierno al que se refiere Malinto era la Junta Provisional de Gobierno, que se:

[...] instaló el 28 de sep. de 1821, de acuerdo con el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba. Competía a ella gobernar interinamente de acuerdo con las leyes vigentes, en todo lo que no se opusiera al Plan de Iguala [...] una vez instalada eligió como presidente a Agustín de Iturbide.⁴⁷

En conclusión, se puede decir que el diálogo anónimo *La Malinche noticiosa* de 1821, ofrece una rica información sobre los acontecimientos del proceso de Independencia desde el punto de vista de un autor anónimo que, a través de sus

⁴⁴ *Loc. cit.*

⁴⁵ *Ibid.*, p. 10.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 7-8.

⁴⁷ *Diccionario Porrúa...*, *op. cit.*, s.v. Junta Provisional de Gobierno, t. II, p. 1928.

personajes, muestra su postura política en apoyo a los héroes que participaron en la gesta libertaria, pero con claros tintes iturbidistas, recordando a los iniciadores, pero exaltando en especial a Morelos, Vicente Guerrero y a Carlos María de Bustamante; aunque este último no es considerado un adalid de la Independencia, sí se le reconoce como uno de los constructores y difusores más importantes de los héroes sobre los que se construyó la identidad de la nueva nación.

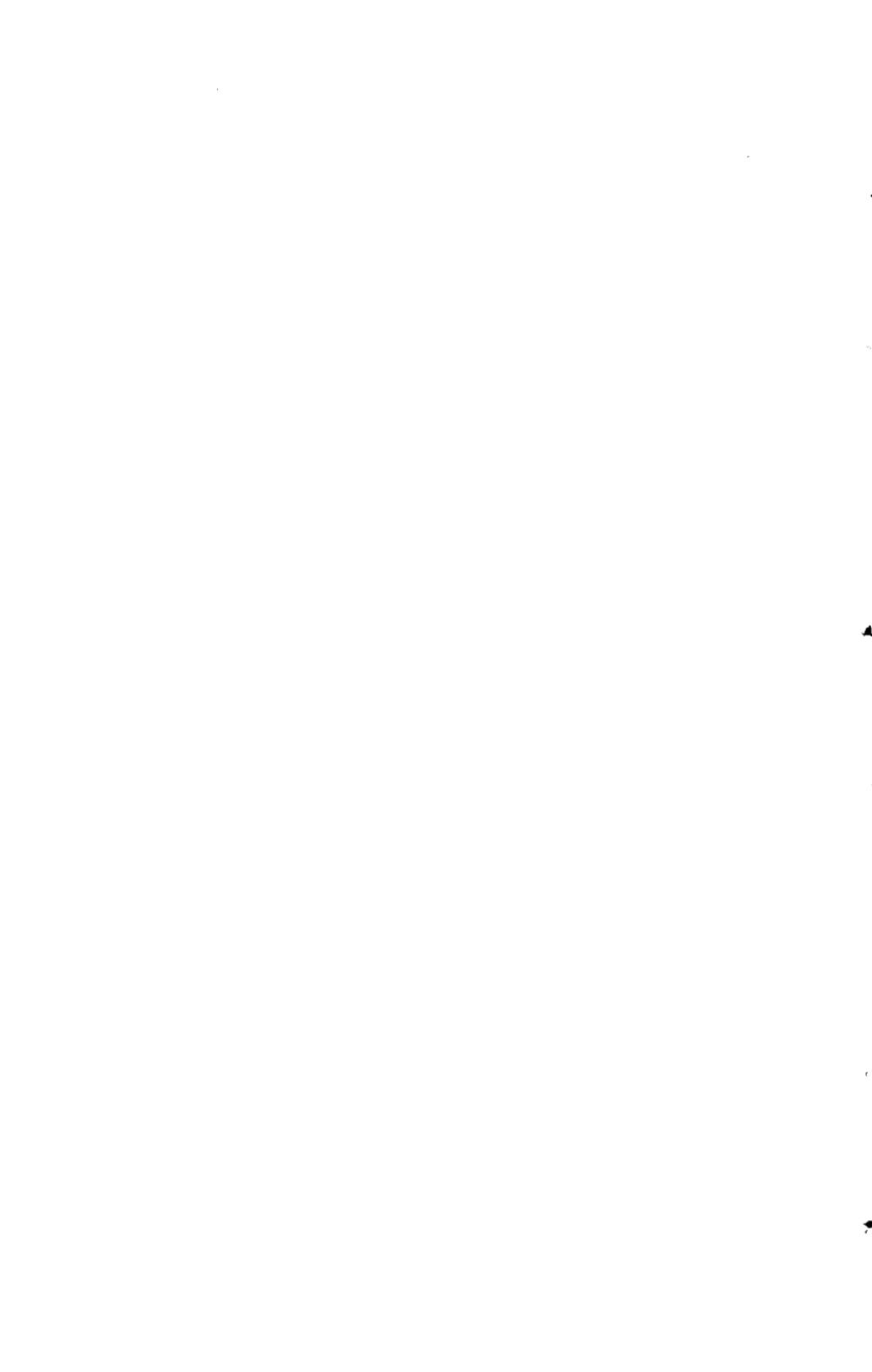
Asimismo, llama la atención la presencia de la Malinche —la antiheroína de la Conquista— como una de las dialogantes, que de alguna manera se presenta con una nueva reinterpretación, ahora ya no como traidora de los suyos, sino como vocera y defensora de los soldados anónimos que lucharon con Guerrero, de los indios en general y los desprotegidos; es sensible a sus problemas, con una visión y actuación política en pro de la insurgencia popular, aunque con algunos rasgos iturbidistas. También es crítica del Gobierno en turno y concedora de los problemas que vive la Ciudad de México. Muestra sin embozo alguno su pertenencia al sector indígena, pero con la marca indeleble del mestizaje a través de su profunda religiosidad católica. Esto demuestra que a principios del siglo XIX coexistían diversas visiones sobre la Malinche, aunque después del proceso independentista se consolidó como símbolo de la traición a su pueblo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar M. Alonso, “La historia y los historiadores”, *El pensamiento político de México*, t. 1, *La Independencia*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, pp. 40-144.
- Barjau, Luis, *La conquista de la Malinche*, México, Martínez Roca Ediciones, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Conaculta, 2009.

- Boyd, Martin, "Las lágrimas de la Malinche", en *Diálogos. Revista en línea*, núm. 4, otoño 2007 (www.dialogos.ca/revista/numero4/articulo6.htm) consultado el 22 de mayo de 2010.
- Carrión, Jorge, "Insurgencia y contrainsurgencia en el periodismo", *El pensamiento político de México*, t. 1, *La Independencia*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, pp. 281-223.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 6ª ed. corregida y aumentada, México, Editorial Porrúa, 1995.
- Flores Farfán, José Antonio, *La Malinche. Portavoz de dos mundos*, (www.ciesas.edu.mx/jaff/2%20La%20Malinche%20portavoz.pdf) consultado el 25 de abril de 2010.
- Glantz, Margo, "Crónicas de la Conquista: borrones y borradores", en *Obras reunidas I. Ensayos sobre literatura colonial*, Prólogo de Margo Glantz, México, FCE, 2006 (Colección Obras Reunidas).
- Gómezcesar, Iván, *El pensamiento político de México*, t. 1, *La Independencia*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, pp. 145-180.
- Hernández, Bertha, *Consumación: Agustín de Iturbide desfila* (www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina...) consultado el 24 de mayo 2010.
- Hernández, Cristina, *Doña Marina (La Malinche) y la formación de la identidad mexicana* (umblicus.blogspot.com/.../dona-marina-la-malinche-y-la-formacion.html) consultado el 27 de mayo de 2010.
- . *Doña Marina (La Malinche) y la formación de la identidad mexicana*, México, Ediciones Encuentros, 2002 (Colección Historia) (books.google.com.mx/books?isbn=8474906547...).
- Holmes, Bonnie, "La visión de la Malinche: lo histórico, lo mítico y una nueva interpretación", *Gaceta Hispánica*

- de Madrid (cat.middlebury.edu/.../LavisiondeLaMalinche_Bholmes.pdf) consultado el 2 de junio de 2010.
- La Malinche noticiosa que vino con el Ejército Trigarante. Diálogo entre una señora y una india*, México, Imprenta imperial de Don Alejandro Valdés, 1821.
- Morales, Josefina, “La literatura en la cultura de la Independencia”, *El pensamiento político de México*, t. 1, *La Independencia*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1986, pp. 224-259.
- Prada Oropeza, Renato, *El discurso-testimonio y otros ensayos*, México, UNAM, Dirección de Literatura, Coordinación de Difusión Cultural, 2001.
- Torre Villar, Ernesto de la *et al.*, *Historia documental de México* t. II por Ernesto de la Torre Villar, Moisés González Navarro y Stanley Ross, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984.
- Valero Silva, José, *Proceso moral y político de la Independencia de México* (www.iih.unam.mx/moderna/ehmc/.../207.html) consultado el 18 de mayo de 2010.



Lucas Alamán, un republicano propositivo

María Elvira Buelna Serrano*

Lucino Gutiérrez Herrera**

Santiago Ávila Sandoval**

En la historia del periodo de la Independencia, la sola terminología muestra la inestabilidad del momento: monárquicos, absolutistas, realistas, imperialistas, o bien republicanos centralistas y federalistas, masones escoceses o yorkinos, moderados o radicales, partidos liberales o conservadores; la continua inseguridad institucional no puede soslayarse en pos de construir una historia orientada a favorecer el poder, donde la dualidad bueno-malo construye la imagen dialéctica de la patria.

Uno de los representantes de conservadurismo en México ha sido don Lucas Alamán, de quien se han utilizado sus relatos para la construcción de la historia patria, pero sin mencionarlo porque pesa sobre su nombre la denostación de ser un conservador, y, por consiguiente, nunca se aclara su filiación republicana. No obstante, en su *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon la independencia en el año de 1808 hasta la época presente*,¹ se muestra como el hombre brillante que fue, comparable a los historiadores que generaron

* Profesora-Investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

** Profesores-Investigadores del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco.

¹ Lucas Alamán, *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon la independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1985, prólogo, t. I, p. v.

la visión de la historia como ciencia, tales como Leopoldo von Ranke y Jules Michelet, quienes fueron sus coetáneos.

El presente artículo tiene como objetivo analizar algunas contribuciones que forman parte del legado intelectual de Lucas Alamán, republicano centralista, ministro y empresario, creador de instituciones como el Banco de Avío y, en este sentido, pionero de las políticas de fomento al desarrollo industrial, actividad que siempre concibió como el sustento material para el desarrollo de nuestro país. Ilustrado, aunque no afrancesado en sus ideas políticas, fundó el Archivo General de la Nación, promovió el establecimiento del Museo de Historia Natural de la Ciudad de México, es decir fue un constructor de la nación.

LUCAS ALAMÁN, EL TUCÍDIDES MEXICANO EN EL SIGLO XIX

La historia como ciencia

El siglo XIX generó un nuevo tipo de historiadores que se plantearon la disciplina como parte del desarrollo de las ciencias. En ese entonces se pensaba que el comportamiento humano en el tiempo debía sustentarse en los principios positivos que permitieron las contribuciones hechas por Galileo, Kepler, Pascal, Newton, Leibniz o Buffon, o por Bacon, Hobbes, Spinoza y Locke. En el transcurso de la centuria de los ochocientos, la epistemología se constituyó en una rama de la filosofía, estableció que el conocimiento era el resultado de la observación y el razonamiento producido a partir del planteamiento de una hipótesis, la cual debía comprobarse contrastando los elementos objetivos de la realidad.

La ciencia y su método también se orientaron a la construcción de la historia. La autenticidad de las fuentes fue probada como testimonio de objetividad. A la par que los científicos de la naturaleza, los historiadores como Jules Miche-

let o Lepoldo Von Ranke se propusieron cumplir las características que demandaba el conocimiento científico respecto a estructurar sistemáticamente los hechos objetivos bajo el criterio de verdad. El trabajo histórico de Lucas Alamán formó parte de esta corriente científicista, quien se propuso cumplir con los nuevos paradigmas de la "ciencia histórica", signados por la objetividad y la imparcialidad.

Lucas Alamán fue un gran narrador, se tomó la atribución de relatar los acontecimientos de los que fue testigo, y que, a su parecer, cambiarían el curso de la historia de su nación. Estaba convencido de que esta tarea sería necesaria en la comprensión y desarrollo futuro de México, sin embargo, vivió convencido de que la falta de unión republicana, en general, llevaría a la quiebra de la nación.

En cuanto a su vocación narrativa basada en la imparcialidad actuó tal y como lo hiciera el griego Tucídides cuando escribió la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, convencidos de vivir momentos trascendentales para su causa, momentos que cambiaran el rumbo de la historia, y del cual quisieron dejar memoria basada en la objetividad.

Alamán, como Tucídides, estableció el método que siguió para escribir su obra. Se propuso presentar los hechos con toda la fidelidad que requiere la verdad de la historia, informándose sobre los mismos, preguntando a quienes los habían presenciado, además de consultar todos los textos fidedignos que pudo conseguir. De muchos había sido testigo o intervenido en ellos, de los demás revisó documentos originales. Consideraba que su posición le permitía ser imparcial respecto al pasado y pretendía omitir sus observaciones para que los lectores se formaran un juicio propio.² Tucídides, creador del método objetivo en la historia, también buscaba dejar para la posteridad la memoria de los hechos acaecidos en la guerra entre atenienses y espartanos, relatando los sucesos como los

² *Ibid.*, prólogo, t. 1, p. v.

había presenciado, o informándose e investigando para que su narración fuera lo más exacta posible.³

Otra similitud entre uno y otro existe en la forma de armar su relato. Tanto Tucídides como Alamán recuperaron los discursos pronunciados por los protagonistas de la historia, como la memorable oración de Pericles durante las honras fúnebres a los caídos en la guerra reproducida por el griego, o bien, la reconstrucción elaborada por el mexicano de diversos pasajes de la junta general organizada por el virrey Iturrigaray, las declaraciones de Hidalgo y Morelos ante el Tribunal de la Inquisición, las proclamas y opiniones de Agustín de Iturbide.

El historiador griego y el mexicano coincidían en ver a la historia como maestra de la vida, concepción propia del mundo grecolatino. Tucídides expresó que quienes quisieran conocer los hechos del pasado, los cuales serían iguales o semejantes en el futuro, encontrarían útil su historia porque la naturaleza humana se mantiene en el transcurso del tiempo.⁴

³ Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Ed. Gredos, 1990, t. I, prólogo, p. 117, L. I, pp. 163-164. "Tucídides de Atenas escribió la historia de la guerra entre los peloponesios y los atenienses, relatando cómo se desarrollaron sus hostilidades, y se puso a ello tan pronto como se declaró, porque pensaba que iba a ser importante y más memorable que las anteriores". *Ibid.*, L. I, 22, 2. p. 163: "Y en cuanto a los hechos acaecidos en el curso de la guerra, he considerado que no era conveniente relatarlos a partir de la primera información que caía en mis manos, ni como a mí me parecía, sino escribiendo sobre aquellos que yo mismo he presenciado, o que, cuando otros me han informado, he investigado caso por caso, con toda exactitud posible". *Ibid.*, L. I, 22, 3. p. 164: "La investigación ha sido laboriosa porque los testigos no han dado las mismas versiones de los mismos hechos, sino según las simpatías por unos o por otros o según la memoria de cada una".

⁴ *Ibid.*, L. I, 22, 4. p. 164. "Tal vez la falta de elemento mítico en la narración de estos hechos restará encanto a mi obra ante un auditorio, pero si cuantos quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana, si éstos la consideran útil, será suficiente. En resumen, mi obra ha sido compuesta como una adquisición para siempre más que como pieza de concurso para escuchar un momento".

Por su parte, Alamán señaló que la historia era útil porque los hechos eran un eslabón sucesivo de causa—efecto y permitían aprovechar la experiencia del pasado; su mejor recompensa sería lograr que la siguiente generación fuera más cauta que la suya, entonces podría pensar que había producido el mayor bien posible producto de la acción de estudiar la historia.⁵ Así, si bien el mexicano introdujo el concepto de historia efectual propio de la historiografía de su tiempo, mantuvo la idea de una historia útil ya que sirve para aprender de las experiencias pasadas.

Finalmente, a pesar de la búsqueda de la objetividad, tanto Tucídides como Alamán expresaron su posición ante la desgracia que implica la lucha armada, aunque el primero no lo manifiesta como un punto de vista personal, sino que se valió del discurso de Pericles para expresar el riesgo que corría la democracia ateniense en caso de sucumbir ante Esparta;⁶ el segundo sí la presentó como una conclusión propia, para él México se había sumido en un abismo porque había pretendido cambiar el sistema político, el religioso y el civil, los usos y costumbres establecidos, y lo peor era que se había puesto en

⁵ Lucas Alamán, *op. cit.*, prólogo, pp. xi-xii. “[...] la utilidad de la historia consiste, no precisamente en el conocimiento de los hechos, sino en presentar el influjo que éstos han tenido los unos sobre los otros, en ligarlos entre sí de manera que en los primeros se eche de ver la causa productora de los últimos, y en éstos la consecuencia precisa de aquéllos, con el fin de guiarse en lo sucesivo por la experiencia del pasado [...]”.

⁶ Tucídides, *op. cit.*, L. II, pp. 35-46. “Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos, y más que imitadores de los demás, somos un modelo a seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos sino de la mayoría, es democracia. En lo que concierne a los asuntos privados, la igualdad, conforme a nuestras leyes, alcanza a todo el mundo, mientras que en la elección de los cargos públicos no antepone las razones de clase al mérito personal, conforme al prestigio de que goza cada ciudadano en su actividad; y tampoco nadie, en razón de su pobreza, encuentra obstáculos debido a la oscuridad de su condición social si está en condiciones de prestar un servicio a la ciudad. En nuestras relaciones con el Estado vivimos como ciudadanos libres [...]”.

riesgo a la nación mexicana, la que podría desaparecer como consecuencia de las ambiciones extranjeras y del desorden interno,⁷ peligro similar al que enfrentaba Atenas. Ambos, por cierto, mantuvieron su criterio de objetividad y tuvieron una gran predictividad, ya que la realidad no estuvo lejos de la verdad enunciada en sus obras.

UN ILUSTRADO BORBÓNICO DE ORIENTACIÓN REPUBLICANA CENTRALISTA

Alamán era un admirador de los ilustrados borbónicos, reconocía su habilidad e inteligencia para gobernar y los beneficios que habían generado en la Nueva España. Por ello, sus juicios sobre la necesidad de centralizar el poder devenían de su contrastación entre la arbitrariedad del mando austriaco, y la consecuencia que sobre el bienestar de la población tuvo la autoridad absoluta de los monarcas borbones. Sostenía que el despotismo del monarca hizo cesar el de los agentes subalternos, y que, a partir del siglo XVIII, dejó de verse en los nuevos dirigentes aquellos actos arbitrarios que solían encontrarse en el gobierno despótico que los virreyes habían instaurado en México hasta el siglo XVII.⁸

El guanajuatense admiraba la revolución social y económica inglesa, reconocía como positiva la transformación política institucional de Inglaterra, así como los efectos de la industrialización sobre el progreso, pero desaprobaba la época del Termidor de la Revolución Francesa, rechazaba sus pro-

⁷ Lucas Alamán, *op. cit.*, prólogo, pp. XI-XII.

⁸ *Ibid.*, t. I, p. 88. “Pero si por esta mutación la autoridad absoluta de los reyes [borbones] ganó mucho estableciéndose como principio, esta autoridad consolidada y respetada, ejercida con inteligencia por ministros hábiles e ilustrados, vino a ser el origen de inmensos beneficios para la nación y a promover en gran manera el bienestar de los individuos. El despotismo del monarca hizo cesar el de los agentes subalternos, y desde entonces no se ven en éstos aquellos actos arbitrarios que se suelen encontrar en la historia de los virreyes de México del siglo XVII”.

cedimientos políticos. Ello explica por qué consideraba que el cambio social debía ser gradual y ordenado, diferentes a los mecanismos caóticos generados en Francia. De manera similar era un ferviente crítico contra la revolución de Hidalgo porque éste había quebrantado la institucionalidad y el derecho. Su posición fue producto de una combinación entre las propuestas de la ilustración borbónica y de la economía inglesa. Al respecto, llama la atención el hecho de que, ante la posición republicana centralista, la crítica en el tiempo se haya ensañado porque desaprobaba el movimiento de masas.

En cuanto a su posición centralista, equipara a los gobiernos austriacos con la organización federal. Para él, ésta generaba un despotismo inhumano que mantenía al pueblo ajeno a los principios del progreso y en posición de desprotección ante la falta de ética en la política. En contraste, el centralismo propio de los borbones permitiría el cambio social y económico basado en la tradición y el orden.

Lo que queda claro en la narrativa de Lucas Alamán es que el gobierno republicano era la opción para el desarrollo. Coincidió con fray Servando Teresa de Mier en que la República Mexicana debía conformarse a partir de un gobierno centralizador que mudara gradualmente hacia uno federado.⁹ La posición centralista de Alamán también era resultado de su reconocimiento a las tradiciones y la importancia de la historia, no de la negación de la misma, comprendía que el país estaba integrado por un amplio territorio sin cohesión social, la federación promovería regionalismos fomentados por el asilamiento y la falta de vías de comunicación.¹⁰

Otra vertiente que explica su posición era la desarticulación política con los propietarios, la falta de medios organizados para la defensa territorial y la amenaza que implicaba la presencia de los Estados Unidos. Todos estos eran motivos

⁹ *Ibid.*, t. v, p. 777.

¹⁰ *Ibid.*, t. v, p. 925.

suficientes para abogar por la existencia de un gobierno central que transitara a la federalización de la República.¹¹

A la luz de los resultados, en cuanto a la capacidad real que tuvimos de mantener nuestro territorio con base en un federalismo inocuo o, ¿quién, después de ver el federalismo basado en el control central aún ahora, podría decir que las apreciaciones a favor de un gobierno central estaban equivocadas? Entonces, cómo aprender de una historia que no se cuenta.

El radicalismo propio en el cual se desarrolló la lucha social en el campo de las ideas, y que se mantiene vivo en la memoria de la historia patria, nunca ha permitido un debate abierto entre las posiciones que nos hicieron perder nuestro territorio, o sea, fallar como nación en la preservación de la soberanía.

EL DENOSTADOR DE HIDALGO Y ADMIRADOR DE MORELOS

En principio, Lucas Alamán dejó claro en su obra que él estaba totalmente de acuerdo con el hecho de que México se constituyera en un país independiente. La oposición que plasmó de manera expresa contra el movimiento encabezado por Hidalgo no era contraria al objetivo de la empresa, sino contra los medios que éste había utilizado, es decir, pensaba que la independencia hubiera tenido cauce si se hubiese convocado al conjunto de propietarios novohispanos, quienes desde antes de la invasión napoleónica deseaban emanciparse del gobierno español, porque se oponían a la emisión de los vales reales que significaba para ellos onerosas contribuciones. Consideraba que de haberse seguido este proceso se hubiese sustituido al monarca de la Península por un soberano propio.¹²

¹¹ *Ibid.*, t. v, p. 944.

¹² *Ibid.*, t. v, p. 904.

Alamán conoció personalmente a Miguel Hidalgo, y fue uno de sus críticos más severos. El rechazo a la persona que pasó a la historia como “el padre de la patria” se fundamentó en consideraciones de carácter ético. Para Alamán, el cura de Dolores fue un hombre incapaz de dirigir con decoro, es decir, con reglas de guerra; desaprobaba la confrontación que promovió y la forma de infundir odio como elemento de cohesión en la contienda.

Lucas Alamán describe a Hidalgo como un hombre sin lealtades, un eclesiástico vicioso, jugador, que abusó del prestigio y poder económico que adquirió antes del estallido de la rebelión. El relato que hace sobre la toma de la Alhóndiga de Granaditas es detallado y lleno de emotividad porque Alamán conocía personalmente a los hombres que perecieron en el asalto del 28 de septiembre de 1810:

Los cadáveres de éstos [los españoles] fueron llevados desnudos, asidos por los pies y manos o arrastrando al próximo camposanto de Belén, en el que fueron enterrados [...]. El edificio de la alhóndiga presentaba el más horrible espectáculo: los comestibles que en él se habían acopiado estaban esparcidos por todas partes, los cadáveres desnudos se hallaban medio enterrados en maíz, en dinero y todo manchado de sangre. Los saqueadores combatían de nuevo por el botín y se daban muerte unos a otros.¹³

Las narraciones de Alamán sobre el proceder del cura son por demás impactantes, sabe transmitir su animadversión sobre las atrocidades prescritas por Hidalgo, como las matanzas de españoles que ordenara en Valladolid, en Guadalajara y en otras ciudades por donde pasaba cuando iba en retirada hacia los Estados Unidos.

Para Alamán el principal error político de Hidalgo fue el instigar a los indígenas y a las castas a cometer toda clase de desmanes. Hidalgo con su proceder generó una posición

¹³ *Ibid.*, t. 1, p. 435.

defensiva de los españoles y criollos contraría a la independencia porque promovió saqueos, devastación, persecuciones y masacres. Por ello, españoles y criollos dejaron de percibir el desconocimiento de los monarcas borbones como una opción ante la invasión napoleónica a España; Hidalgo los había atacado y habían sido destruidos sus hogares. Esta fue la razón por la cual españoles y criollos se unieron al gobierno para protegerse. Por lo tanto, según el estadista, la lucha no se entabló entre independentistas y monarquistas, sino entre saqueadores y propietarios que defendían sus bienes.¹⁴ Su insistencia en este argumento parece reflejar su posición personal respecto al movimiento encabezado por el cura Hidalgo.

En tal sentido, recupera la opinión que Agustín de Iturbide expresaba acerca de la rebelión:

Hidalgo, y los que le sucedieron siguiendo su ejemplo, desolaron el país, destruyeron las fortunas, radicaron el odio entre europeos y americanos, sacrificaron millares de víctimas, obstruyeron las fuentes de riquezas, desorganizaron el ejército, aniquilaron la industria, hicieron de peor condición la suerte de los americanos excitando la vigilancia de los españoles a vista del peligro que les amenazaba, corrompieron las costumbres y, lejos de conseguir la independencia, aumentaron los obstáculos que a ella se oponían.¹⁵

En contraste a su posición crítica hacia Hidalgo, resalta su reconocimiento a Morelos porque este último, aún en la lucha armada, intentaba hacer prevalecer el imperio de la ley. Admira sus gestas, su capacidad de organización e ideales claros que siempre sostuvo, al establecimiento del Congreso de Chilpancingo y la emisión de su proclama firmándose como siervo de la nación. De hecho le dedicó prácticamente dos tomos a la campaña del generalísimo, y lo califica como un hombre extraordinario. Valora positivamente el comportamiento que

¹⁴ *Ibid.*, t. II, pp. 212-213.

¹⁵ *Ibid.*, t. II, p. 214.

tuvo Morelos durante el proceso inquisitorial que enfrentó porque, a diferencia de Hidalgo, Allende y sus compañeros,

[...] lejos de intentar atribuir a otros la parte que había tenido en la revolución, descargando sobre ellos todo lo que podía haber de más odioso en sus procedimientos, [...], contestó con dignidad y firmeza a todos los cargos que se le hicieron [...].¹⁶

La situación que vivió “la parte respetable de la sociedad”,¹⁷ dice Alamán, fue la de defenderse del pillaje, anarquía y confusión que generaban los insurgentes. Los criollos americanos reaccionaron contra la rebelión porque querían mantener los bienes familiares. Para él, la guerra no se había generado entre dos naciones, no era “un esfuerzo heroico de un pueblo que lucha por su libertad para sacudir el yugo del poder opresor, sino un levantamiento de la clase proletaria contra la propiedad y la civilización”.¹⁸ Aún así, reconocía el arrojo y valentía de quienes habían participado en la rebelión, aunque sus sacrificios habían sido en vano:

Inútil fue la feroz energía de Morelos, inútiles los constantes, aunque interesados intentos de D. Ignacio Rayón para establecer un gobierno de que él hubiese de ser jefe, la constancia de los diputados del congreso de Apatzingán para formar una constitución entre riesgos y privaciones, el noble carácter de D. Nicolás Bravo, el sacrificio de su padre y de su tío, el denuedo de Galiana, la capacidad militar de Terán y de D. R. Rayón, las ventajas que procuró a Victoria el terreno que ocupaba, el tesón de Asensio y de Guerrero, no queriendo admitir el indulto cuando todos los demás lo habían solicitado y obtenido, el valor individual de que dieron mil y mil pruebas Trujado, Rosales, el Giro, Mina y sus compañeros, y tantos otros, todo fue infructuoso, todo se desvaneció ante el desorden, la anarquía y el espíritu de

¹⁶ *Ibid.*, t. IV, p. 317.

¹⁷ *Ibid.*, t. IV, p. 726.

¹⁸ *Loc. cit.*

rivalidad, de egoísmo, de pillaje y de privadas ambiciones, que fue el carácter de aquella revolución.¹⁹

OPOSITOR AL OPORTUNISMO DE LOS ALTOS MANDOS MILITARES:
AGUSTÍN DE ITURBIDE Y ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA

El historiador resalta el hecho de que la revolución organizada por Hidalgo inició con engaños, se propagó y se sostuvo por medios inmorales y atroces; finalmente concluyó de manera humillante para quienes permanecieron en pie de lucha durante diez años, porque la consumación la realizaron quienes la habían combatido en un principio, es decir, las altas jerarquías eclesiásticas y los oficiales del ejército realista, ya que desaprobaban la Constitución española de 1812.²⁰

Dos de los militares que combatieron a los insurgentes, pero que finalmente proclamaron la independencia y ocuparon los más altos cargos de la nación fueron Agustín de Iturbide y Antonio López de Santa Anna. Alamán también formuló una severa crítica recriminándoles la carencia de ética en su actuar.

Alamán reconocía a Iturbide porque había vencido a Hidalgo en Valladolid, aunque afirma que sus acciones eran opacadas por la crueldad con la que trataba a los rebeldes, pero también describió el oportunismo del capitán realista que, a partir de 1814, se dedicó a lucrar a costa de la rebelión, retener cargamentos de alimentos o artículos indispensables, con el fin de que éstos se encarecieran y obtener pingües ganancias de tal negocio.²¹ Iturbide, valiéndose de su posición de comandante de las provincias del norte, llegaba a las haciendas y mandaba vender el acopio de granos a precios ínfimos con el pretexto de evitar el saqueo de los insurgentes, y, valiéndose de terceros, los compraba para revenderlos cuadruplicando su

¹⁹ *Loc. cit.*

²⁰ *Ibid.*, t. IV, p. 725.

²¹ *Ibid.*, t. IV, pp. 42, 445.

precio real.²² Para Alamán esta situación, de la que participaba el mismo virrey, contribuyó a prolongar el estado de inestabilidad política.

Posteriormente, a finales de 1820, Iturbide había recibido del virrey la comandancia general del sur para acabar con las guerrillas que encabezaba Vicente Guerrero. Alamán reprochaba la traición que el comandante hizo a la confianza depositada en él, apoyado con numerosos recursos del erario público.²³

El guanajuatense reconoció los aciertos del Plan de Iguala por la claridad respecto a la situación particular que se vivía en México; narró con entusiasmo la entrada del Ejército Trigarante a la capital y la felicidad compartida de la población entera, pero también la soberbia de quien ocupara el trono del Primer Imperio Mexicano que le impidió percibir la oposición que fue generando durante su gobierno: la disolución del Congreso Constituyente que había formado y el encarcelamiento de los diputados, los préstamos forzosos, las medidas contra peninsulares, su proclamación y coronación como emperador. Así, el mismo Iturbide fue conjuntando opositores que apoyaron a Santa Anna para que lo derrocaria en 1823.²⁴

De manera similar, Alamán describió al general Antonio López de Santa Anna como otro miembro del ejército carente de principios, inconsecuente consigo mismo, promotor de las rebeliones, y quien encontró la forma de establecer su poder a partir de mantener vivas la oposición entre centralistas y federalistas apoyando a unos y a otros, enriqueciéndose al establecer su supremacía al frente de la nación. No obstante, le reconocía haber defendido a ésta de las invasiones extranjeras, la española en 1829, la francesa en 1838 y la norteamericana

²² *Ibid.*, t. IV, p. 447.

²³ *Ibid.*, t. V, p. 96.

²⁴ *Ibid.*, t. V, p. 711.

en 1835 y 1847. Para el narrador de la historia, el general vecacruzano era un:

[...] conjunto de buenas y malas cualidades, talento natural muy claro, sin cultivo moral ni literario, espíritu emprendedor sin designo fijo ni objeto determinado, energía y disposición para gobernar oscurecidas por graves defectos, acertado en los planes generales de una revolución o una campaña, e infelicísimo en la dirección de una batalla, de las que no ha ganado una sola.²⁵

EL REPUBLICANO BURKERIANO

Lucas Alamán admiraba al estadista Edmund Burke. El irlandés se destacó en el siglo XVIII por haber criticado el absolutismo real, por promover la independencia de las colonias inglesas en Norteamérica, pero también por defender la unidad entre Estado e Iglesia y, finalmente, por sus oposición a la Revolución Francesa.

El conservadurismo de este republicano era afín a Alamán; le permitía hacer ver que para un pueblo, cuya base social se fundamentaba en la discriminación, y en un lugar donde el intercambio social y mercantil era desigual, la igualdad como promesa basada en el odio generaba destrucción y caos.

Alamán mantenía su posición de criollo privilegiado cuando expresaba su desacuerdo con el reconocimiento de la igualdad de los indígenas que estableció la Constitución de Apatzingán en 1812. Desde su punto de vista, la heterogeneidad racial era natural porque la naturaleza misma había creado hombres superiores e inferiores; desde luego se concebía a sí mismo como uno de los primeros, quienes estaban obligados a proteger a los demás sin oprimirlos.²⁶ Para él, la incorporación de los indígenas a la ciudadanía los afectaría más que beneficiarlos porque tendrían los mismos derechos, pero tam-

²⁵ *Ibid.*, t. v, p. 686.

²⁶ *Ibid.*, t. III, pp. 568-569.

bién las mismas obligaciones que el resto de los ciudadanos, podrían participar en las elecciones sin entenderlas, estarían obligados a prestar servicio militar, dejarían de pagar tributo, aunque tendrían que pagar impuestos, se prohibiría que los curas y justicias de los pueblos los azotaran para corregirlos, pero estarían sujetos a el sistema judicial existente.²⁷

En consecuencia, la única manera de cambiar las condiciones de vida era el reconocimiento a la tradición y la orientación del cambio con base en las leyes, fundamentándolas en el desarrollo de la economía. Esto es otro elemento que ayuda a explicar la posición histórica de Alamán en el transcurso de sus obra.

El historiador consideraba un error suprimir el régimen de parcialidades y repúblicas establecido en la segunda mitad del siglo XVI, sistema legal de segregación que instauró la denominada República de Indios, mediante el cual se instituyeron una serie de beneficios para sus pueblos y comunidades, como eran los hospitales o el acceso a fondos mediante las cajas de comunidad; no obstante, los sujetaba a pagar tributos y a recibir castigos corporales de curas y autoridades civiles porque se les concebía como seres inferiores, menores de edad, incapaces de integrarse a la “civilización”, de razonar como europeos. Este tema es relevante en la actualidad por las propuestas de constituir una nueva República de Indios que ha promovido el movimiento zapatista de Chiapas a partir de 1994. El principal problema radica, precisamente en la posibilidad de reinstaurar un régimen de excepción, que favorezca la desigualdad de todos los ciudadanos ante la ley. En el presente aún pesa el legado social conformado durante la época virreinal, las estructuras de una sociedad de privilegios, un sistema judicial intrincado que favorece la ilegalidad, la carencia generalizada de una conciencia ciudadana que delimite las libertades en función del bien común.

²⁷ *Ibid.*, t. III, p. 126.

Así, sostenía que, en materia política, una vez incluidas las clases bajas, la falta de ética era la característica del accionar en la política: “(no) tenían dificultad en prometer lo que nada pensaban cumplir; funesto sistema que se ha seguido después en casi todas las variaciones políticas del país”.²⁸ Así podemos constatar que la actitud de participar en la política sin ética nació con la independencia, y aún continúa, aunque esta falta de principios no es propia de un ciudadano republicano comprometido con el bien común.

LA PROPUESTA REPUBLICANA DE LUCAS ALAMÁN

Una de las principales aportaciones de don Lucas Alamán fue la elaboración de una propuesta orientada a la creación de un sistema de gobierno republicano, que podía constituirse para garantizar la existencia de la nación mexicana, la cual estaba amenazada por el embate de las potencias extranjeras, que ponían en riesgo su permanencia como país.

El objetivo esencial de la *Historia de México* escrita por el guanajuatense fue proponer una solución a los problemas por los que atravesaba el país en 1852, año en que concluyó y publicó la obra mencionada. Hace suyas las palabras del más célebre orador romano: “Echase de ver”, decía Cicerón en su admirable tratado de las Leyes, “cuál es el objeto de este discurso. Todos nuestros esfuerzos se dirigen a afirmar la república, establecer sus fuerzas y remediar los males de los pueblos”.²⁹ Estaba consciente de que le quedaba poco tiempo de vida, en efecto, murió el 2 de junio de 1853, seis meses después de haber firmado el prólogo, por tanto, sabía que no podría realizar su proyecto, por eso le interesaba tanto dejar claramente identificados cuáles eran los problemas para

²⁸ *Ibid.*, t. I, p. 185.

²⁹ *Ibid.*, t. V, p. 921.

que otros pudieran remediarlos,³⁰ ya que, de manera evidente, no habían podido establecerse las instituciones políticas requeridas por la nación para prosperar, por tanto era urgente transformarlas, tarea en la que se debía involucrar “todo buen ciudadano”.³¹

En materia económica, Alamán reconocía los avances de la nueva era, aunque de ninguna manera los atribuía a la independencia, ni a los gobiernos subsecuentes, sino al progreso general del mundo civilizado y al esfuerzo de los particulares que vencían los obstáculos generados por las instituciones públicas:

Y desde luego se viene a los ojos esta cuestión: hemos manifestado que en medio de tantos contrastes, el bienestar en la república mexicana es general, que la riqueza ha aumentado, que las minas y la agricultura prosperan, que las artes de lujo han llegado a un punto antes desconocido, que todo lo que supone abundancia, como carruajes, diversiones, comodidades de toda especie es mayor en la capital de la república que en otras ciudades de Europa y América en proporción de sus población.³²

El diagnóstico que realizó sobre la situación política que vivía el país partió de mencionar al Acta Constitutiva de la Nación Mexicana como una aberración por dos razones: la primera, porque se tradujo parte de la Constitución promulgada en los Estados Unidos de Norteamérica, pero su aplicación tenía un efecto inverso al de las colonias inglesas, allí servía para dar unidad a las partes, mientras que en México dividía lo que estaba unido; la segunda, porque a los principios generales dictados por la Constitución norteamericana se le incorporaron los procedimientos para ejecutarlos, tales como el modo de la elección de diputados o las facultades

³⁰ *Loc. cit.*

³¹ *Ibid.*, t. v, p. 923.

³² *Ibid.*, t. v, p. 922.

del congreso y presidente, las cuales se retomaron de la Constitución de Cádiz de 1812.³³

En México, la Constitución de 1824 estableció la forma de gobierno como el de una república federal, aunque ésta, como lo había señalado el padre fray Servando Teresa de Mier, era difícil implementar por la tradición centralizada del poder que existía en el sistema virreinal.³⁴

Alamán concordaba con el planteamiento elaborado por fray Servando, orientado a establecer una república central que generara en el tiempo las condiciones para que ésta se transformara en otra de tipo federal. No obstante, lo que sucedió fue que, primero se fundó la federación, pero al cabo de cuatro años, después de que ganaron las elecciones los centralistas, los federalistas iniciaron la mecánica de organizar un golpe de estado que propició la alternancia entre centralismo y federalismo en un clima de total inestabilidad política, donde se sucedían unos a otros mediante la participación del ejército comandado por el general Santa Anna.

Así, a pesar de que la Constitución de 1824 instauraba una forma de gobierno de república federal, ésta no se practicaba como tal porque, si bien se realizaban elecciones populares, los gobiernos locales y el federal se imponían a los respectivos congresistas "atropellando hasta la apariencia de libertad",³⁵ aunque existían congresos, éstos no se dedicaba a realizar sus funciones, sino a participar en las esferas de la política apoyando sediciones o siendo condescendientes con el presidente en turno, o bien, con los gobernadores de los estados.³⁶ Por otra parte, en lo que respecta al sistema judicial, las disposiciones de los tribunales no se acataba, existía un sistema para fincar responsabilidades, pero éste se utilizaba como un arma de partido, no como un recurso legal contra

³³ *Ibid.*, t. v, pp. 777-778.

³⁴ *Loc. cit.*

³⁵ *Ibid.*, t. v, p. 950.

³⁶ *Ibid.*, t. v, p. 939.

la arbitrariedad. En relación a la administración de los recursos públicos, éstos se hallaban a disposición del gobierno sin existir un procedimiento de rendición de cuentas. Asimismo, no había un plan de gobierno definido, sino que se daban respuestas aisladas a situaciones particulares. Por consiguiente, éste no podía denominarse sistema constitucional, sino uno que gobernaba sin orden de acuerdo las circunstancias del momento, incapaz de hacer factible la felicidad de una nación.³⁷

Los inconvenientes que se suscitaron con la instauración del régimen federal o del central fueron que, cuando la República se regía por el primero de éstos, los gobiernos de los estados disponían de los caudales públicos, mientras que el gobierno federal no contaba con recursos; cuando la República se rigió por el sistema central, podía pagar a sus empleados, pero dejaba sin recursos a los estados, y cuando quiso remediar dicha situación, gravando las mercancías extranjeras con un 15%, entonces se generó la separación del estado de Texas.³⁸

En relación a las logias masónicas, las que participan en la política, como lo que actualmente llamamos partidos políticos, el guanajuatense describe los dos ritos que se fundaron en México. El primero, el de los escoceses, lo formaron los diputados que habían regresado de España, entre los que se encontraba él mismo. Ellos siempre impulsaron la conformación de una república central, que dependiese de la logia, cuyos principios eran respetar las propiedades y las personas, una libertad moderada, y realizar con prudencia y medida todas las reformas intentadas por las Cortes de España.³⁹ Poco a poco se fueron uniendo al partido los antiguos borbonistas, los españoles que encontraban apoyo para defenderse de las

³⁷ *Ibid.*, t. v, pp. 950-951.

³⁸ *Ibid.*, t. v, p. 944.

³⁹ *Ibid.*, t. iv, p. 711.

persecuciones, los propietarios que querían seguridad; el clero que se veía atacado en sus principios, su respeto y sus bienes y todas las demás clases que buscan tranquilidad, decoro y protección. Al arribo de Joel Poinsett a México, junto con Lorenzo Zavala y José María Alpuche, cura de Cunduacán en Tabasco, quienes se habían separado de los escoceses, formaron cinco logías vinculadas al rito yorkino, preponderante en Estados Unidos. Guadalupe Victoria y sus ministros impulsaron su establecimiento, José Ignacio Esteva, Ministro de Hacienda, fue nombrado gran maestro y Miguel Ramos Arizpe, venerable de una logía. Con el apoyo del gobierno, Esteva dispuso los fondos de los empréstitos para fortalecer a este partido, al cual ingresaron quienes buscaban un empleo.

[...] los aspirantes a los puestos de diputados, los que querían liberarse de responsabilidad en el manejo de los intereses públicos o eximirse de alguna persecución, y, en fin, toda la gente perdida que aspiraba a hacer fortuna, abandonando muchos a los escoceses que no podía presentar estas ventajas, también entraron en los yorquinos los inturbidistas, siempre enemigos de los escoceses. Los principios de que hacía ostentación la nueva masonería eran lo más a propósito para ganarle popularidad.⁴⁰

Después de analizar la situación política y económica del país, ¿cuáles fueron las soluciones que propuso el estadista mexicano? Pasemos a enumerarlas:

1. Mantener el régimen de república federal, pero estableciendo un orden adecuado mediante el reparto igualitario de recursos y gastando moderadamente. Los propietarios que vivían en los diferentes estados tendrían más interés por participar en los asuntos públicos porque habría mayor certidumbre y seguridad. Así nacería el

⁴⁰ *Ibid.*, t. IV, pp. 824-825.

espíritu público y se reestablecería el carácter nacional que había desaparecido. Para lograr esto, era indispensable que el poder recayera en hombres de gran capacidad, decoro y probidad.⁴¹

2. Delimitar las atribuciones del poder ejecutivo, particularmente en lo que respecta al gasto del erario público y nombramiento de colaboradores y empleados. Por tanto, se requería crear un sistema de rendición de cuentas para evitar la falta de probidad y el saqueo. La responsabilidad de la administración pública debía recaer en el presidente, no en los ministros, quienes estarían obligados responder ante el ejecutivo, y éste a la nación. Cuando el presidente de la República concluyera el periodo de su mandato, se le abriría un juicio de residencia para analizar y comprobar que había cumplido honradamente con las responsabilidades administrativas que le habían sido encomendadas.⁴²
3. Redefinir las facultades del Congreso, porque éste se había centrado en ejercer el poder político participando en sediciones o apoyando de manera condescendiente al ejecutivo. Por consiguiente, era necesario acotar sus funciones a examinar y aprobar el presupuesto anual de ingresos y gastos del gobierno, establecer las bases de los gravámenes de las aduanas marítimas, declarar la guerra y aprobar los tratados de paz, dilucidar sobre los problemas nacionales proponiendo su solución y elaborar las reformas constitucionales necesarias en el transcurso del tiempo.⁴³

⁴¹ *Ibid.*, t. v, pp. 942-943.

⁴² *Ibid.*, t. v, pp. 939-940.

⁴³ *Ibid.*, t. v, pp. 938-939.

4. En lo que respecta al poder judicial de la federación, era preciso dictar códigos claros para administrar la justicia de manera que todos los ciudadanos pudieran conocer sus obligaciones y las penas en las que incurrirían si los transgredían. Esto se había intentado realizar sin obtener ningún resultado, a pesar de que se habían gastado sumas considerables para lograrlo. Por otra parte era indispensable reducir el número de tribunales al que fuera necesario y conveniente, aunque de manera gradual porque era injusto desconocer los derechos de propiedad adquiridos por los magistrados y otros empleados.⁴⁴
5. Delimitar de manera clara la jurisdicción religiosa y la civil y erigir nuevos obispados demarcándolos a cierto número de estados completos. Destinar recursos públicos a la Iglesia concediéndole autonomía en su ejercicio, pero estableciendo mecanismos para garantizar que la aplicación de los bienes eclesiásticos y provisión de las capellanías dotaría de lo necesario a las iglesias, con el fin de que la administración de los sacramentos fuera gratuita en la medida de lo posible. Establecer legalmente la forma de nombrar prebendas y curatos en las diócesis y en acuerdo con la Santa Sede.⁴⁵

Después de elaborar el diagnóstico y definir lo que era necesario hacer para solucionar los problemas de la nación, el estadista pasa a sugerir el cómo realizarlo. El problema a enfrentar era precisamente que, a pesar de contar con una propuesta de visión amplia, la forma de instrumentarla se

⁴⁴ *Ibid.*, t. v, pp. 941-942.

⁴⁵ *Ibid.*, t. v, p. 940.

antojaba por demás compleja, puesto que tenía que legalizarse. La principal oposición la veía en el Congreso, porque, dice:

[...] los congresos son de suyo más a propósito para conservar lo que existe que para crear cosas nuevas, por cuyo motivo, una nación en que todo está por hacerse por haberse destruido todo lo que existía, si ha de depender de un congreso ordinario para tener sistema de hacienda, códigos y todas aquellas leyes orgánicas sin las cuales los principios generales contenidos en una constitución no pueden desenvolverse y reducirse a práctica, nunca los tendrá, y no es el menor de los males de éste género de sistemas, que no sólo no proporcionan los medios de tener todo lo que es necesario para la felicidad de un pueblo, sino que son un embarazo para que pueda nunca haberlo.⁴⁶

Era consciente de que la Constitución de 1824 concentraba los poderes de la unión en el congreso, así que éste no promovería el cambio necesario porque era imposible “evitar que quien tiene en sus manos la facultad de hacer todo lo que quiere, se reduzca a hacer sólo lo que debe”.⁴⁷

La consecuencia lógica de esta serie de consideración sería la creación de un congreso extraordinario que reelabora la Constitución a partir de principios generales, y formulara leyes y códigos que garantizaran la instrumentación de los mismos, además de reestructurar el sistema hacendario. No obstante, esta conclusión no la planteó de manera explícita, sino que aludió a un poder no identificado a convocar a todos los ciudadanos útiles a trabajar en la magna obra.⁴⁸ Especifica que sólo podrían remediarse los males que aquejaban a la nación si se lograba mantener la constancia en la adversidad, la prudencia de los gobiernos y la ilustrada cooperación de los ciudadanos. La reforma institucional sería la única que

⁴⁶ *Ibid.*, t. v, p. 947.

⁴⁷ *Ibid.*, t. v, p. 948.

⁴⁸ *Ibid.*, t. v, p. 950.

permitiría el desarrollo económico del país y el bienestar de los ciudadanos.⁴⁹

CONCLUSIONES

La *Historia de México* de Lucas Alamán mantiene una estructura bien delimitada en dos partes. La primera inicia con los antecedentes históricos de la conquista y el periodo colonial, para desembocar en la situación concreta de ingobernabilidad de la dinastía de los borbones a raíz de la invasión napoleónica en 1808, y las consecuencias que este hecho traía para los virreinos americanos. En esta parte se propone dar a conocer una especie de verdadera historia de la Revolución de Independencia, para que no queden en el olvido los acontecimientos de devastación y muerte que se vivieron, la situación específica en que se encontraba España y las consecuencias de la inestabilidad política del gobierno español. La segunda parte deja de lado el estilo narrativo y analiza las condiciones de inestabilidad política posterior a la consumación de la Independencia en 1821. A partir del análisis, plantea una propuesta concreta para solucionar la crisis política y reconstituir la república federal exhortando, a los ciudadanos a vencer la adversidad y crear una nueva era que una a todos los ciudadanos, alegres con los beneficios que gozarán y la esperanza de lograr otros mayores.

La obra también revela diferentes facetas de su autor. Una de ellas, la del hombre ilustrado que era, conocedor de la historia grecorromana y de su producción a las que hace constante referencia. Asimismo, manifiesta expresamente la influencia directa que sobre él había ejercido Edmund Burke, y, al igual que éste, cuestiona la inestabilidad política y el orden trastocado que había producido la Revolución Francesa, defiende la tradición religiosa y la permanencia de la Iglesia

⁴⁹ *Ibid.*, t. v, p. 951.

como constitutiva del Estado y rechaza los planteamientos ateos de algunos de los filósofos franceses.

Otra faceta del guanajuatense es la que hace patente su condición económica y social: pertenecía a las clases privilegiadas y eran ellas las que debían gobernar con “ilustración y decoro”, como decía. Para él, era necesario mantener la estabilidad signada por la inequidad y por una percepción de superioridad racial de los españoles, fueran peninsulares o americanos. La violencia con la que se habían comportado las huestes comandadas por Hidalgo, sólo puede explicarse por el sentimiento de opresión y resentimiento acumulado por parte de los indígenas y castas que conformaron el ejército insurgente, pero él únicamente contempla la afección a las personas, propiedades y recursos de su propia familia y la de sus congéneres.

También se devela el político activo que fue tanto como diputado de la Provincia de Nueva Galicia en las Cortes de Cádiz, como organizador de la logia escocesa, republicano centralista y, finalmente, promotor del Partido Conservador. Una cuarta faz de Alamán es la de su carácter como historiador y estadista. En el primer ámbito, hemos mencionado que se encuentra a la vanguardia en cuanto a la forma de concebir la historia como ciencia, mediante la comprobación de los hechos documentados. Como estadista se manifiesta a la manera de el hombre brillante que era capaz de elaborar un análisis detallado de los procesos y proponer soluciones viables a los problemas concretos que se presentaron durante el periodo de construcción de la República. Es claro que para él, la forma de gobierno que debía existir era la de una república constitucional, con la división de los tres poderes constitutivos de la misma, aunque de carácter oligárquico, y cuyo fundamento fuera la conciencia ciudadana comprometida con el bien común.

La revaloración de este historiador es importante, hacerlo contribuirá a evitar las calificaciones prejuiciosas que nos impiden reconocer sus aportaciones signadas por sus propios prejuicios y comprender las dificultades de constitución de una nueva forma de gobierno, tarea por demás compleja.

Si bien el triunfo final de los liberales logró consolidar la república, ésta, hasta nuestros días, no consiguió la formación de una conciencia ciudadana orientada hacia la búsqueda del bien común. Tampoco hizo factible la elaboración de una Constitución de principios generales avalada por leyes orgánicas y códigos, como lo proponía Alamán, ni división real de los tres poderes constitutivos, y menos aún que el sistema judicial funcionara para garantizar los derechos y hacer cumplir sus obligaciones a la ciudadanía. Desgraciadamente, se ha conservado todo un sistema de fueros y privilegios, que, si bien se excluyó de tal sistema a los miembros del clero, ahora se favorece a aquellos que ostentan el poder político civil.

BIBLIOGRAFÍA

- Alamán, Lucas, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año 1808 hasta la época presente*, México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1985 (c. 1850), 5 vols. (Clásicos de la Historia de México).
- Annino, Antonio, “Otras naciones: sincretismo político en el México decimonónico”, *Imaginar la Nación*, Munster, Lit, 1994 (Cuadernos de Historia Latinoamericana), pp. 215- 255.
- Ávila, Alfredo y Pedro Pérez Herrero, (comps.), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica*, 1ª reimp., Alcalá, México, Universidad de Alcalá/UNAM, 2008.
- Carmagnani, Marcello, “El federalismo liberal”, en Marcello Carmagnani, *Tres Federalismos, México, Argentina, Brasil*, México, FCE, 1993.

- González y González, Luis, *Tres maneras de contar la historia*, México, El Colegio Nacional, agosto, 1988, p. 10 (<http://www.colegionacional.org.mx/SACS-CMS/XStatic/colegionacional/template/content.aspx?se=memorias&p=24>, consultado el 20 de julio de 2010).
- , *Once ensayos de tema insurgente*, México, El Colegio de Michoacán, 1985.
- González Navarro, Moisés, “Tipología del liberalismo mexicano”, *Historia Mexicana*, vol. xxxii, núm. 2, 1982, pp. 198-225.
- Hale, Charles A., *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853)*, 9ª ed., trad. de Sergio Fernández Bravo y Francisco González Aramburu, México, Siglo XXI, 1991 (c. 1972).
- Hernández, Alicia, *La tradición republicana del buen gobierno*, México, FCE/El Colegio de México, 1993 (Fideicomiso Historia de Las Américas. Serie Ensayos).
- Knight, Alan, “El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución (una interpretación)”, *Historia Mexicana*, vol. xxxv, núm. 1, 1985, pp. 59-91.
- Lira González, Andrés, *Lucás Alamán*, selección y prólogo de Andrés Lira González, México, ILCE-Ediciones Cal y Arena, 1997 (Serie Los imprescindibles).
- Miranda, José, “El liberalismo mexicano y el liberalismo europeo”, *Historia Mexicana*, vol. viii, núm. 4, 1959, pp. 512-523.
- Noriega, Alfonso, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, México, UNAM, 1972.
- O’Gorman, Edmundo, *Supervivencia política novo-hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, México, Iberoamericana, 1986.
- Patiño Palafox, Luis Aarón, *Lucas Alamán. La otra visión de la Independencia de México*, Coloquio de Filosofía Mexicana,

- 2007 (www.holafilosofia.com/afmponencias/28012.pdf), consultado el 21 de julio de 2010.
- Pietschmann, Horst, "Protoliberalismo, reformas borbónicas y revolución: la Nueva España en el último tercio del siglo XVIII", en Josefina Zoraida Vázquez (ed.), *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*, México, Nueva Imagen, 1991, pp. 27-66.
- Quirarte, Martín, *El problema religioso en México*, México, INAH, 1967.
- Reyes Heróles, Jesús, *El liberalismo mexicano*, México, UNAM, 1957, 3 tomos.
- Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Ed. Gredos, 1990, 2 tomos.
- Vázquez, Josefina Zoraida, "Liberales y conservadores en México: diferencias y similitudes", El Colegio de México, 2010 (http://www.tau.ac.il/eial/VIII_1/vazquez.htm), consultado el 21 de julio 2010.

La tradición retórica en el Lucas Alamán historiador

María Luna Argudín*

En el siglo xx las obras de Carlos María de Bustamante, Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y, en particular, las de Lucas Alamán fueron analizadas y valoradas en función de su imparcialidad, debido fundamentalmente a tres motivos: primero, la insistencia que los autores hicieron en sus textos a este respecto; segundo, a los debates y polémicas historiográficas de la primera mitad del siglo xx; y tercero, a que sirvieron de “bandera” a diversos proyectos políticos del siglo xx.¹ En estas páginas se aborda la *Historia de Méjico* de Alamán² desde una perspectiva distinta, desde la matriz retórica prevaleciente en el siglo xix que articuló el sentido de las artes liberales.

* Profesora-Investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

¹ En los decenios de 1930 y 1940 la llamada “derecha radical”, en particular el sacerdote Mariano Cueva, revaloró la obra de Lucas Alamán como parte de su estrategia para oponerse al Estado laico y en especial a la educación socialista que imperaban en México. Por su parte, a fines de la década de 1950 y principios de la siguiente Jesús Reyes Heróles como ideólogo del Partido Revolucionario Institucional haría de José María Luis Mora el fundador del liberalismo mexicano, del que el propio partido se decía heredero.

² Este artículo presenta los resultados parciales de una investigación más amplia acerca de la matriz retórica en el discurso político decimonónico.

La primera generación de historiadores mexicanos es ampliamente conocida. Cuatro historiadores destacaron también como arquitectos de las primeras instituciones republicanas: Bustamante (1774-1848), Zavala (1788-1836), Mora (1792-1850) y Alamán (1792-1853). Formados en diversas instituciones religiosas, sólo el Doctor Mora se ordenó sacerdote y asistió a la Pontificia Universidad de México. Nacieron en las provincias y participaron de distintas maneras en el proceso independentista: Bustamante, uniéndose a las filas del insurgente José María Morelos, Alamán como diputado a Cortes por Guanajuato en 1820, y Zavala en el movimiento juntero que se desarrolló en su natal Yucatán. Tenaces periodistas hicieron de la prensa un eficaz medio para difundir sus proyectos de nación: Zavala y Mora pugnaron por el federalismo, mientras que Alamán y Bustamante por el centralismo.

Tres de ellos se desempeñaron como altos funcionarios, además de diputados, Zavala fue gobernador del Estado de México (1833); Bustamante fungió como uno de los cinco miembros del Supremo Poder Conservador (1837-1841), órgano que se estableció con la República Centralista; y Alamán en dos ocasiones como ministro de Relaciones Exteriores (1823-1826 y 1853).

Vivieron la paulatina desintegración del que fuera el Imperio Mexicano con la separación de las provincias de Centroamérica, fueron testigos de la secesión de Texas (1836) y de la pérdida de territorios a causa de la Guerra México-norteamericana (1846-1848). Desaparecieron de escena por distintas razones: la derrota política condujo a Mora al exilio (1834), Zavala se trasladó a radicar en Texas; Bustamante falleció en 1848 y Lucas Alamán en 1853, siendo el líder indiscutible del partido conservador.

La historiografía tradicionalmente ha contrastado *México y sus revoluciones* de Mora con la *Historia de Méjico* de Alamán en función de los proyectos políticos contrapuestos que defendieron y que empezaron a delinear en la década de 1830 como respuesta al carácter híbrido del pacto federal de 1824, pues éste había sido una solución de compromiso entre las diversas fuerzas regionales que establecieron una doble soberanía: la de los estados exclusivamente en su régimen interior, y la de la nación.

La nación que se instituyó en 1824 era un conjunto de cuerpos —estamentos— provincias, ciudades, villas y congregaciones y pueblos. Encarnó dos ideas de libertad divergentes: unos defendían las antiguas libertades *pactistas*, de origen colonial, que fueron entendidas en un sentido corporativo y como atributo de cada comunidad territorial. El pactismo se sancionó en la constitución con la intolerancia religiosa, los fueros y tribunales de las dos corporaciones mejor organizadas: la Iglesia y el Ejército. En contraste, otros pugnaron por extender la libertad *jus naturalista*, que se fundaba en el individuo y concebía los derechos del hombre como derechos naturales, en la ley fundamental esta libertad quedó plasmada en algunos derechos políticos como la libertad de pensamiento y de imprenta.

Precisamente el carácter híbrido de la ley fundamental condujo a que se perfilara una facción política de corte jusnaturalista, encabezada por Mora y Valentín Gómez Farías, que se llamó a sí misma el Partido del Progreso que luchó por acotar la influencia de la Iglesia en la sociedad.³

En otros terrenos las diferencias entre los grupos políticos no eran tan tajantes. Lucas Alamán, cabeza del grupo cen-

³ Las principales obras doctrinarias de Mora —*Catecismo Político de la Federación Mexicana* (1831), *Disertación sobre la naturaleza y aplicación de las rentas y bienes eclesiásticos* (1831)— son ampliamente conocidas. El mejor estudio continúa siendo el clásico de Charles Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*.

tralista, y Mora, ideólogo del federalismo, estaban de acuerdo en que la religión servía de vínculo nacional y dotaba de una moral social al pueblo; coincidieron en los principios básicos del liberalismo como el *habeas corpus*, el *iusnaturalismo*, el constitucionalismo y el principio de representación política; creían en que se debía fortalecer el gobierno nacional, reformar la educación superior y liberalizar la economía.

Los federalistas, en lo general, reconocieron la diversidad de la nación en términos económicos, étnicos, políticos y culturales, por lo que defendieron la soberanía interna de las entidades federativas para que cada una pudiera gobernarse con base en sus intereses territoriales y particularidades. En contraste, los centralistas vieron en el sistema federal la causa de la inestabilidad política y del desorden económico: escasas rentas nacionales, el incremento de la deuda pública, así como de la parálisis de la agricultura y la industria, por ello pugnarón por suprimir la soberanía de los estados y establecer una sola soberanía, la nacional. Guiados por Alamán y por medio de sucesivas reformas constitucionales, en 1836 se estableció el centralismo con *Las Siete Leyes*, que suprimieron la soberanía de los estados y se instala el Supremo Poder Conservador como un órgano regulador de los tres clásicos poderes. Los reveses experimentados en la vida política, sirvieron a Alamán para reflexionar desde la historia sobre la naturaleza de la sociedad mexicana y sus instituciones, lo que a su vez le permitiría reelaborar su proyecto político como se verá en el siguiente apartado.

LAS DISERTACIONES Y LA TRADICIÓN RETÓRICA

Empezó Alamán a escribir sus *Disertaciones*⁴ en un momento en que se creyó retirado definitivamente de la administración

⁴ En otro trabajo he estudiado las *Disertaciones sobre la historia de México*, en estas páginas baste presentar algunos problemas para desarrollarlos más adelante con la *Historia de Méjico* del mismo autor. Véase María Luna

pública, buscó con su texto defender su actuación y proyecto político, pero también fue una forma propagandística. Su principal preocupación, según declaraba, era la imparcialidad con la que se debe, o puede escribir la historia. En su primera *Disertación sobre la historia de México* (1844) afirmó que la historia de la independencia la habrían de escribir las generaciones futuras, una vez que se hubieran superado las pasiones,⁵ en consecuencia, en las *Disertaciones* se ocupó de la historia de la Conquista y el Virreinato; ello le planteó dos problemas fundamentales: cómo abordar horizontes de enunciación distintos al nuestro y aludió a la tensión entre las transformaciones operadas por el individuo y la colectividad. Así, en su exordio afirmó que:

[...] no hay error más común en la historia que el pretender calificar los sucesos de los siglos pasados, por las ideas del presente, como si fuera dado a un individuo cambiar de un golpe las opiniones, las preocupaciones y las costumbres del suyo, lo cual nunca es obra de un hombre por superior que se le suponga, sino el resultado del transcurso del tiempo y del efecto de la sucesión de ideas en muchas generaciones.⁶

Estas afirmaciones le sirven para un doble propósito: discutir la naturaleza del conocimiento histórico y sustentar su proyecto político, pues abogaba porque en México los cambios fuesen graduales, recuperando algunas instituciones virreinales relativas a las contribuciones y a la jurisdicción territorial anterior a las reformas borbónicas, manteniendo los principios y las tres garantías del Plan de Iguala. Durante la guerra con los Estados Unidos (1846-1848) Alamán empezó a inclinarse por establecer una monarquía constitucional en

Argudín, "La escritura de la historia y la tradición retórica", en Jorge Ruedas de la Serna, María Luna Argudín *et al.*, *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, UAM-Azcapotzalco/CONACYT, 2004.

⁵ Lucas Alamán, *Disertaciones*, México, Jus, 1942, vol. 1, p. 403.

⁶ *Idem*, p. 407.

México con un príncipe europeo. Convertido en el fundador del Partido Conservador, creyó que la monarquía era el único medio para dar estabilidad política al país y para bloquear el expansionismo norteamericano.

En el tercer volumen de sus *Disertaciones* (1849) se percibe el tránsito en su proyecto político del centralismo al monarquismo: estudia la historia de la monarquía española:

[...] para poder entender nuestra propia historia, y para aprovechar las lecciones que nos presentan tan grandes sucesos, tantos errores, y al mismo tiempo tantos ejemplos de sabiduría y tan profundos conocimientos en el arte de gobernar.⁷

La cita anterior muestra que Alamán actualizó la máxima ciceroniana que concebía a la historia como maestra de la vida, enseñando a los hombres de Estado las experiencias en las que otros pueblos habían fracasado o habían tenido éxito, ya fuese para evitarlas o para propiciarlas. Más aún, puede afirmarse que la historia en el siglo XIX continuaba enraizada en la tradición retórica, que no era una fuente homogénea pues desde la Grecia antigua y bajo el Imperio Romano sus autores mostraban notables diferencias incluso en su definición,⁸ pero en términos generales se concibió como el arte de persuadir. Era un amplio programa que establecía los hechos que debían investigarse, la manera de hacerlo y la forma en que debían exponerse los resultados, que se reproducía mediante las instituciones educativas.⁹

⁷ Alamán, *op. cit.*, vol. 3, p. 9.

⁸ Por ejemplo para Cicerón la obligación de un orador es hablar de una manera capaz de persuadir, para Aristóteles la retórica consiste en inventar razones acomodadas para persuadir. Quintiliano rechazó las definiciones de sus predecesores por su falta de contenido moral, en cambio sostuvo que no puede haber retórica perfecta sin una justicia consumada. Marco Fabio Quintiliano, *Institución oratoria*, México, CONACULTA, 1999, p. 123.

⁹ Durante el periodo virreinal, a lo largo del siglo XIX e incluso en una fecha tan tardía como 1913, los niños eran formados con tratados ele-

Alamán comenzó a trabajar su historia en 1832, pero la publicaría veinte años más tarde (1848-1852) como la continuación de sus *Disertaciones*, desarrolló en particular las tesis que defendió en su volumen tercero, pues asienta que el origen de todo lo que existe en México está en la Conquista. Al igual que los historiadores que le precedieron se propuso dilucidar la verdad sobre la Independencia, sus actores y los principales hechos políticos y económicos que se registraron desde 1808 hasta el momento en que escribía.

En la *Historia de Méjico* —como en todas las historias de la primera mitad del siglo XIX— se yuxtaponen tres géneros: el cuadro estadístico, la vindicación y la historia en su forma retórica, cada uno con sus normas constitutivas.

El cuadro estadístico fue un género socorrido en las primeras tres décadas del siglo XIX,¹⁰ tenía por objeto proporcio-

mentales en los que aprendían los estilos y la métrica poética así como las partes que debía tener todo discurso según la *Invención retórica* de Cicerón, los bachilleres estudiaban latín traduciendo los modelos latinos: Julio César, Cicerón, Tácito, y en los estudios universitarios profundizaban en *ars dictaminis* —para la escritura de cartas y documentos destinados a la administración pública, y *ars praedicandi*— para la predicación y composición de sermones. Para el siglo XIII, empezaron a publicarse en Italia *ars aragandi*, tratados seculares utilizados en las instituciones políticas (asambleas, consejos, cortes legales) y gremios. Poco a poco el uso de los modelos retóricos se expandió a todos los ámbitos de la vida cotidiana con colecciones de discursos para pronunciarse incluso en bodas, funerales y actos universitarios. Cfr. Carmen Bobes *et al.*, *Historia de la teoría literaria. II Transmisores. Edad Media, poéticas classicistas*, Madrid, Gredos, 1998, pp. 158-166 y Harry C. Payne, "Wisdom at the Expense of the Dead: thinking about History in the French Enlightenment", en Mark S. Micale and Robert L. Dietele (eds.), *Enlightenment, Passion, Modernity. Historical Essays in European thought and Culture*, Stanford, Stanford University Press, 2000, p. 53.

¹⁰ El antecedente más antiguo de los cuadros estadísticos son las *Relaciones Geográficas* que datan del siglo XVI. Durante el periodo colonial se continuaron recogiendo informes para lo cual se elaboraron cuestionarios específicos hasta dar forma en el siglo XVIII a las *Memorias*, cuya estructura básica se siguió utilizando en el siglo XIX. Para mayores detalles véase José

nar información sobre el territorio, sus habitantes y recursos naturales. En su mayoría siguieron la estructura y la capacidad sinóptica del *Ensayo político sobre la Nueva España* (1804) de Alejandro Von Humboldt.¹¹ Mora, por ejemplo, dedicó el primer tomo de *México y sus revoluciones* a las “noticias estadísticas” para dar a conocer el estado de la minería, industria y comercio, la propiedad, las rentas y la hacienda pública. Explícitamente señaló que se proponía presentar una continuación de la obra del barón alemán en vista de que “Méjico después de 1804 ha sufrido cambios de mucho tamaño”.¹² Alamán, por su parte, destinó una buena parte del volumen 5 de su *Historia* a comparar las condiciones materiales que tenía la Nueva España en 1808 con las prevalecientes en 1852 y con esta base, propuso una serie de reformas políticas y hacendarias que intentaría impulsar como secretario de Relaciones con el presidente López de Santa Anna, cuestión a la que se volverá más adelante.

Las normas discursivas que regían a la vindicación, como se ha señalado, se encuentran en la historia de Alamán. Éste es un género que comúnmente se ha llamado “historia testimonial”, se dirigía a un público reducido, al “círculo de las inteligencias educadas”, a las élites políticas. Cultivado a lo largo del siglo XIX, expresa la tradición y tópica retórica a la que los autores en opúsculos autobiográficos acudieron para excusarse y restituir la honra con la réplica, siendo el honor y el prestigio valores sociales constitutivos de Antiguo Régimen.¹³

Marcos Medina Bustos, “La memorias estadísticas en la primera mitad del siglo XIX: el caso del noreste mexicano”, en José A. Ronzón y Saúl Jerónimo (coords.), *Formatos, géneros y discursos. Memoria del Segundo Encuentro de Historiografía*, México, UAM-Azcapotzalco, 2000.

¹¹ Juan Ortega Medina, “Estudio preliminar”, en Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1991, p. xv.

¹² José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, México, Instituto Cultural Helénico-FCE, 1986, t. 1, p. VII.

¹³ Sirvan de muestra los siguientes ejemplos: *Vindicación del difunto señor Coronel Juan de Noriega, contra las expresiones que en mengua de su honor estampado*

La vindicación, género antiguo cuyos orígenes se remontan a la República Romana, aunque abierto a incorporar nuevos elementos discursivos, mantuvo un esquema narrativo frecuente en las artes liberales, con excepción de la poesía. Estos eran el *exordio*, la *argumentación* y la *clausura*. En las tres partes, desde la retórica aristotélica, se utilizaban *lugares comunes* (*topoi*), frases obligadas que provenían de la propia oratoria.¹⁴ La tópica era el acervo de *topoi* de una época, un método argumentativo que, mediante una red de formas vacías, servían al orador en su búsqueda de contenidos, de temáticas clásicas.¹⁵ En su carácter de principios axiológicos vigentes, por lo tanto indiscutibles de una cultura, la *tópica* se convirtió en referente de estructuras argumentativas socialmente prestigiadas.

El orador de principios del siglo XIX usó la misma *tópica* del discurso novohispano tardío y que provenía del discurso religioso. Frente a ésta, que podríamos llamar tópica de sermón, se fueron constituyendo otras tópicas políticas laicas, al tiempo que con las independencias se extendió el campo de la retórica.

en un papel impreso recientemente en esta corte: con el título de *Censura particular* (...), México, Imprenta de Ontiveros, 1821; María Leona Vicario, *Vindicación de las calumnias estampadas en el número 3 del Cardillo contra María Leona Vicario*, México, Imprenta del Águila, dirigida por José Ximeno, 1828; Manuel Payno, *Memoria sobre la Revolución de diciembre de 1857 a enero de 1858*, México, INEHRM, 1987; y Melchor Ocampo, *Mis días como ministro*, México, INEHRM, 1987. Sobre la vindicación como género narrativo existe un sólo trabajo pionero: Aarón Grajeda Bustamante, "Vindicación. Análisis historiográfico de un género para el desagravio, la identidad y la muerte", Tesis para optar por el grado de Maestro en Historiografía de México, México, UAM-Azcapotzalco, 2001.

¹⁴ Aristóteles, *Retórica*, Madrid, Gredos, 1997, p. 191.

¹⁵ Herón Pérez Martínez, "Hacia una tópica del discurso político mexicano del siglo XIX", en Brian Connaughton, Carlos Illades y Sonia Pérez Tolero (coords.), *Construcción de la legitimidad política en México en el siglo XIX*, México, El Colegio de Michoacán/UAM-Iztapalapa/El Colegio de México, 1999, pp. 352-358.

Los griegos y romanos discutían sus leyes y cuestiones de Estado, pronunciaban oraciones fúnebres y panegíricos; pero ahora, además, se difunden por medio de la palabra, las verdades filosóficas, los axiomas políticos, los principios del arte y la ciencia y, sobre todo, las provechosas enseñanzas de la historia” –afirmaba un preceptista mexicano en 1871.¹⁶

Cicerón señalaba que los discursos se componían de seis partes: exordio, narración, división, demostración, refutación y conclusión. Para los fines que se persiguen en este artículo es especialmente significativo el exordio, que era la parte del discurso que disponía “favorablemente el ánimo del oyente para escuchar el resto de la exposición”.¹⁷ El público se ganaba de cuatro maneras: “hablando de nosotros, de nuestros adversarios, de los oyentes o de los hechos”.¹⁸

Al hablar de uno mismo el romano recomendaba la falsa modestia mencionando sin arrogancia nuestros méritos y servicios; minimizar las acusaciones que se nos imputan; y sólo en caso necesario exponer los infortunios y recurrir a los ruegos y a las súplicas con humildad. Al hablar de nuestros adversarios se debía conseguir hostilidad, animadversión o desprecio, en otras palabras, destruir su credibilidad.¹⁹ El elogio a los oyentes, prácticamente no se utilizó en los discursos históricos, aunque fue frecuente los deliberatorios (parlamentarios) y judiciales.

¹⁶ Ramón López, *Nociones de retórica, oratoria y arte métrica*, Guadalajara, Imprenta de Isaac Banda, 1871, pp. 155-156.

¹⁷ Cicerón, *La invención retórica*, Madrid, Gredos, 1997, p. 111.

¹⁸ *Ibid.*, p. 22.

¹⁹ Cicerón explicaba que: “Lograremos la hostilidad si exponemos acciones vergonzosas, arrogantes, crueles o malintencionadas que hayan cometido; la animadversión, si revelamos su poder, influencia política, riquezas, relaciones familiares y el uso arrogante e intolerable que hacen de estos medios, para que resulte evidente que confían más en ellos que en la razón de su causa; lograremos el desprecio si mostramos su pureza, descuido, cobardía, incompetencia y costumbres disolutas”. *Idem.*

El topo de la falsa modestia cierra el exordio y con una cita extensa a la *Revolución Francesa* de Burke, cita en la que los lugares comunes se suceden: aspira poco a los honores, distinciones y emolumentos; su historia son las observaciones de un hombre que no ha servido de instrumento al poderoso, ni ha sido el adulador del grande “y que en el último momento no desmentirá el tenor de toda su vida”.²⁰

Deben subrayarse otros dos lugares comunes propios del *exordio*: la *potestad*, que como su nombre lo indica era la jura de decir la verdad; y la *declaratio fidelitae*, en la que el autor afirmaba que hablaba sólo con hechos y con un amplio soporte de pruebas. Las historias de la primera mitad del siglo XIX, también conocidas como “historiografía liberal”, efectivamente privilegiaron la documentación aun sobre la memoria, a pesar de que sus autores fueron testigos y connotados actores políticos.

Este tópico fue fundamental para la historia porque lo distinguía de la literatura. Las respuestas al debate sobre los difusos linderos entre ambas disciplinas han sido muy diversas y fecundas en matices, quizá una de las más lúcidas fue la de Sexto Empírico, quien distinguió tres narrativas: historia, ficción y mito. La historia narra la verdad realmente como sucedió, la ficción relata cosas que no sucedieron pero que parece que sucedieron y el mito cuenta cosas que no sucedieron y que son falsas. En pocas palabras, el latino propuso que la diferencia entre historia y literatura radica en la intencionalidad del autor, mientras que una pretende relatar la verdad, la otra trabaja con la verosimilitud.

En cuanto a la pretensión de decir verdad distinguía y significaba el género, en el exordio todas las historias de la primera mitad del siglo XIX mexicano protestan esclarecer

²⁰ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Instituto Cultural Helénico-FCE, 1986, vol. 5.

la verdad discutiendo los enfoques y los juicios de los autores que les precedieron.

Zavala en su *Ensayo histórico de la Revoluciones* (1831) y Mora con su *Méjico y sus revoluciones* (1836) buscaron rebatir los juicios e inexactitudes que Bustamante presentó en su *Cuadro histórico* (1822) y la obra de Mariano Torrente, este último —según Zavala— escribió bajo encargo de Fernando VII de España. Más tarde, José María Bocanegra escribiría *Memorias para la historia de México independiente* (1862) en un intento de lograr la imparcialidad que, a su juicio, no alcanzaron los textos de Bustamante, Zavala, Mora, Alamán, entre otros.

Alamán fue especialmente prolífico con este topo. En el volumen quinto —que su autor considera como una segunda parte de su obra— analiza desde la formación del Plan de Iguala por Agustín de Iturbide, y explica que en lugar de concluir con el establecimiento de la republica federal en 1824 extiende la narración a “la entera anonadación de las tres garantías, que fueron objeto del mencionado plan”.²¹ No obstante, al tratar la historia contemporánea no le fue suficiente con protestar que: “siguiendo el camino que me he trazado en los tomos anteriores, la verdad es la única guía que me conduce”, sino que para demostrar la confiabilidad de su obra se apoyó en los documentos del Archivo General —institución que él había fundado—, en documentación oficial y fue testigo o actor en los principales acontecimientos que relataba. Más aún, ofreció como prueba de veracidad que sus volúmenes anteriores no habían sido desmentidos.

El binomio imparcialidad-verdad descansaba en una actitud moral, de modo que al historiador se le exigía no falsificar los hechos ni las evidencias, ello no implicaba que no pudiese omitirlos, por el contrario, ésta era una estrategia recomenda-

²¹ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Instituto Cultural Helénico-FCE, 1986, vol. 5, p. v.

da por el orador romano: las evidencias no debían introducirse “cuando nos pueda perjudicar o no resulte útil”.²²

Para la escritura de la historia era clave la manera de narrar los hechos, para lo cual se debía encaminar y alabar “nuestra causa” desacreditando la de los adversarios, mostrar que los asuntos a tratar afectaban a todos a todos los ciudadanos o a los intereses generales del Estado.²³

Con base en la tónica retórica, Alamán, en el exordio al volumen 5 desacreditó a un solo adversario: el gobernador del estado de Michoacán cuyo discurso del 16 de septiembre de 1852 “por parecer expresamente dirigido contra esta historia”.²⁴

El historiador no escatimó recursos, acudiendo al sarcasmo afirma que:

Siguiendo en el los progresos de las sociedades según los principios de la Fisiología, pretende remediar los males de la República por las reglas de la Higiene y de la Ortopedia, o por lo menos hallar alguna compensación de ellos en la Gimnástica.²⁵

El encono se debía a que el gobernador justificó los excesos del movimiento insurgente de 1810 a un mal inevitable, cuando para Alamán no es excusa para “lo que en aquella [revolución] fue un sistema atroz, en el que la matanza y el saqueo constituían el objeto y medios de la revolución misma”.²⁶

²² Cicerón explicaba que una narración puede perjudicarnos cuando el propio relato de los hechos provoca una fuerte prevención contra nosotros, prevención que deberemos mitigar a lo largo de toda la causa con los recursos de la argumentación. Si ocurre esto, será conveniente fragmentar la descripción de los hechos en las distintas partes de la causa y justificarlos uno a uno y de manera inmediata para que el remedio cure las heridas o la defensa suavice pronto la animadversión.

²³ *Ibid.*, p. 23.

²⁴ *Ibid.*, p. VII.

²⁵ *Ibid.*, p. VII.

²⁶ *Ibid.*, p. VIII.

Más grave para el historiador resultaba que el discurso atribuyera la Independencia a los insurgentes de 1810 negando el mérito y gloria a Iturbide. El propio Alamán expresa que al mediar el siglo XIX los grupos políticos liberales y conservadores significaban sus proyectos en torno a la disputa por el momento fundacional de la Independencia –el grito de Dolores o la consumación de Independencia en 1821– y los héroes –los primeros rescatando a Hidalgo, los segundos a Iturbide y el Plan de las Tres Garantías–.

No me habría detenido a hablar de este insignificante escrito, condenándolo al olvido o al desprecio que el orador pide para mí a sus oyentes, si él no fuese el eco de un partido que quiere todavía sostener la máquina de engaños que a la luz de la verdad ha caído desbaratada, para no restablecerse jamás.²⁷

La historia en su forma retórica y como herencia de Cicerón y Tácito se concebía también como un supremo tribunal moral que juzgaba al pasado, para mostrar al presente cómo comportarse en el futuro, por medio de una narrativa que relataba la vida de los “grandes hombres” con un sentido ejemplar para enseñar la virtud y condenar el vicio con ejemplos de acciones y personajes del pasado.

Alamán afirmó que en su historia no se encontrarían grandes héroes:

[...] porque no he encontrado más que hombres de estatura ordinaria, ni he atribuido a grandes y profundas miras, sucesos que se explican naturalmente por otros contemporáneos, y que no sólo no presentan nada de heroico, sino que más bien fueron originados en causa, poco nobles. Por conclusión puedo asegurar, que los motivos que me han guiado en la redacción de esta obra, no han sido otros más que presentar a mis lectores y a la posteridad las cosas tales

²⁷ *Ibidem*, pp. VIII y IX.

como fueron, para que el conocimiento exacto del pasado sirva como lección para el futuro.²⁸

En la cita anterior se expresa la tensión que Alamán no logra resolver, pese a su intención de superar la historia ejemplar, al estar inserto en la historia ciceroniana y al colocarse él mismo como tribuno busca no sólo juzgar el pasado reciente sino también impartir justicia, por lo que su historia se dirige a restaurar “la gloria que le corresponde al autor de la independencia y a los que con él cooperaron a hacerla”,²⁹ en otras palabras a Iturbide y a López de Santa Anna, entre otros.

Debe insistirse que la historia en su forma retórica adquiere sentido en función del presente con el fin de aprender lecciones para el arte de gobernar. Alamán presenta un desolador cuadro de un México destrozado por el federalismo, la guerra México-norteamericana y el Tratado de Guadalupe Hidalgo:

Al ver en tan pocos años esta inmensa pérdida del territorio; esta ruina de la hacienda, dejando tras de sí una deuda gravosísima; este aniquilamiento de un ejército florido y valiente, sin que haya quedado medios de defensa; y sobre todo, ésta completa extinción del espíritu público, que ha hecho desaparecer toda idea de carácter nacional: no hallando en Méjico mejicanos y contemplando una nación que ha llegado de la infancia a la decrepitud [...] Estos funestos resultados han dado motivo para discutir, si la independencia ha sido un bien o un mal y si debió o no promoverse.³⁰

Alamán alerta sobre la amenaza que se cierne sobre el país: la completa desaparición de la nación mexicana, ya sea en manos de los bárbaros del Norte o víctima de las potencias atlánticas. Para fortalecer su argumento el historiador recurre

²⁸ *Ibidem*, p. ix.

²⁹ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, p. 954.

³⁰ *Ibidem*, pp. 903-904.

a un anacronismo citando un decreto de José Mariano Salas con fecha de 1846 en el que advierte:

Es una cuestión de vida o muerte para la nación porque no se trata solamente de usurparle su territorio, sino de suplantarlo con otra raza, sea exterminando la raza hispanoamericana, sea reduciéndola al estado humillante de extranjera en su propia tierra, como lo han hecho los anglosajones con los criollos que habitaban las Floridas y otros Estados del Sur.³¹

La historia del México independiente se significa en la propuesta política:

Las consecuencias que de todos estos antecedentes incontestables se deduce, y que tiene todo el rigor de una demostración matemática, es ésta: *las instituciones políticas de esta nación no son las que requiere para su prosperidad*: es pues, indispensable reformarlas, y esta reforma es urgente y debe ser el asunto más importante para todo buen ciudadano.³²

Fue así como la guerra contra los Estados Unidos aceleró la necesidad de dar forma a nuevos modelos políticos, culturales e institucionales, porque tal y como señaló Alamán era necesario salir “del camino trillado del centralismo o la federación”,³³ pues ambos demostraron que no habían sido capaces de garantizar la soberanía ni la gobernabilidad del país.

Conviene recordar que el grupo político federalista, durante la invasión norteamericana, convocó a un congreso constituyente que puso en vigor la Constitución de 1824 y la enmendó con el Acta de Reformas (1847), misma que restableció el federalismo. Precisamente en contra de este sistema político, Alamán propuso la transformación institucional.

³¹ *Idem.*

³² *Idem.*, p. 925.

³³ *Ibid.*, p. 951.

Conforme a su diagnóstico los problemas institucionales eran los siguientes: un ejecutivo extremadamente débil y la falta de protección de los ciudadanos en contra de las arbitrariedades de ese mismo poder; las excesivas atribuciones del poder legislativo y el origen popular de las cámaras, que hacían del Congreso una institución inútil que entorpecía el orden regulador del gobierno; los estados presentaban una desproporcionada desigualdad y demasiado poder. Dicho sea de paso éste era el mismo diagnóstico que Mariano Otero plasmó en su voto particular, que dio forma al el Acta de Reformas de 1847. Pero las propuestas de reforma fueron diametralmente opuestas, pues Otero defendió el fortalecimiento de la federación, mientras que Alamán pugnó por destruir las bases del federalismo: las localidades “o lo que se ha llamado provincialismo”.³⁴

El eje de la reforma era una nueva división territorial en departamentos con igual territorio y recursos, que debían coincidir con una nueva jurisdicción eclesiástica y judicial, diseñada para menguar los poderes regionales. La soberanía de los estados, que se expresaba, tanto en constituciones como en instituciones de gobierno propias, se sustituiría con leyes uniformes para la hacienda y la administración de justicia, lo que haría innecesarios los congresos estatales, cuyas facultades legislativas se suprimían para encargarse únicamente de vigilar la cuenta pública. Aunque el principio de representación federal quedaba aniquilado, no así el nacional, que también quedaba reducido a vigilar el gasto gubernamental. Las leyes electorales serían reformadas estableciendo incluso un sistema directo, pero reservado a los propietarios.

La clase propietaria tomará una parte en los asuntos públicos, por lo mismo que estos tocan de más cerca sus intereses, y como es condición esencial para el goce perfecto de un bien la seguridad de gozarlo siempre, se ocupará con

³⁴ *Ibid.*, p. 934.

empeño en afianzarlo, cuando vea que esto depende de ella misma. Esto hará nacer el espíritu público, ahora enteramente apagado y restablecerá el carácter nacional que ha desaparecido. Los mejicanos volverán a tener un nombre que conservar, una patria que defender y un gobierno a quien respetar.³⁵

La clave de la reforma descansaba en el propietario, a quien desde la Constitución de 1824 se le concebía como aquel que poseía un buen resultado de su esfuerzo individual, que por su ingreso era independiente y que por su ilustración contaba con un juicio centrado, en consecuencia en el debía descansar la representación política.

Alamán sustentaba su reforma en el fracaso de los sistemas federalista y centralista, como se ha señalado. En su lúcido diagnóstico, señalaba que ninguno de estos dos sistemas había logrado reorganizar los poderes regionales, que desde el pacto federal de 1824 establecieron una administración nacional débil, con una muy precaria hacienda pública que dependía únicamente de las aduanas que cobraban los aranceles al comercio y de las exiguas aportaciones estatales, mientras que estos controlaron la mayor parte de los impuestos.

Ante los siempre escasos ingresos el gobierno federal se vio obligado a acudir al crédito privado, tanto interno como externo. Sin un sistema bancario constituido, las diversas administraciones recurrieron a los prestamistas tradicionales: los comerciantes, que otorgaban los créditos al gobierno con altos intereses que solían pagarse por adelantado. La incapacidad del gobierno para pagar los créditos privados, obtenidos en el extranjero, determinó la dinámica de las relaciones internacionales con las potencias europeas durante la primera mitad del siglo XIX, pues éstas se caracterizaron por las reclamaciones de los acreedores. La deuda externa había dificultado consolidar

³⁵ *Ibid.*, p. 943.

la soberanía el país: la Guerra de los Pasteles, la secesión de Texas y la guerra norteamericana eran pruebas elocuentes.

El sistema propuesto para llevar a cabo la reforma política se nutría de la propia experiencia de Alamán: debía formarse una comisión de cinco individuos que diera una nueva constitución al país. Ésta había sido la manera en que se habían promulgado Las Bases Orgánicas (1843), por medio de la Junta Nacional Instituyente —una junta de notables—.

La clausura era una parte fundamental del discurso porque si presentaba una “recta disposición” convencía completamente al auditorio.³⁶ En la vindicación eran tres los tópicos recurrentes: el *exillium*, el vindicante habla desde el ostracismo que sufría a consecuencia de los actos que se le atribuían; el *captivum olucere*, la aprehensión y cautiverio sufridos; y el *victa-matio* en el que se registra el abuso de la buena fe e intenciones. Esta fue la tópica a la que acudió, por ejemplo, Mora en su *México y sus revoluciones*, enfatizando sus desdichas y desgracias que lo llevaron al autoexilio en París.

Alamán prefirió cerrar su *Historia de Méjico* con una tópica típica del sermón. La *peroración* era la parte del discurso que admitía “sentimientos vivos y fogosos con los que el orador hiere como con saetas ardientes el corazón del auditorio”.³⁷ Los preceptistas decimonónicos, siguiendo a Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, recomendaban que la peroración se utilizara después de la parte argumentativa “porque ganado el entendimiento con ésta, fácilmente se atrae el corazón”.³⁸ Alamán para esta *peroración* usó la figura *patética*, en particular en su forma de *conminación*, es decir este topo buscaba persuadir por medio de amenazas por los sucesos desagradables que se

³⁶ López, *op. cit.*, p. 47.

³⁷ López, *op. cit.*, p. 46.

³⁸ *Idem.*

desencadenarían en caso de no seguir las exhortaciones que hace el orador.³⁹

Sígase desperdiciando los elementos multiplicados de felicidad que la Providencia divina ha querido dispensar a este país privilegiado; sígase abusando del gran bien de la independencia en lugar de pensarlo como base y principio de todos los demás; [...] gástese por el gobierno lo poco con que se cuenta en cosas superfluas, mientras carece de ellos para las atenciones más indispensables para la defensa de la nación; [...] se podrá aplicar a la nación mejicana de nuestros días, lo que un célebre latino dijo de uno de los más famosos personajes de la historia romana: 'no ha quedado más que la sombra de un nombre en otro tiempo ilustre'.⁴⁰

CONCLUSIONES

En el siglo XIX la retórica en México, sin ser un *corpus* homogéneo y siendo incluso contradictorio, continuaba normado el campo epistemológico de las artes liberales al dar respuesta a la relación de la historia y la literatura, la función axiológica de la historia, la pretensión de imparcialidad y verdad. La narración y argumentación se sostenían en la tópica, que era un método para sacar conclusiones de razones *verosímiles* mediante el entimema, una red de formas vacías que sirven de guía al orador en su búsqueda de contenidos y, a la vez, una reserva de temas clásicos.⁴¹

Mientras en México escribían Bustamante, Zavala, Mora y Alamán actualizando la tradición retórica, en el ámbito europeo Leopold von Ranke en *Historia de las naciones germanas y latinas* (1824) se rebelaba en contra de sus principios constitu-

³⁹ Francisco Castañeda, *Lecciones de retórica y poética o literatura preceptiva. Edición especial para la América Española*, Nueva York, D. Appleton and Co., 1915, pp. 124-132.

⁴⁰ Alamán, *Historia... op. cit.*, pp. 953-955.

⁴¹ Roland Barthes, *La antigua retórica*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, p. 57.

tivos rechazando al principio ciceroniano de la historia como maestra de la vida, para establecer un nuevo paradigma que pretendía reconstruir con veracidad lo sucedido en el pasado, expresando con un lenguaje neutro los resultados de la investigación.

La recepción de las obras históricas decimonónicas en el siglo xx quedó mediada por las discusiones políticas e historiográficas. A fines de la década de 1930 y hasta el decenio de 1950, desde el recién profesionalizado e institucionalizado campo de la Historia se llevaron a cabo numerosas investigaciones historiográficas sobre las historias escritas por Mora y Alamán, y de manera secundaria se estudió a Bustamante y Zavala. Su actuación⁴² y proyectos políticos fueron revaluados,⁴³ los historiadores indagaron sobre la intencionalidad de los autores decimonónicos, la arquitectura de los textos, las “influencias” que los guiaron, sus interpretaciones sobre el movimiento de Independencia⁴⁴ y el uso que hicieron de testimonios y fuentes documentales. Desde un paradigma rankiano José C. Valadés, por ejemplo, afirmó en 1938 que en Alamán hay “un espíritu superior”, “ama la verdad” lográndo-

⁴² Rafael Aguayo Spencer, “Alamán estadista”, en *Historia Mexicana*, vol. 3, núm. 4, octubre-diciembre, 1953, artículo que analiza los proyectos, ideas y realizaciones de Alamán al frente del Ayuntamiento de la Ciudad de México. Puede consultarse una versión electrónica de esta revista en (<http://historiamexicana.colmex.mx>).

⁴³ Por ejemplo, véase Jorge Flores, *Lorenzo de Zavala y su misión diplomática en Francia, 1834-1835*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1951; Arturo Arnaiz y Freg, “El Doctor Mora, teórico de la reforma liberal”, en *Historia Mexicana*, vol. 5, núm. 4, abril-junio, 1956; Robert F. Florstedt “Mora y la génesis del liberalismo”, en *Historia Mexicana*, vol. 11, núm. 2, octubre-diciembre, 1961. El mismo autor en “Mora contra Bustamante”, en *Historia Mexicana*, vol. 12, núm. 1, julio-septiembre, 1962, analiza la participación política del Doctor Mora de diciembre de 1831 a marzo de 1833 y en particular estudia la lucha de facciones.

⁴⁴ Moisés González Navarro, “Alamán e Hidalgo”, en *Historia Mexicana*, vol. 3, núm. 4, octubre-diciembre, 1953.

se colocar sobre "las mezquindades de partido".⁴⁵ En contraste, Arturo Arnáiz y Freg desde el horizonte de enunciación historicista, corriente encabezada por Edmundo O'Gorman, escribió para demostrar que la imparcialidad en la historia es una tarea imposible, se sirvió de Alamán porque ya entonces era considerado por el canon historiográfico como el primer historiador que utilizó de una manera moderna las fuentes y el llamado "método histórico".⁴⁶

El historicista sostuvo que las historias de Alamán son una defensa personal finamente elaborada, derivados secundarios de su carrera de estadista, por lo que la posición que adoptó ante personajes y sucesos está regida por los reveses que sufrió en la lucha de facciones: a sus adversarios literarios les reconoció capacidad, y hasta virtudes personales; pero fue implacable con los que se le habían enfrentado en política. Elogió a sus protectores inmediatos y pagó favores personales con juicios laudatorios. Aunque se le reconoció que utilizó con provecho las fuentes trabajando con profundidad en las bibliotecas y en los archivos; pero como sucede siempre que se llevan ideas preconcebidas, sólo encontró lo que buscaba.⁴⁷ De este modo, detractores y defensores de la obra de Alamán sostuvieron sus análisis en la tópica retórica, sin reparar que eran lugares comunes vacíos de significado, y sin embargo necesarios para la arquitectura argumentativa. Acaso el historiador del siglo XIX tenía razón: "no hay error más común en la historia que el pretender calificar los sucesos de los siglos pasados, por las ideas del presente".

⁴⁵ José C. Valadés, *Alamán: estadista e historiador*, México, UNAM, p. 411.

⁴⁶ Miguel Soto y Samantha Álvarez, *Cómo acercarse a... la historia*, México, CONACULTA, 1998.

⁴⁷ Para mayores detalles *cf.* Arturo Arnáiz y Freg, "Alamán en la historia y en la política", *Historia Mexicana*, vol. 3, núm. 2, pp. 241-260.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguayo Spencer, Rafael, "Alamán estadista", *Historia Mexicana*, vol. 3, núm. 4, octubre-diciembre, 1953.
- Alamán, Lucas, *Disertaciones*, México, Jus, 1942, vol. 1, 2, 3.
- , *Historia de Méjico*, México, Instituto Cultural Helénico-FCE, 1986, vol. 5.
- Aristóteles, *Retórica*, Madrid, Gredos, 1997.
- Arnaiz y Freg, Arturo, "El Doctor Mora, teórico de la reforma liberal", *Historia Mexicana*, vol. 5, núm. 4, abril-junio, 1956.
- , "Alamán en la historia y en la política", *Historia Mexicana*, vol. III, núm. 2.
- Barthes, Roland, *La antigua retórica*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Bobes, Carmen et al., *Historia de la teoría literaria. II Transmisores. Edad Media, poéticas classicistas*, Madrid, Gredos, 1998.
- Castañeda, Francisco, *Lecciones de retórica y poética o literatura preceptiva. Edición especial para la América Española*, Nueva York, D. Appleton and Co., 1915.
- Cicerón, *La invención retórica*, Madrid, Gredos, 1997.
- Flores, Jorge, *Lorenzo de Zavala y su misión diplomática en Francia, 1834-1835*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1951.
- Florstedt, Robert F., "Mora contra Bustamante", *Historia Mexicana*, vol. 12, núm. 1, julio-septiembre, 1962.
- , "Mora y la génesis del liberalismo", *Historia Mexicana*, vol. 11, núm. 2, octubre-diciembre, 1961.
- González Navarro, Moisés, "Alamán e Hidalgo", *Historia Mexicana*, vol. 3, núm. 4, octubre-diciembre, 1953.
- Grajeda Bustamante, Aarón, *Vindicación. Análisis historiográfico de un género para el desagravio, la identidad y la muerte*, Tesis para optar por el grado de Maestro en Historiografía de México, México, UAM-Azcapotzalco, 2001.

- Hale, Charles, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, México, Siglo XXI, 1991.
- López, Ramón, *Nociones de retórica, oratoria y arte métrica*, Guadalajara, Imprenta de Isaac Banda, 1871.
- Luna Argudín, María, "La escritura de la historia y la tradición retórica", en Jorge Ruedas de la Serna, María Luna Argudín *et al.*, *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, UAM-Azcapotzalco/CONACYT, 2004.
- Medina Bustos, José Marcos, "La memorias estadísticas en la primera mitad del siglo XIX: el caso del noreste mexicano", en José A. Ronzón y Saúl Jerónimo (coords.), *Formatos, géneros y discursos. Memoria del Segundo Encuentro de Historiografía*, México, UAM-Azcapotzalco, 2000.
- Mora, José María Luis, *México y sus revoluciones*, México, Instituto Cultural Helénico-FCE, 1986, t. 1.
- Ocampo, Melchor, *Mis días como ministro*, México, INEHRM, 1987.
- Ortega Medina, Juan, "Estudio preliminar", en Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1991.
- Payne, Harry C., "Wisdom at the Expense of the Dead: thinking about History in the French Enlightenment", en Mark S. Micale and Robert L. Dietele (eds.), *Enlightenment, Passion, Modernity. Historical Essays in European thought and Culture*, Stanford: Stanford University Press, 2000.
- Payno, Manuel, *Memoria sobre la Revolución de diciembre de 1857 a enero de 1858*, México, INEHRM, 1987.
- Pérez Martínez, Herón, "Hacia una tónica del discurso político mexicano del siglo XIX", en Brian Connaughton, Carlos Illades y Sonia Pérez Tolero (coords.), *Construcción de la legitimidad política en México en el siglo XIX*, México, El Colegio de Michoacán/UAM-Iztapalapa/El Colegio de México, 1999.

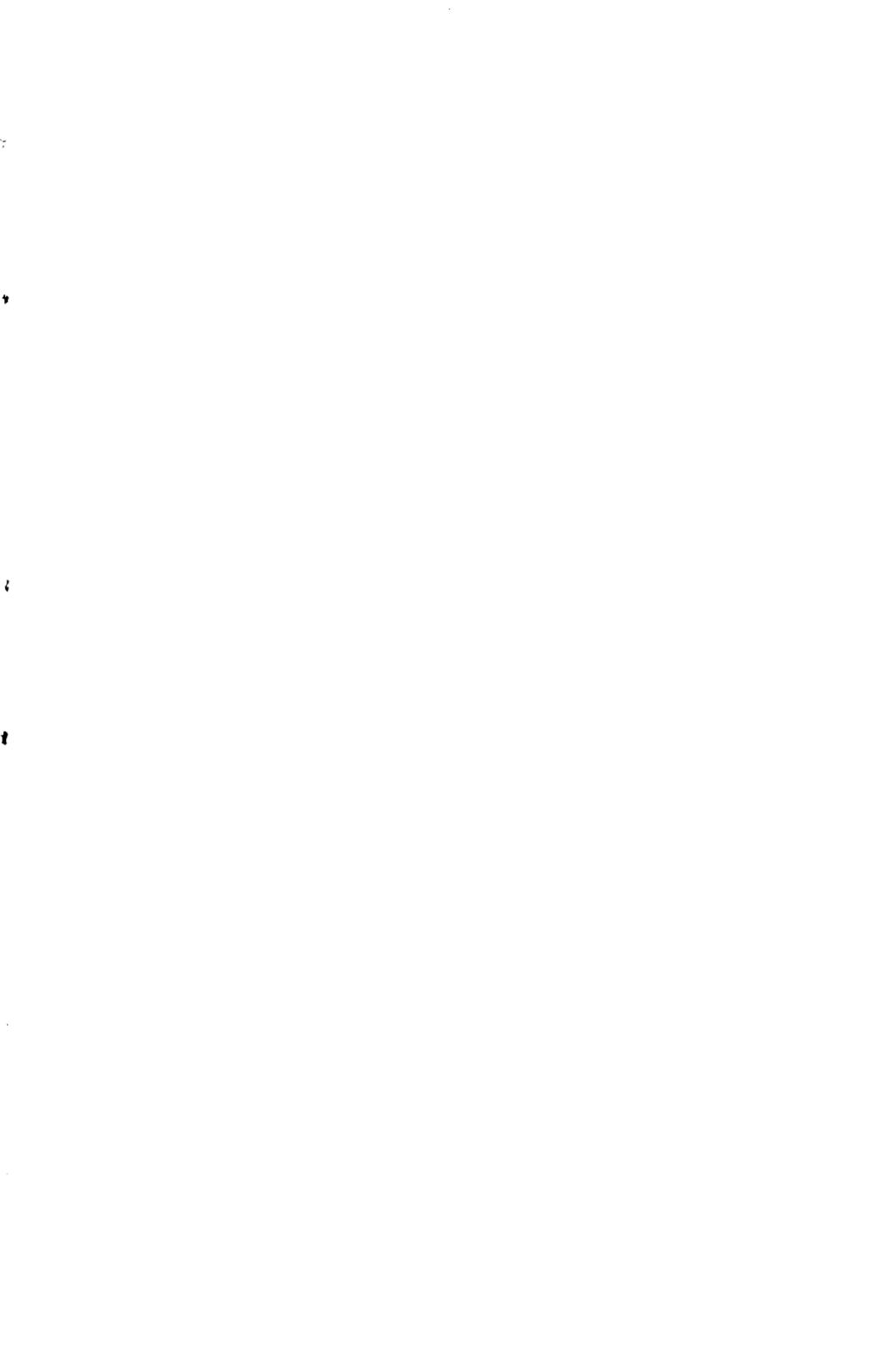
Quintiliano, Marco Fabio, *Institución oratoria*, México, CONACULTA, 1999.

Soto, Miguel y Samantha Álvarez, *Cómo acercarse a... la historia*, México, CONACULTA, 1998.

José C. Valadés, *Alamán: estadista e historiador*, México, UNAM.

Vicario, María Leona, *Vindicación de las calumnias estampadas en el número 3 del Cardillo contra María Leona Vicario*, México, Imprenta del Águila, dirigida por José Ximeno, 1828.

Vindicación del difunto señor Coronel Juan de Noriega, contra las expresiones que en mengua de su honor estampado en un papel impreso recientemente en esta corte: con el título de Censura particular (...), México, Imprenta de Ontiveros, 1821.



El crepúsculo porfiriano de 1910. Los grabados de José Guadalupe Posada

Guadalupe Ríos de la Torre*

CULTURA POPULAR

La expresión cultura popular se ha utilizado con diferentes significados y contenidos, pero cualquiera que elijamos, siempre resultará asimilable a la vida cotidiana, ya sea de una comunidad rural tradicional o ya de las masas urbanas de las ciudades modernas. Al considerar la cantidad de aspectos de la vida humana en los que no parecen influir factores diferenciados de categorías sociales o niveles culturales, podemos decir que la cultura popular se identifica con la vida cotidiana y forma parte integral de nuestra vida, hasta el punto de pasar inadvertida al combinar una serie de elementos de la cultura material y de las relaciones sociales que son compartidas por todos los niveles de la sociedad. “Si todos los miembros de una sociedad dada tuviesen la misma cultura, no sería necesario utilizar el término ‘cultura popular’”.¹

El estudio de la cultura popular llevó insensiblemente a su conexión con las condiciones materiales y con los cambios laborales, con el incremento de la demanda de productos para

* Profesora-Investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

¹ Peter Burke, *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1991, p. 133.

el consumo y con la ampliación de los mercados, con los cambios en el comercio y con el influjo de la educación.²

SIGLO XX

El inicio del siglo fue la etapa de mayor prestigio y estabilidad del régimen porfirista, para pasar paulatinamente su fase problemática y de crisis social, económica y política hasta estallar la Revolución de 1910. En efecto, desde el punto de vista de las ideas y de la cultura, también se vivió en esos años de 1900-1905 una era de consolidación ideológica. El liberalismo había evolucionado a un positivismo que veía en el orden y en el progreso logros fundamentales y permanentes.³ Una suerte de ilusión y optimismo inundaba a la clase intelectual y política, que depositaba en el positivismo la base de un desarrollo completo que habría de incluir finalmente a la vida política. Sólo que esta etapa nunca se dio dentro del régimen porfirista, lo que forzó en buena medida el movimiento revolucionario.

El modelo cultural predominante, hay que recordar, fue el europeo. Expresiones artísticas, filosóficas educativas y sistemas productivos se inspiraban en Francia, Inglaterra y Alemania con un marcado desprecio por lo norteamericano.⁴ En efecto, salvo por la creciente presencia del capital norteamericano que durante todo el siglo XIX estuvo subordinado al europeo sobre todo en materia bancaria, comercial y aun industrial, la presencia de Europa era aplastante. La consolidación política y financiera propició el surgimiento de un importante esfuerzo industrial, fabril, que supo por un lado, aprovechar

² Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 2006, p. 29.

³ William D. Raat, *El positivismo durante el porfiriato*, México, SEP, 1975, pp. 83-88 (Colección SEPTENTAS 228).

⁴ Abelardo Villegas, *Positivismo y Porfirismo*, México, SEP, 1972, pp. 78-80 (Colección SEPTENTAS 40).

la abundancia de mano de obra barata y por otro, combinar el capital europeo con lo nacional. Las empresas manufactureras en las ramas textiles, tabacalera y jabonera así como el beneficio de los metales, recibieron un impulso fundamental y encontraron mercados tanto en el exterior como para uso doméstico. Sólo en el campo minero agroexportador encontramos una fuerte y creciente presencia norteamericana que poco a poco, conforme avanzó el siglo, fue ganando terreno al capital y experiencia europea.⁵

El siglo se inicia pues para el porfiriato, en medio de buenos augurios. El primer censo nacional de 1900 arrojó un total de 13 millones de habitantes distribuidos equitativamente en todo el país. Tanto 1900 como 1901 se desarrollaron sin mayores contratiempos según los ojos de la prensa.⁶ Las grandiosas obras del desagüe de la Ciudad y Valle de México fueron concluidas después de tres siglos de iniciadas. La tecnología inglesa, la mano de obra mexicana y fuertes inversiones llevaron esa empresa a feliz término. México participaba con gran despliegue en la famosa exposición universal de París de 1900, con la cual el país adquiriría una especie de carta de identidad universal como país “civilizado”. La muerte de la Reina Victoria por un lado y la de Verdi por el otro, se representó en la prensa como síntomas de una época y una cultura. La ópera, el teatro, la música, los toros y el nacimiento cinematográfico ocupaban el tiempo libre de las clases medias y altas que así conocían las modas, costumbres y gustos imperantes en Europa. De todo esto dan cuenta con lujo de detalles los anuncios, inserciones y crónicas que ilustran esa época.

La única nota que parecía discordante, pero que para efectos de la ideología y proyecto de nación preponderantes

⁵ Enrique Krauze, *La historia cuenta. Antología*, México, Tusquets, 1998, pp. 94-95.

⁶ Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, “Los preludios del cambio. Una sociedad en auge”, *Historia gráfica de México. Siglo XX*, México, INAH-Planeta, 1987, pp. 8-10.

no lo era, fue la guerra-campaña contra los yaquis y contra los mayas en lo dos extremos del país. Ambas campañas que después se volverían símbolo del desprestigio y ferocidad del régimen, fueron vistas entonces como algo positivo, no sólo por la clase política e intelectual sino aún por la mayor parte de los sectores medios. El apartado de la península yucateca se cerró prácticamente desde entonces y sólo el del yaqui volvería a abrirse como tal en la era posrevolucionaria.⁷ Civilización y barbarie, al estilo decimonónico latinoamericano, eran las dos antípodas y sólo una podía triunfar.⁸ El presidente Díaz recibió así el título de “Pacificador de la Nación”, lo que en esos días no encerraba ningún sentido peyorativo.

Hacia 1903 la crítica contra el régimen, tanto interna como externa, se empezó abrir paso. Quizá lo más relevante en un principio fue la oposición interna, que tuvo su mejor ejemplo en la frustrada evolución política a la que se refirieron Justo Sierra y, sobre todo, Francisco Bulnes en su famoso discurso de 1903 durante la Convención Nacional,⁹ que se vio obligado a nominar una vez más a Porfirio Díaz para la presidencia, si bien lograba crear la vicepresidencia como previsión ante la edad de Díaz más que como verdadera alternativa política. Así, el rasgo preponderante del porfiriato al que hacíamos referencia, el gobierno fuerte, el poder centralizado, daba síntomas de entrar en crisis.

Yo creo que la reelección debe ser más que una cuestión de gratitud para un esforzado guerrero y colosal estadista. Yo creo que la reelección debe ser más que una brillante cuestión de presente, que debe ser algo de nacional y sólo es nacional lo que tiene porvenir. Yo creo que el Porfiriato

⁷ Heriberto Frías, *Tomochic*, México, Porrúa, 1983, *passim* (Sepan Cuantos 92).

⁸ John K., Turner. *México bárbaro*, México, B. Costa-Amic, 1974, *passim*.

⁹ “Discurso del Sr. D. Francisco Bulnes. Pronunciado anoche en la Tercera sesión de la Convención Nacional Liberal”, en *El Imparcial*, 22 de junio de 1902.



Imagen 1

y el Mexicanismo no son antagónicos, que hay que armonizarlos. Y para ello es preciso que la riqueza de que se nos habla no se convierta en indigencia por la brusca náusea de la anarquía; es preciso que los kilómetros de vías férreas no sean arrancados por las crispadas garras.¹⁰

En cuanto a la situación económica, segundo soporte del régimen, también se inicia el sacudimiento. La depreciación de la plata, principal artículo de exportación y fuente de divisas, se tradujo desde 1892 en un dolor de cabeza con lo que todo el aparato financiero mexicano —como sucedía con el internacional— tuvo que contender.¹¹

La adopción del patrón oro en 1905 por parte de México y el establecimiento de una paridad de dos pesos por dólar, fue el reconocimiento a una situación errática que se había prolongado por demasiado tiempo. El sistema financiero mexicano se reajustaba todavía con eficacia y habrían de venir mayores problemas en 1906 y 1907, como resultado de las crisis agrícolas de esos años.

Algo semejante puede decirse con respecto a la paz social, pero no tanto por los sucesos del yaqui y del maya que como se dijo constituían un logro del régimen, sino al incrementarse los movimientos laborales con el surgimiento de la incipiente industrialización y de la organización social respectiva. Se hablaba desde 1900 de la “huelgamanía” como signo de nuevo siglo y la Encíclica de León XIII recogió también esta creciente preocupación, como lo registra la prensa de la época.¹²

Con todo, los síntomas más peligrosos se dieron en los terrenos sociales políticos, sobre todo en el sistema fuertemente personalista el cual no permitió que se diera la imperiosa evolución política que la sociedad requería y que

¹⁰ *Ibid.*, p. IV.

¹¹ El 25 de marzo de 1905 se expidió la ley que establece en la República Mexicana el patrón oro, *El Imparcial*, p. 2.

¹² *El Imparcial* anunciaba el 29 de mayo de 1903 una pequeña huelga en Orizaba.

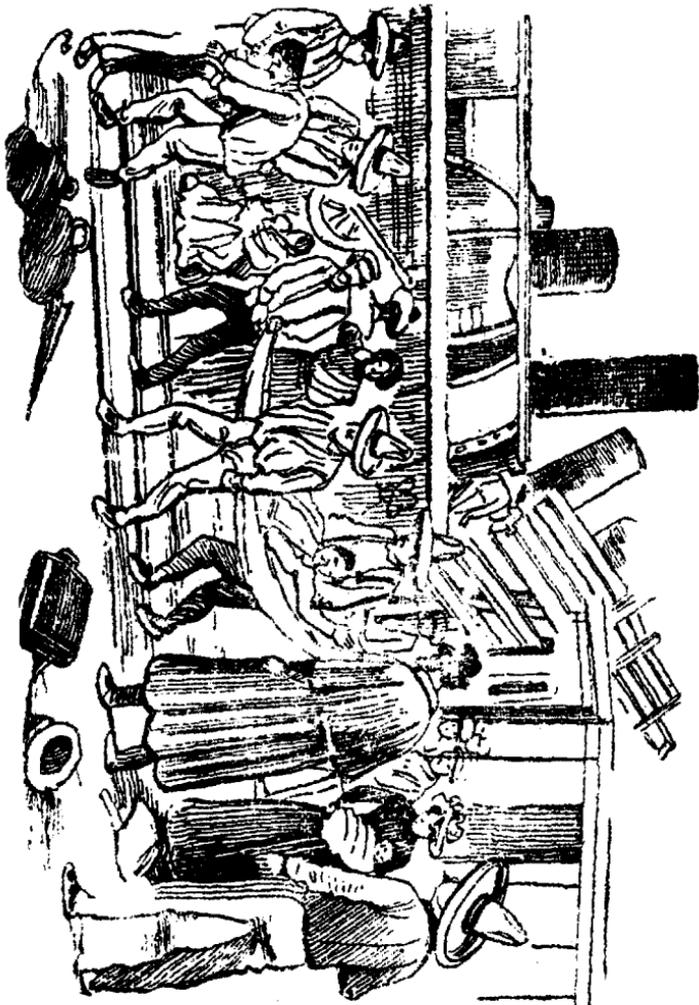


Imagen 2

tantos críticos como importantes grupos de simpatizadores del régimen sugerían. El siglo veinte se incorpora para México como principio de una verdadera nueva era, sólo que eso lo podemos decir hasta hoy, ya que como suele suceder, esto no fue evidente para la mayoría de quienes protagonizaron de una manera o de otra el inicio del siglo.

UN ARTISTA DEL PUEBLO

De lo expuesto se deduce que el hombre protagonista de la historia no sólo lo es en función de sus necesidades físicas o afectivas inmediatas, sino también, inevitablemente, se encuentra condicionado por sus creencias, por los prejuicios sociales, por la educación y por el medio cultural en el que se manifiesta. De ahí la importancia de valorar todas estas referencias al identificar las personas o los grupos presentes en un momento histórico. A lo largo del tiempo se han construido modelos acordes con los valores predominantes y se han fundado instituciones destinadas a difundir esos modelos, que siempre deberán corresponder a un patrón común, pero con las variantes inevitables por género, edad, y condición social.¹³

Al celebrar el año de 1910 las fiestas del Centenario de su Independencia, el país vivía una mezcla de rupturas y novedades que habrían de precipitarlo durante los años siguientes, al remolino de la guerra.

Todo esto y otras muchas cosas se dieron en el seno de una sociedad nacional sumamente desigual en todos los órdenes; que difería de una región a otra; que daba albergue a un centenar de etnias o grupos lingüísticos, los cuales sólo podían comunicarse a señas, y que todavía sostenía el campeonato mundial de la desigualdad.

Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, las expresiones artísticas y literarias adquirieron una den-

¹³ Gonzalbo, *op. cit.*, p. 133.



Imagen 3

sidad inusitada. En ese periodo se dio un estimulante proceso de creación y reflexión en el campo de la cultura. Más que en el mundo rural, a pesar de la conformación agraria del país, estas manifestaciones se concentraron en las ciudades, en las que convivieron viejos y nuevos estilos y temperamentos que retrataron y criticaron el entorno urbano. Visto a la distancia y a juzgar por las palabras y las obras de los protagonistas que dieron carácter al mundo de las artes y de las letras, ese lapso de tiempo nos devuelve imágenes intensas y caóticas menos frías que una postal pero más borrosas que un mal recuerdo. En esa época lo viejo cedió un metro de terreno a lo nuevo, que no alcanzaba muchas veces a decir con claridad lo suyo; pero al mismo tiempo, lo nuevo siguió con desinterés “modernista” la caída paulatina de los héroes cansados. Esta convivencia entre los nuevos y los viejos estilos fue evidente en diversas manifestaciones del arte, como la pintura, el teatro, la música, la poesía y el grabado.¹⁴

En este aspecto destaca asimismo otra vieja tradición, la del grabado.¹⁵

¹⁴ Antonio Saborit, “El arte”, en *Gran Historia de México Ilustrada, ideas, educación y arte durante el Porfiriato. De la Reforma a la Revolución, 1857-1920*, México, Planeta DeAgostini/CONACULTA/INAH, 2002, p. 236.

¹⁵ El grabado mexicano del siglo XIX, alcanzó un alto grado de desarrollo mediante distintas técnicas, puede decirse que se manifestó en todos los procedimientos técnicos conocidos entonces, se hicieron trabajos en láminas de metal como el cobre, el zinc y el acero, se grabó también sobre superficies líticas y desde luego, en material más tradicional que es la madera y en el más novedoso para el siglo XIX, la litografía. La práctica del grabado en color también fue frecuente, hoy en día cualquiera de las estampas iluminadas bien a mano o por impresión, son piezas codiciadas por coleccionistas. El grabado decimonónico rompió con la tradición de la gráfica del periodo colonial. Al introducirse en el país el grabado europeo, en particular el francés, en todas sus modalidades, se inspirarán los artistas mexicanos en temas y modelos europeos. La tradición heredada de la colonia se sostendrá hasta la cuarta década del siglo XIX, sobre todo en las obras anónimas de la estampa popular. Así pues, en cuanto tendencias derivadas de patrones de allende los mares, los temas predilectos a desarrollar serán: escenas de la vida cotidiana, sucesos históricos y bíblicos,

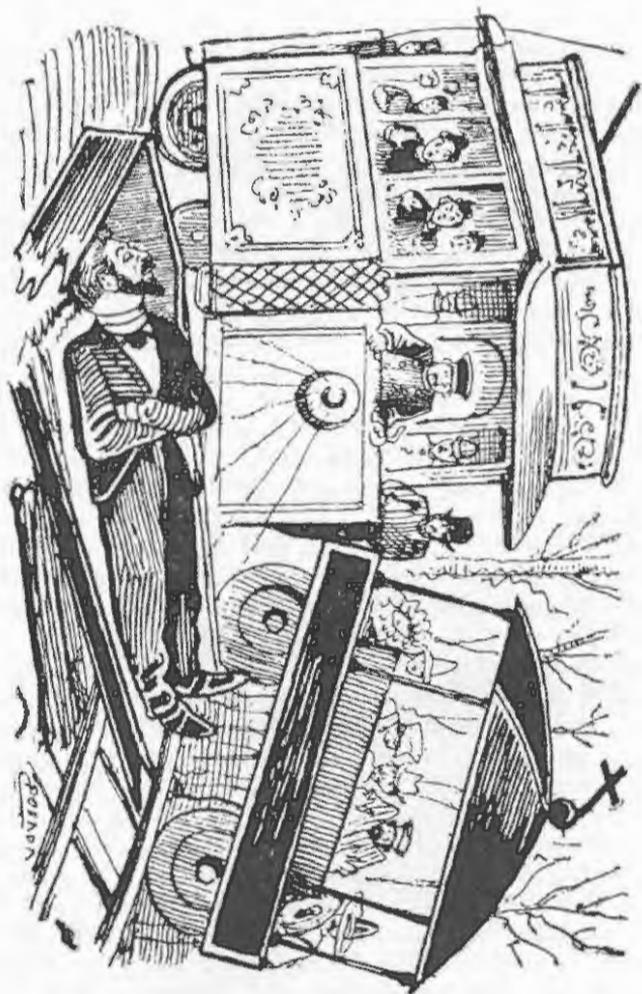


Imagen 4

Uno de los artistas sobresalientes del periodo porfirista fue José Guadalupe Posada (1852-1913),¹⁶ quién difundió retratos de personajes, escenas y sucesos de la vida cotidiana, popularizándolos en periódicos “de centavo” y en los cua-

figuras de la mitología clásica, ciertas imágenes de la religión y figuras simbólicas como fueron el águila, el gorro frigio, la libertad, por citar algunos. El grabado mexicano será por excelencia académico, elitista y por ende desligado de las masas populares. En cuanto al grabado anónimo de carácter popular, éste se dio fuera de la Academia Nacional de San Carlos, gran parte de la producción se encuentra en el anonimato y representa las maneras de ser, la expresividad espiritual e intelectual propias del pueblo. Este tipo de grabado tuvo como temas principales motivos religiosos muy apegados al gusto tradicionalista; fueron realizados en láminas de cobre o madera, e impresos en grandes cantidades y vendidos a bajo precio, en esa producción está la creación sincera e ingenua del artista, predominando en la mayoría de los casos la imaginación. En el transcurso del tiempo, tanto la litografía como la xilografía o grabado en madera, fueron los medios más socorridos en las manifestación del grabado popular del siglo XIX, siendo muy apropiado para toda clase de publicidad ya que poseen la ventajosa facilidad de reproducirse masivamente; debido a esta característica las obras de los grabadores anónimos pudieron llegar mediante diversas formas a toda la población, tales como la ilustración de periódicos y revistas, interpretando gráficamente los acontecimientos memorables de la época. Véase Fabiola Villegas Torres, *La litografía, el grabado y la caricatura política en México en el siglo XIX*, México, UNAM, 1980, pp. 17-19.

¹⁶ Los trabajos realizados por José Guadalupe Posada, no se concretaron a ser locales, el grabador pronto amplió su campo, pues llegó incluso a ser conocido en la Ciudad de México, en donde pasó a formar parte del personal de planta del famoso taller de imprenta y litografía de Antonio Vanegas Arroyo, uno de los más importantes de la capital de fines de siglo. Es posible que el grabador sostuviera una estrecha amistad con Antonio Vanegas Arroyo, lo que sólo habría de terminar veintitrés años más tarde, con la muerte de nuestro personaje, por lo menos eso es lo que se deduce. Se tiene noticias de que Posada trabajó en el taller de Vanegas Arroyo, con Manuel Manilla, quien era el jefe del taller de litografía, puesto que más tarde lo ocuparía el propio José Guadalupe. Fue en la editorial de Vanegas, donde conoció al poeta oaxaqueño Constancio S. Suárez, del cual habría de ilustrar un número considerable de sus trabajos. Así fue como José Guadalupe Posada, trabajó en su propio taller y en la editorial de Vanegas Arroyo con quién llevó una armonía profesional. Véase Guadalupe Ríos de la Torre, “José Guadalupe Posada. Un cronista de la época porfiriana”, en *Tema y variaciones de literatura* 28, México, UAM-A, semestre 1, 2007, p. 115.

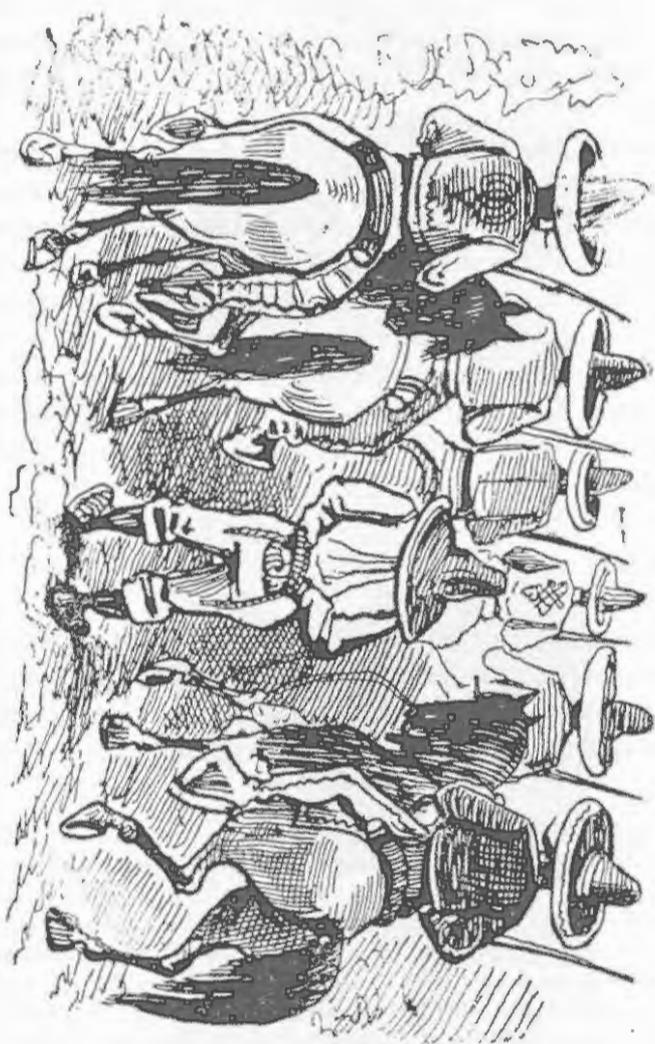


Imagen 5

dernillos y las “hojas sueltas” que publicaba Antonio Vanegas Arroyo. Se trata de uno de los impresores populares más importantes del periodo, a partir de 1880, debido a la cantidad de publicaciones de corridos, oraciones y folletos ricamente ilustrados por artistas como Manuel Manilla y José Guadalupe Posada, que tuvieron una amplia difusión en todo el territorio nacional.

Cabe mencionar que la obra del grabador Posada tiene como característica una tendencia eminentemente popular, ya que gran parte de sus trabajos estuvieron dedicados a retratar los sucesos sobresalientes de una época, la de la dictadura de Porfirio Díaz y los primeros trece años del movimiento revolucionario del siglo xx en nuestro país.

Gran parte de sus trabajos estuvieron dedicados al pueblo que los entendió, disfrutó y comprendió, un pueblo analfabeto¹⁷ en donde aprendía más por medio de la expresión visual siendo más efectiva que ninguna otra.

EL CRONISTA

Durante su estancia en la Ciudad de México, Posada trabajó en el taller de imprenta y litografía de Antonio Vanegas Arroyo donde conoció a Manuel Manilla, jefe del taller de litografía, grabador que por su producción artística interpretó el gusto

¹⁷ Los estados poblados mayoritariamente por indígenas, como en el centro y el sur de México, presentaban los índices de alfabetización más bajos: en 1895 sólo 15% de la población total sabía leer y escribir, cifra que aumentó apenas a 20% en 1910. Entidades con 80% de habitantes indígenas, como Guerrero, Chiapas y Oaxaca, tenían apenas 9% de habitantes alfabetizados. Por el contrario, en los estados donde predominaban los grupos blancos y mestizos, como en el norte de la República, la respuesta a la educación era mayor: en 1895 alrededor de 20% sabía leer y escribir, y en 1910 la proporción aumentó a 30%. Véase a Milada Bazant, “La educación”, en *Gran Historia de México Ilustrada. Ideas, educación y arte durante el Porfiriato. IV De La Reforma a la Revolución, 1857-1920*, México, Planeta DeAgostini/CONACULTA/INAH, 2001, pp. 228-229.



Imagen 6

popular debido a su espontaneidad para ilustrar con imaginación y sentimiento creador, corridos, canciones, cuentos, por citar algunos. Manuel Manilla es un exponente del grabado popular, que el genio artístico de José Guadalupe recogió.

En la misma editorial de Vanegas Arroyo, Posada conoció al poeta oaxaqueño Constancio S. Suárez, quien también trabajaba para el célebre editor. Buena parte de los escritos y poemas de Suárez fueron ilustrados por Posada, cartas de amor, corridos, sucesos sensacionales etcétera; a uno y a otro supo aprovechar con indudable ventaja Antonio Vanegas. La técnica que de manera preferente utilizó Guadalupe Posada para realizar su obra en la capital de la república, fue la cincografía. Se trata de un grabado al buril sobre metal tipográfico.¹⁸

Los sectores populares tenían acceso a la prensa pero gustaban sobre todo de los impresos sueltos: páginas de colores que contenían oraciones o cancioncillas o que relataban acontecimientos o hechos sensacionales.

Además contaban con llamativas imágenes; por ejemplo, las ilustraciones de los pliegos de la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo eran realizadas por José Guadalupe Posada. Los textos estaban redactados en prosa o en verso, y tomaban la forma de corridos o canciones. Las hojas o pliegos se vendían a precios módicos en ferias, mercados, o calles, pues las casas editoriales contaban con vendedores ambulantes que pregonaban los títulos, relataban el contenido y en ocasiones, acompañados por su guitarra, entonaban los corridos. Gracias a ello el contenido de los impresos llegaban también a los analfabetos.

Es, entonces, una sociedad que ve coexistir el mundo de la tradición oral con el de la escrita. Las canciones y los corridos que iban de boca en boca se plasman en hojas impresas

¹⁸ Véase Guadalupe Ríos de la Torre, *El grabador José Guadalupe Posada*, México, UNAM, 1980, pp. 34-35.



Imagen 7

que, a su vez, viajan por distintas regiones y llegan a la Ciudad de México y van, por otra parte, a otras regiones del país y más allá de la frontera del norte acompañando a los migrantes.¹⁹

No menos amplia era la variedad que presentaba la prensa. Por ejemplo, la Ciudad de México contaba con 96 diarios, Guadalajara con 26, Puebla con 15, San Luis Potosí con 11, y Orizaba y Mazatlán con 10.²⁰ Los periódicos reflejaban diversas tendencias políticas: existían diarios de tinte oficialista, liberal, católico o socialista. Además, junto a la vieja prensa tradicional surgieron los diarios modernos: el primero de ellos fue *El Imparcial*, fundado en la capital en 1896. Siguiendo la tendencia estadounidense, a finales del siglo y con *El Imparcial* a la cabeza, los diarios mexicanos dejaron de privilegiar los editoriales de análisis político, que vieron limitados a una sola página, y en su lugar dieron realce a la información y los reportajes, que iban acompañados de ilustraciones y, más tarde, de fotografías. Por otro lado, dejaron atrás a la prensa artesanal y adoptaron técnicas modernas de reimpresión, lo cual les permitió producir un mayor número de ejemplares y venderlos a menor precio. Por ello contaron con tirajes nunca imaginados; por ejemplo, en sus mejores días *El Imparcial* distribuyó 125 mil ejemplares.²¹

Los acontecimientos de 1910 sólo se convertían en noticias mediante la prensa y de la manera de mencionar o mostrar los hechos mediante los reporteros, sino del periódico en sí, la redacción, del director, de los editores. Ahí estaba agazapado el gran conflicto: ciencia, progreso oligárquico, in-

¹⁹ Alejandro Pinet, “De los corridos censurados y corridos migrantes”, en *Proceso Bi-Centenario 10. El arte de la Revolución*, México, Proceso, 2010, p. 30.

²⁰ María del Carmen Ruiz Castañeda, “La prensa durante el porfiriato”, en *El periodismo en México, 500 años de historia*, México, EDAMEX, 2002, pp. 234-235.

²¹ María Elvira Buelna Serrano, “La novela de folletín”, en *Polvos de olvido. Cultura y Revolución*, México, UAM-A, 1993, p. 187.

dustria, y ferrocarril, contra participación popular, sufragio, respeto a las formas culturales de las mayorías.

Ello serviría para legitimar al régimen porfirista y justificar prácticas como el sacrificio de la democracia o la falta de respeto a las garantías individuales, además permitiría demostrar al extranjero que el país progresaba, disipar su temor hacia el pueblo mexicano y así atraer la confianza de los inversionistas.

No escapó de sus placas de metal que el grabador José Guadalupe Posada dejará testimonio en los periódicos independientes *La Risa*, *Argos*, *La Patria Ilustrada*, *Gil Blas* y *El Hijo del Ahuizote*, de lo que realmente estaba pasando en los días de la gran fiesta conmemorativa del Centenario de nuestra Independencia.²²

Imagen 8



²² Homero Aridjis, *330 grabados originales*, México, La Catrina, 1971, pp. 89-90.

El año de 1910 tuvo lugar una serie de sucesos destacados: el cometa Halley, El Primer Congreso Nacional de Estudiantes, la convención de los clubes antirreeleccionistas, las fiestas conmemorativas del primer Centenario de La Independencia de México, la reelección de Porfirio Díaz como presidente de la República el inicio de la Revolución Mexicana.²³

Los agentes que motivaron la transformación no fueron solamente los planes políticos o la Constitución de 1857 reformada, estos la expresaron y estimularon; pero el cambio sobrevino cuando la sociedad, contenida hasta los primeros años del siglo XX, por un anhelo generalizado de paz y por el control económico-político de una oligarquía que se ostentaba como vocero del progreso, se desbordó para actuar y reclamar con los hechos un espacio antes vedado.²⁴

Imagen 9



²³ Luis González, “El liberalismo triunfante”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1972, vol. 3.

²⁴ Ramón Prida, *De la dictadura a la anarquía*, México, Ediciones Botas, 1958, pp. 113-114.



Imagen 10

Abierta lo que algún porfirista llamo “la caja de Pandora de la Revolución”, esta se torno incontenible para sus promotores originales; el llamado a tomar las armas resonó en los sectores de la sociedad porfiriana con ecos distintos, según sus peculiaridades socioeconómicas y culturales.²⁵ Al movimiento político abanderado por las clase medias urbanas, de aliento reformista, que aspiraban a la consolidación de una burguesía nacional encargada de dirigir el rumbo del país sobre bases mas justas, se sumaron los contingentes campesinos con sus demandas añejas, y a continuación los obreros incipientemente organizados en un país en tránsito hacia el sistema de producción capitalista.²⁶ La Revolución de 1910 adquirió entonces un perfil social, al que no eran ajenas las clases medias, pero que concebían como resultante de las reformas legales y del reajuste político.²⁷

Desde que se produjo el estallido de la Revolución, se esbozaron las demandas populares, las pugnas por el poder político, la lucha por la conservación y adquisición de privilegios económicos y las presiones del capitalismo extranjero. Sin embargo a partir de la llegada de Francisco I. Madero a la presidencia todas ellas se expresaron abiertamente.²⁸ En ese momento la Revolución Mexicana se definió por primera vez en el terreno de los hechos; y los sectores al margen del gobierno manifestaron por diversas vías su desacuerdo con esa definición.²⁹

²⁵ Jorge Vera Estañol, *La revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, México, Porrúa, 1957, pp. 123-125.

²⁶ Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, “Los preludios del cambio. Una sociedad en auge”, en *Historia gráfica de México, Siglo XX*, INAH-Planeta, 1987, p. 2.

²⁷ Prida, *op. cit.*, pp. 134-135.

²⁸ Luis Lara Pardo, *Madero. (Esbozo político)*, México, Ediciones Botas, 1937, pp. 95-97.

²⁹ Vera Estañol, *op. cit.*, pp. 201-202.

Imagen 11



Imagen 12



Apparent contradictions individual and social become comprehensible within the framework of this process of multiple definition. They explain, for example, the schisms between revolutionaries, the political turns of some regimes, the adhesions or defections and, to allude to one of the most spectacular changes, the constitutional modification that issued a new election, carried out in 1927 by a Congress that presented itself as revolutionary, when seventeen years earlier the most important flag of the struggle had been the non-election. Part of the balance that left behind the years of armed struggle, more than a million Mexicans dead, among whom counted, along with an infinite number of anonymous combatants, various presidents, legislators, governors assassinated; the effects of an armed intervention, of the unchaining of an economic crisis. In addition, the country experimented the sur-

Imagen 13



gimiento de fenómenos como el *caudillismo*, explicable por la escasa práctica política; el populismo, instrumentos de control frente al desbordamiento revolucionario, y el nacionalismo, en su doble vertiente: de estrategia económica-política frente a la dependencia y de mecanismos de autoafirmación en un momento de crisis.³⁰

Imagen 14



Asimismo, el cambio cualitativo operado por la sociedad mexicana se hizo en las manifestaciones culturales. Al quedar en entredicho la adopción de los valores extranjeros afloro el camino de la búsqueda.

³⁰ Javier Garcíadiego, “La Revolución”, en *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, *passim*, 2004.

Imagen 15



Al abordar la historia mexicana entre 1911 y 1913, es preciso dar cuenta de ambos procesos: la definición y la búsqueda. Sirvan su complejidad y riqueza para entender la realidad presente de un país que mediante ello hace prueba de sus múltiples potencialidades.³¹

Es importante anotar que algunos estudiosos del arte contemporáneo niegan la paternidad de José Guadalupe Posada sobre la *Calavera buertista*, afirman que Posada no vivió los acontecimientos del cuartelazo, que el estilo no corresponde al propio artista, que la calavera no representa a Victoriano Huerta e incluso dicen que Manuel Manilla es el verdadero autor. Sin embargo, otros estudiosos dan opiniones afirmativas en cuanto a que dicho grabado sí fue realizada por Posada, abogando que la técnica es la misma utilizada por él, que la cronología no debe ser pretexto para anularle dicha paternidad. Afirman que es de Posada puesto que Manuel Manilla falleció a fines del siglo XIX.

La lámina original del grabado existe en la actualidad, pertenece a Arsacio Vanegas Arroyo e insiste en que el grabado fue hecho por José Guadalupe, pero no da mayores razones para ello.³²

REFLEXIÓN FINAL

Durante la primera década del siglo pasado una serie de manifestaciones que salían del ámbito tradicional considerado como cultural, irrumpieron para mostrar que quizá ellas revelaban con mayor agudeza la realidad que vivía la sociedad mexicana en aquel momento. La música popular, el teatro de género, el corrido, las primeras novelas insertas en el tema de cambio, el grabado, los folletines con canciones y versos

³¹ Gloria Villegas Moreno, *México y su historia 1911-1929*, México, Editorial Hispano Americana, 1984, vol. 10.

³² Antonio Rodríguez, *Posada el artista que retrató a una época*, México, Editorial Domes, 1977, p. 95.

lentos de ingenio y finalmente el periodismo y la caricatura mostraban el perfil de una sociedad nueva. Estas expresiones, al igual que el cine, que durante estos años aún carecen de una producción propia, tuvieron para la mayoría de los intelectuales de la "vieja guardia" valor como expresiones culturales; sin embargo su vigor creativo, a veces despreocupado de discusiones teóricas, no solamente va a modificar el concepto de cultura sino que acarreará el replanteamiento de las relaciones entre la sociedad y quienes la expresan plástica, literaria y filosófica.

En estas *hojas volantes* de la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo y de la creatividad del grabador José Guadalupe Posada se expresa una visión de los sucesos de la era porfiriana y de la visión de la Revolución elaborada desde la capital.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer, "Los preludios del cambio. Una sociedad en auge", en *Historia gráfica de México. Siglo XX*, México, INAH/Planeta, 1987.
- Aridjis, Homero, *330 grabados originales*, México, La Catrina, 1971.
- Bazant, Mílada, "La educación", en *Gran Historia de México Ilustrada. Ideas, educación y arte durante el Porfiriato. IV De La Reforma a la Revolución, 1857-1920*, México, Planeta DeAgostini/CONACULTA/INAH, 2001.
- Buelna Serrano, María Elvira, "La novela de folletín", en *Polvos de olvido. Cultura y Revolución*, México, UAM-A, 1993.
- Burke, Peter, *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1991.
- "Discurso del Sr. D. Francisco Bulnes. Pronunciado anoche en la Tercera sesión de la Convención Nacional Liberal", *El Imparcial*, 22 de junio de 1902.

- Frías, Heriberto, *Tomochic*, México, Porrúa, 1982 (Sepan Cuan-
tos 92).
- Garcíadiego, Javier, “La Revolución”, en *Nueva historia mínima
de México*, México, El Colegio de México, 2004.
- Garner, Paul, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador una biografía polí-
tica*, México, Planeta, 2003.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar, *Introducción a la historia de la vida coti-
diana*, México, El Colegio de México, 2006.
- González, Homero, “El liberalismo triunfante”, en *Historia
general de México*, México, El Colegio de México, 1972,
vol. 3.
- Krauze, Enrique, *La historia cuenta. Antología*, México, Tus-
quets, 1998.
- Lara Pardo, Luis, *Madero. (Esbozo político)*, México, Ediciones
Botas, 1937.
- Pinet, Alejandro. “De corridos censurados y corridos migran-
tes”, en *Bi-Centenario 10*, México, Proceso, 2010.
- Prida, Ramón, *De la dictadura a la anarquía*, México, Ediciones
Botas, 1958.
- Raat, William D., *El positivismo durante el porfiriato*, México, SEP,
1975 (Colección SEPTENTAS 228).
- Ríos de la Torre, Guadalupe, *Noticia biográfica de José Guadalupe
Posada*, México, Martillo, 1980.
- , *El grabador José Guadalupe Posada*, México, UNAM,
1980.
- Rodríguez, Antonio, *Posada el artista que retrató a una época*,
México, Editorial Domes, 1977.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen, “La prensa durante el por-
firiato”, en *El periodismo en México, 500 años de historia*,
México, EDAMEX, 2002.
- Saborit, Antonio, “El arte”, en *Gran Historia de México Ilustra-
da, ideas, educación y arte durante el Porfiriato, De la Reforma
a la Revolución, 1857-1920*. México, Planeta DeAgostini/
CONACULTA/INAH, 2002.

- Toor, Frances, Paul O'Higgins y Blas Venegas Arroyo (eds.), *Posada. Monografía de 406 grabados de José Guadalupe Posada*, México: Ediciones Toledo-CONACULTA, 2002.
- Turner, John K., *México bárbaro*, México, B. Costa-Amic, 1974.
- Vera Estañol, Jorge, *La revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, México, Porrúa, 1957.
- Villegas, Abelardo, *Positivismo y Porfirismo*, México, SEP, 1972 (Colección SEPTENTAS 40).
- Villegas Moreno, Gloria, *México y su historia 1911-1929*, México, Editorial Hispano Americana, 1984, vol.10.
- Villegas Torres, Fabiola, *La litografía, el grabado y la caricatura política en México en el siglo XIX*, México, UNAM, 1980.

Ficha técnica de ilustración

Imagen

1. José Guadalupe Posada. *El rico hacendado*. Grabado.
2. José Guadalupe Posada. *Descarrilamiento*. Grabado.
3. José Guadalupe Posada. *Corrido a "los 41"*. Grabado.
4. José Guadalupe Posada. *Choque de un eléctrico con un carro fúnebre*. Grabado.
5. José Guadalupe Posada. *Revolucionarios*. Grabado.
6. José Guadalupe Posada. *En el Puente Blanco*. Grabado.
7. José Guadalupe Posada. *Una dama de alcurnia*. Grabado.
8. José Guadalupe Posada. *Corrido "El Paseo de la Reforma"*. Grabado.
9. José Guadalupe Posada. *Corrido "Ataque a México"*. Grabado.
10. José Guadalupe Posada. *Corrido "El cometa de 82"*. Grabado.
11. José Guadalupe Posada. *Calavera revolucionaria*. Grabado.
12. José Guadalupe Posada. *Madero*. Grabado.
13. José Guadalupe Posada. *Zapata*. Grabado.
14. José Guadalupe Posada. *Calaver huertista*. Grabado.
15. José Guadalupe Posada. *Otilio Montaño*. Grabado.

Cien años de la Revolución Mexicana. Hechos y escritores.

Presentación: John Reed

José Silvestre Revueltas*

*Sería magnífico, yo creo,
ayudar a hacer de México un lugar feliz.*
Francisco Villa

La Revolución apenas si tiene ideas, es un estallido de la realidad. Adjetivos, síntesis, comprensión inmediata de un hecho que es historia, pero que también es leyenda, mito casi, aventura inolvidable e interminable. La Revolución apenas si tiene ideas escribió Octavio Paz, inobjetable descripción, sólido argumento. Pero lejos ello de ser un defecto, en lo inmediato, se convirtió en una suerte de cualidad y personalidad que trajo a colación el mundo de pasiones y esperanzas en la que siempre se encontrará enmarcada. La falta de ideas de alguna manera fue sustituida por un conjunto de proclamas, sumamente concretas, acciones, hechos y movimientos que siguen demandando justicia, honradez, trabajo y honestidad que, retrato de México luego de cien años, en muchas esferas, lejos están de haberse cumplido y realizado, definió con fuerza su razón de ser. No habrá ideas, pero sí en cambio, un conjunto de notables principios con el que son identificados movimientos enteros, héroes y proyectos, grandezas en suma notablemente insertas dentro de la Constitución de 1917. Tal parece

* Profesor-Investigador del Departamento de Investigación y Conocimiento para el Diseño de la UAM-Azcapotzalco.

que la nuestra es una Revolución pasional y que muchos de sus protagonistas obedecen a esta cualidad, humanos al fin, revolucionarios siempre, como suele suceder con todos los románticos, con todas las apuestas que en el nombre de un sueño desdeñan la propia existencia.

La Revolución ha muerto, un argumento también categórico, se comenzó a plantear desde la década de los cuarenta del siglo pasado. Los gobiernos emanados de ella han orientado la política del país hacia otros rumbos, bajo otro tipo de directrices, y es nada más cosa de esperar para que su simple recuerdo, para que las luchas de los abuelos nos resulten incómodas, casi contradictorias de los nuevos fines perseguidos por las instituciones gubernamentales, sus formas de planeación, la jerarquía de sus propios intereses y proyectos. En consecuencia surge la pregunta: ¿qué celebramos luego de cien años? Si su muerte justifica el silencio gubernamental ante tal acontecimiento, habrá que recordar que el gobierno no es la nación, que en el fuero interno de ésta podemos encontrar una marcada insatisfacción en el cumplimiento de aquellas demandas que dieron origen a la lucha armada, y que podemos recurrir al argumento siempre válido, de que el país es mucho más grande, digno e inteligente que quienes nos gobiernan. Pero también cabe la apreciación contraria, negación elemental, vitalidad de nuestro pueblo: ¿y si la Revolución sigue viva? ¿Si cien años son nada más el momento de hacer un alto, evaluar lo hecho, redefinir el rumbo, sacar del recuerdo simbólico aspiraciones que son eternas de todos los pueblos, bajo cualquier circunstancia histórica, y volverlas a poner al día, dejando que sean libremente, para hacer de México un país feliz para todos y no sólo para unos cuantos?

Así, inclinados sobre este rostro, un fuerte lazo de simpatía nos mueve dentro nuestra área por la Revolución Mexicana. Acaso porque lejos creemos de pensar que ha muerto

y con ella sus ideales y principios, acaso también porque la ubicamos como una de las vertientes que alimentaron la serie de cambios más cotidianos, pero no por ello de menor importancia, que se vieron influidos directamente por la contienda armada. Las muestras son muchas, los objetos irremplazables, que es una de las partes del análisis que sustenta la razón de ser nuestra, aparecen como motivo de análisis inmediato. Radios, cines, edificios, objetos electrodomésticos, automóviles, aeroplanos, plásticos, modas, medios de transporte, proyectos urbanos, la Universidad y el culto al pensamiento como punto de partida, macizamente cimentado en las posibilidades enormes de ser, de un país que quería ser, triste comparación con la deriva que lo caracteriza en la actualidad, el gobierno fiel reflejo de este impulso. Un país con proyecto, una nación con futuro, y esto es cosa grande y hermosa, y esto atrapa nuestra nostalgia como vuelve a replantear el futuro.

Nuestra razón de ser, el diseño, también tuvo asignado un papel de primera importancia en aquellos años. No hay que olvidar la vocación de los jóvenes arquitectos, por ejemplo, Carlos Obregón Santacilia, Mario Pani, Enrique Yáñez o José Villagrán por diseñar y construir escuelas, hospitales, edificios públicos. No hay que olvidar también las historias que hicieron de la Revolución algo más maravilloso que la conmemoración de una fecha, o la ilustración de papel moneda en gobiernos cuyo nexa con 1910 es de suyo contradictorio, casi absurdo, por más democráticos que se proclamen. Un cúmulo de anécdotas permanece aún cabalgando, están por detrás de los objetos, explican las viejas charlas de los abuelos, o los anhelos por realizar de los padres. El diseño, sus objetos, sus transformaciones silenciosas, las conversaciones que forman más la conciencia del pueblo que los discursos públicos, que es la vida misma de quienes construyeron al país que orgulloosamente llamamos México.

Por tanto, iniciativa del área fue atender a los grandes narradores de la Revolución, sobre la Revolución, sobre los hechos vistos más allá de las batallas, más allá de las grandes traiciones o venganzas de sórdidos personajes, tales como Victoriano Huerta cuya lamentable raíz en el nombre sigue siendo presente y cotidiana. Escritores cuya trascendencia se basa mucho en considerar, como debe de serlo siempre, y nunca nos cansaremos de recordarlo, que la historia nacional, por ser la de la nación, nos incumbe a todos y no sólo a quienes nos gobiernan. Recuperar a estos escritores, que lo son por que tratan de y sobre nuestro país, más allá de su lugar de nacimiento, se nos presentó como una tarea de la mayor importancia, claro, amén de la siempre urgente necesidad de darle voz a quienes no la tienen, o no la han querido tener por los múltiples miedos que caracterizan a las imposiciones sobre nuestra sociedad. En algunos casos notables, se encuentran en sus libros, en otros, en conversaciones sólo de especialistas, en charlas de familiares o amigos en los que la suerte les hizo heredar un objeto, quizá una anécdota o un recuerdo, acaso también una ilusión de ese México que se transformó, que vio la sólida amenaza del ascenso de la ultraderecha luego del movimiento estudiantil de 1968, y, que no sin ser sustentado dentro de algunos argumentos contrarios a los de cien años ha, reniegan, dejan en el olvido, y minimizan uno de los momentos más lucidos de la historia nacional.

Nuestra simpatía revolucionaria, por ello, se acrecienta y toma como obligación rendir un largo homenaje a estos abuelos que montados en un caballo pelearon por lo que creyeron era justo, por estas abuelas enamoradas que siguieron a sus soldados en tren, a pie, en la angustia del que quizá no regresarán, en la de verlos morir fusilados, en batallas, en traiciones, o, lastimosamente, en la imposibilidad de que los motivos por los que pelearon se vieran alguna vez cumplidos. Así, ver a la Revolución muerta, como a su Constitución, como a los

principios de los primeros gobiernos de ella heredados, nos es difícil de asumir luego de sus primeros cien años de vida, como pregonaría el elemental principio de la realidad.

Pero una Revolución es siempre mucho más que guerras y héroes, batallas y caudillos. No sólo son recuerdos o vivencias; de hecho no existirían si no es por sus escritores, algunos novelistas, otros periodistas o fotógrafos, pero también por quienes, en la magnífica idea de la narrativa del recuerdo, hacen constantemente ver a Villa, Carranza, Zapata, Obregón, Madero, ligados a sus soldados, acompañantes, parientes, ya en sus éxitos, ya en sus fracasos, siempre en sus anhelos. La Revolución apenas si tiene ideas y bien y es cierto, pero tuvo y tendrá, felizmente, un gran cúmulo de autores que se ocuparon de ella, que hablaron de su historia, de sus personajes, de su nunca saciada ansia de justicia. Este móvil del área, esta convicción de nuestro jefe, el Diseñador Industrial Eduardo Ramos Watanave, común además a nuestra compañera la Doctora Guadalupe Ríos, nos fue transferida hacia todos los miembros de la misma, y anima al presente escrito, anima a hablar en este texto de John Reed, como posteriormente de Malcolm Lowry, de Carlos Fuentes, de Bruno Traven, en distintos espacios a lo largo del año. John Reed, cuyo nombre es leyenda y cuya leyenda, a pesar de su muerte prematura, lo llevó a tener un ideario compartido con Villa y sus "Dorados", con Lenin y los revolucionarios rusos, de cuyas aventuras jamás lo podremos desligar, nos invita a recordarlo y justificar también las razones de su propia leyenda. Coincidencia de principios, por él hablan sus letras, por su esfuerzo tenemos a Villa, Lenin y dos Revoluciones, que acaso junto con las luchas de los republicanos españoles, fueron la mejor cara de la palabra esperanza a lo largo del siglo xx. Reed invoca la simpatía que tuvo hacia Villa y que es simple y hermosa, la de relacionarse con la construcción de un personaje que linda con el mito, que en su afán de justicia persigue con denodado

amor la palabra heroico como razón de ser de la vida, reflejo al fin de su pueblo, razón última de la existencia.

JOHN REED

Si la Revolución posee las cualidades anotadas, también resalta por ser una gran leyenda. Como tal, esta condición en buena medida se debió más a sus escritores que a quienes participaron directamente en la lucha, alcanzando su gran trascendencia como resultado de sus propios trabajos. John Reed en tal sentido es una leyenda y es además nuestro deudor. Si tenemos una página hermosa sobre Pancho Villa se la debemos a Reed, si sabemos algo sobre su peculiar proyecto, la referencia a *México Insurgente* se nos presenta como urgente y necesaria, sueños y ambiciones por cumplir, ideas sumamente concretas, pongamos el caso: “Cuando se establezca la nueva República, no habrá más ejército en México. Los ejércitos son los más grandes apoyos de la tiranía. No puede haber dictador sin su ejército. Pondremos a trabajar al ejército”. Y sí, por si lo anterior no fuese sumamente macizo, a la distancia es aún inobjetable: “Sería malo para México que un hombre sin educación fuera su presidente”. Concluyendo, el así llamado Centauro del Norte, en una idea noble, justificación suficiente del ser: “Sería magnífico, yo creo, ayudar a hacer de México un lugar feliz”.

Coincidencia de proyectos, principios que guían a un pueblo y a su generación, un reportero de guerra escribe sobre México en el inicio del siglo. Principio de una trayectoria que conoció sobradamente a este tipo de personajes, dentro de las múltiples guerras que temporalmente se asomaron por varias partes en nuestro siglo xx. Ejemplos cimeros los tenemos en Orwell, Hemingway o Kapuscinski, entre otros; un parentesco intelectual con otro escritor muerto prematuramente, Mark Twain, o el peso de los esfuerzos de su propia familia

simple y llanamente, caracterizaron la obra y el hacer del joven que nació el 22 de octubre de 1887, 23 años antes del inicio de la Revolución Mexicana, 30 años antes del inicio de la Rusa. John Reed, Juanito, Muchachito, Chatito, autor de dos libros a los que los pueblos de México y Rusia asumen como centrales y deben mucho, *México Insurgente*, y, *Diez días que estremecieron al mundo*.

Una marcada influencia sufrió de su padre, vivaz y hombre de buen humor, características que heredadas por el niño Reed, le permitieron enfrentar una difícil enfermedad infantil a los seis años de edad. De fértil imaginación, su estado de salud le llevó a encontrar en los libros un refugio y campo fértil para cultivar su propia imaginación. Pero la herencia no acabará allí. El culto por el valor, la respuesta a los ataques y cobardías con humor y determinación, llevaron a integrar la personalidad del naciente escritor, futuro cronista de dos revoluciones. Estudió en Harvard, amante de los deportes, enamorado, poeta y cuentista, a los 22 años manifiesta una marcada orientación por convertirse en periodista. Viaja en aquel entonces por Europa, donde conoció Inglaterra, España, Francia, Alemania, Grecia, Italia, Austria, antes de regresar a los Estados Unidos e instalarse en Nueva York. La huelga de los obreros textiles en Paterson fue preludio de la maduración de simpatías largamente cultivadas que, luego de la interrupción de la aventura en México, y después de ser testigo y escritor del nacimiento de la Unión Soviética, lo llevarán a ser señalado constante, con el adjetivo de periodista comprometido. Las luchas del padre en contra de los abusos en los aserraderos, un ambiente en Nueva York propicio para la difusión de simpatías hacia la Internacional Socialista como al Partido Social Demócrata alemán, entre otros, nos permite imaginar cómo se construyó la personalidad del autor notable de dos libros notables. De la huelga de Paterson, otra de sus escuelas, escribió por ejemplo:

Hay una guerra en Paterson, Nueva Jersey. Pero es un curioso tipo de guerra. Toda la violencia es obra de un bando: los dueños de las fábricas. Su servidumbre, la policía, golpea a hombres y mujeres que no ofrecen resistencia y atropella a multitudes respetuosas de la ley. Sus mercenarios a sueldo, los detectives armados, tirotean y matan a personas inocentes. Sus periódicos, el *Paterson Press* y el *Paterson Call*, incitan al crimen publicando incendiarios llamados a la violencia masiva contra los líderes de la huelga. Su herramienta, el juez penal Carroll, impone pesadas sentencias a los pacíficos obreros capturados por la red policiaca. Controlan de modo absoluto la policía, la prensa, los juzgados.¹

La historia no ha cambiado, la vida definida del lado de quien se esconde en la más elemental autoridad para justificar lo inane de su ser.

Afortunado testigo de dos momentos estelares de la humanidad, su vinculación con algunos de los caudillos más principales resulta sobradamente afortunada. Mucho de la imagen de Villa se lo debemos a él, como mucho de la imagen de Reed se la debemos a Robert A. Rosenstone, Friederich Katz, Renato Leduc, Juan de la Cabada, Alfredo Varela, y, por supuesto, a su propia leyenda, entre otras fuentes. En *México Insurgente* destaca la figura de Villa, y, felizmente, Villa es rescatado por muchos escritores que hacen de Reed una referencia constante. Ambas leyendas van de la mano, se sustentan y retroalimentan. Reed es un gringo joven, paisano del notable escritor Ambrose Bierce, al que Carlos Fuentes dedica su magnífica novela *Gringo viejo*, ambos aparecerán en la frontera norte del país. Uno venía a morir, la inmortalidad ya alcanzada, el viejo, el otro, a dejar testimonio de la vitalidad de una Revolución y sus excesos, de la lucha, su organización, trampas, amores y aventuras, ambas leyendas también en busca de una inmortalidad que nos debiese ser entrañable. Quizás el libro de Reed ha sido fuente para sustentar críticas

¹ John Reed, citado por Robert A. Rosenstone, *John Reed. Un revolucionario romántico*, México, Editorial Era, colección Claves, 1979, pp. 143 y 144.

y excesos, barbarismos y ternuras de nuestra Revolución, pero no debemos hacer un juicio pronto o fácil, como los que se cuelgan a los cubanos, y pensemos: ¿qué Revolución a lo largo y ancho del mundo todo ha estado libre de polvo y paja?

El periodista Renato Leduc, unos diez años más joven que Reed, escribió sobre él, dejándonos un retrato memorable. Simpático, joven, risueño, escritor de buenas crónicas, según el mexicano, forma parte de una serie de corresponsales americanos que vienen a cubrir las novedades de un país convulsionado. Madero ha abierto polémica y trazado un Plan, Díaz ha abandonado el país, Pascual Orozco se levanta en armas financiado por los grandes hacendados del norte, Zapata sufre un serio desencanto por parte del llamado “mártir de la democracia”, Carranza lanza proclamas constitucionalistas. Un país en insurgencia es al que llegó John Reed por la frontera norte en 1911, poco antes de que estallara en definitiva la verdadera Revolución, la verdadera lucha civil, tras el asesinato de Madero el 22 de febrero de 1913. Carranza y Zapata, a los que se sumó Pancho Villa, iniciaron la formidable revuelta en contra del usurpador en la presidencia, Victoriano Huerta. Leduc, decimos, lo refiere así:

Fue en esos días cuando vi llegar cinco o seis veces —unas en Ciudad Juárez y otras en Chihuahua— a la oficina de Telégrafos en la que yo trabajaba, a un joven periodista yanqui, alto, delgado, rubio, de pequeña nariz [...]. Llegaba acompañado de Darío Silva, uno de los ocho hombres que diez meses antes habían cruzado la frontera con Pancho Villa para levantar la Revolución en Chihuahua [...]. Darío Silva le arrebatava los telegramas, nos los entregaba y recomendaba: ‘Muchachos, los telegramas de Juanito por delante [...]’, ‘Muchachos, den preferencia a los telegramas de Johnny’. Después, dirigiéndose a él, le decía: ‘Vámonos, chatito [...]’.²

² Renato Leduc, “John Reed”, en *Historia de lo inmediato*, México, FCE y SEP, colección Lecturas Mexicanas, núm. 62, p. 14.

Hombre de todas las confianzas del General Francisco Villa, Reed pudo disponer así de una serie de apoyos y facilidades que le permitieron ver e intimar con algunos de los personajes más importantes de la División del Norte, en especial con su comandante en jefe, ya con grado de general, y llevarlos así a las páginas de los periódicos neoyorkinos. La descripción que de él hace, hacia finales de 1913, es sumamente famosa:

Es el ser humano más natural que he conocido, natural en el sentido de estar más cerca de un animal salvaje. Casi no dice nada y parece callado [...] desconfiado [...]. Si no sonríe da la impresión de amabilidad en todo menos en sus ojos, inteligentes como el infierno e igualmente inmisericordes. Los movimientos de sus piernas son torpes —siempre anduvo a caballo— pero los de sus manos y brazos son sencillos, graciosos y directos [...] es un hombre aterrador.³

Una leyenda comenzaba. Esos telegramas urgentes aparecerían en los diarios de los EUA. La leyenda se siguió construyendo al ser Villa objeto de filmaciones, películas, fotografías, escritos. Mucho antes de la invasión a Columbus en febrero de 1916, Villa despertó una buena parte de las simpatías de los americanos por ser una suerte de Robin Hood, claro que a la mexicana y en el siglo XX, con el periódico como elemento inseparable de la sociedad urbana americana. Fue una escuela para Reed el General Villa, escuela en la que se fogueó y preparó aquel joven delgado y simpático, cuyo nombre aparece perpetuado eternamente en uno de los muros del Kremlin, y no sin razón.

Leduc refiere que *México insurgente* no tuvo traducción al español hasta 1954. La colección “Sepan cuantos...” de la Casa Porrúa, no lo editó sino hasta 1982, y, por ejemplo, en su

³ John Reed, citado por Enrique Krauze, *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana (1910-1940)*, México, Tusquets editores, Colección Andanzas núm. 207, 2001.

célebre *Biografía del poder*, el doctor Enrique Krauze utilizó la edición en inglés. Resulta con sorpresa ser un autor casi desconocido en México, teniendo el beneplácito de ser biografiado por Robert A. Rosenstone, libro traducido por la editorial Era en 1979, con base en el original publicado en inglés hacia 1975. El mismo Leduc ofrece otra serie de datos de importancia:

Puede afirmarse que los relatos de *México insurgente* fueron los primeros trabajos de John Reed, si no dentro del periodismo en general cuando menos dentro del campo particular de la corresponsalía de guerra. Sus primeras armas las hizo en los campos de batalla de los guerrilleros mexicanos en los desiertos de Chihuahua: Ojinaga, Jiménez, Las Nieves (el país de Urbina), La Zarca, Yermo, Gómez Palacio [...]. El escritor mexicano José Mancisidor, en un artículo sobre Reed escrito hace veinticinco años, citando a Waldo Frank, refiere: 'Lo recuerdo [...] el año de 1917 en Nueva York [...] es un muchacho alto, sus mejillas son blandas, sus ojos tienen un candor casi femenino que contradice su boca enérgica y delgada [...]'. Y más abajo: 'Veo al trovador Jack Reed buscando a su princesa lejana por el mundo —México, Servia, Rusia—; a la dama de sus pensamientos, a la Revolución. Yo casi despreciaba a Jack en 1917. Discutíamos y no me convencían sus argumentos. Enviaba cuentos a la revista que yo editaba y no me gustaban mucho. Me parecían irreales sus méritos y su talento [...]'.⁴

El tiempo desmintió a Waldo Frank, y el peso histórico de las dos revoluciones en las que intervino, dimensionó con claridad su importancia y trascendencia como escritor.

Más un diario personal de una estancia entre villistas revolucionarios en el norte del país, reflejo de vivencias y anécdotas, semejante quizá al escrito con el nombre de *Tempestad sobre México*, que a la obediencia de los requerimientos propios de un periódico neoyorkino, se dejan ver en los escritos urgentes de este amigo de Villa, y es precisamente en ello donde

⁴ Leduc, *op. cit.*, p. 16.

se obtiene lo mejor de la naturaleza de Reed, del ambiente de la Revolución y de quienes la llevaron con orgullo a cuestras. Puente entre dos momentos, el de Reed y el nuestro, Leduc afirma su autoridad para hablar sobre el *México insurgente*:

Casi a todos los personajes que menciona Reed los conocí; todos los lugares que el recorrió en México los recorrí también en aquellos años apasionantes de Pancho Villa y la legendaria División del Norte.⁵

Pancho Villa significaba algo, la Revolución también, los principios enarbolados una esperanza. Sus actores, algo más conmovedor que cifras y números, deteniéndose frecuentemente en ellos:

Es imposible imaginar lo cerca que viven de la naturaleza; sus propias casas están construidas de la tierra que pisan, su alimento es el maíz que siembran, su ropa tejida de lana y sus huaraches de piel de novillo.⁶

Egresado de Harvard si bien es cierto, pero vinculado con todos los territorios intelectuales neoyorkinos, se lee muchas veces más a un novelista en ciernes que a un periodista casual. Ayuda su juventud, su simpatía por el socialismo, su convicción de que el mundo puede ser un lugar mucho mejor al que hemos construido, compromiso heredado quizá de Emerson, influjo seguro de los tiempos propios de la Internacional Socialista. Narrador casi impresionista, no duda nunca en hacer grandes referencias al medio geográfico. El desierto lo abrumba y quizá le fascina, la lucha y sus hombres le atraen, México y su gente también. Un pretexto meramente parece su condición de corresponsal de guerra, Leduc afirma que fue de los primeros, dedicándose a hacer referencias varias de lo

⁵ Leduc, *op. cit.*, p. 18.

⁶ John Reed, citado por Renato Leduc, *op. cit.*, p. 27.

que va pasando. Casi con humor, coloca hasta sus sentencias. La de Pascual Orozco: "Estimado y honorable señor. Si usted pone un pie en Ojinaga, lo colocaré ante el paredón y, con mi propia mano, tendré el gran placer de hacerle algunos agujeros en la espalda".⁷

Del paisaje pasa a la narración de los hechos, situación que no lo hace ser menos descriptivo: "Cientos de refugiados cruzaban el río; unos a caballo arreando ganado; algunos en pequeños vehículos, otros a pie. Los inspectores no se distinguían por su cortesía".⁸

La lucha de Villa, las contiendas y sus crónicas, despertaron la atención sobre México en aquellos lectores americanos de diarios, envueltos quizá en la nostalgia de las victorias en la Guerra de Secesión, en las luchas de la expansión norteamericana hacia el oeste. Sí la nostalgia, pero también la polémica sobre un tema por discutir, cimentado en los intereses económicos de no pocos norteamericanos en el norte de México, alimentaron la discusión sobre la pertinencia de una intervención militar. Ante tal panorama, y dentro de los primeros, probablemente Bierce no fue el único que se sintió motivado a buscar mejores aventuras en México. Las razones las explicita Carlos Fuentes, la Revolución debió de haber despertado el espíritu romántico de no pocos europeos y americanos. De Birce, Fuentes dice:

En 1913, el escritor norteamericano Ambrose Bierce, misántropo, periodista de la cadena Hearst y autor de hermosos cuentos sobre la Guerra de Secesión, se despidió de sus amigos con algunas cartas en las que, desmintiendo su reconocido vigor, se declaraba viejo y cansado. Sin embargo, en todas ellas se reservaba el derecho de escoger su manera de morir. La enfermedad y el accidente —por ejemplo, caerse de una escalera— le parecían indignas de él.

⁷ John Reed, *México insurgente*, México, Editorial Porrúa, colección "Sepan cuantos...", núm. 366, p. 4, 2001.

⁸ Reed, *op. cit.*, p. 5.

En cambio, ser ajusticiado ante un paredón mexicano [...].
'Ah —escribió en su última carta—, ser un gringo en México;
eso es eutanasia'.⁹

Entre quienes esperaban una intervención americana, encontraron eco a sus inclinaciones, misma que se realizó siguiendo el viejo camino mostrado por Cortés casi cuatrocientos años antes, esto es por el puerto de Veracruz y coronada en la Ciudad de México; pero esto ya es otra historia.

Los testimonios llueven por sus páginas. La naturaleza también. Las proclamas y sentimientos se universalizan. De un viejo peón obtiene un lúcido razonamiento:

¡La revolución es buena. Cuando concluya no tendremos hambre, nunca, nunca, si Dios es servido. Pero es larga y no tenemos alimentos que comer o ropa que ponernos. Porque el amo se ha ido lejos de la hacienda; no tenemos herramientas ni animales para trabajar y los soldados se llevan todo nuestro maíz y nuestro ganado! [...].

Reed le pregunta: ¿Por qué no pelean los pacíficos?, el peón responde:

Ellos no nos necesitan ahora. No tiene rifles ni caballos para nosotros. Están ganando. ¿Y quién los alimentará a ellos si nosotros no sembramos? No, señor. Pero si la Revolución pierde, entonces no habrá más pacíficos. Nos levantaremos con nuestros cuchillos y nuestros látigos. ¡La Revolución no puede perder [...].!¹⁰

Con esa manda narra combates, noches de fiesta, marchas con el ejército, ataques con artillería, entrevista a Carranza, informa la posición de los constitucionalistas ante el espinoso caso Benton, describe Durango, Valle Alegre, Chihuahua y

⁹ Carlos Fuentes, *Gringo viejo*, México, FCE, colección Tierra Firme, 1985, p. 189.

¹⁰ John Reed, *op. cit.*, p. 15.

sus salones de fiesta, la toma de Gómez Palacios, traslados a Torreón, Ciudad Juárez, siendo testigo de los haceres de campesinos, niños, ancianas generosas que, entre otras tareas, le dan de comer. El retrato, por ejemplo, que recoge en palabras de Madero del futuro líder constitucionalista es memorable, al igual que el de Villa ya anotado: “¡He aquí a un buen hombre! ¡Amadlo y estimadlo siempre!” Prosigue Reed:

Era Venustiano Carranza: un hombre de vida recta y altos ideales; un aristócrata, descendiente de la raza española dominante; un gran terrateniente, ya que sus familiares siempre habían sido grandes latifundistas, era uno de aquellos mexicanos generosos que, como en el caso de unos cuantos nobles como Lafayette en la Revolución Francesa, se habían entregado en cuerpo y alma a la lucha por la libertad. Cuando estalló la revolución de Madero, Carranza se fue al campo de batalla en una verdadera forma medieval. Armó a los peones que trabajaban en sus grandes haciendas, y los acaudilló para ir a la guerra como cualquier señor feudal; consumada la Revolución, Madero lo nombró gobernador de Coahuila.¹¹

Muchas páginas, muchas anécdotas, muchas ternuras. Ni Carranza ni Villa lo rechazaron, ni los campesinos y soldados tampoco. Cualidades de socialización muy útiles le serán para sus textos sobre la Revolución Rusa. Su biógrafo, Rosenstone, profesor del California Institute of Technology, refiere una vinculación entre el pasado de Reed, la relación con su propio padre y la Revolución Mexicana:

El ser aceptado por los revolucionarios mexicanos permitió a Reed volverse parte de algo limpio y significativo, tan importante como la batalla de su padre contra los intereses madereros. Sin perder su admiración por su padre, Charles Jerome Reed, no podía por menos de ver que los problemas en México eran más graves que los de Oregon. Quizás el fraude y la explotación brotaron del mismo impulso, el deseo de enriquecerse; pero como aprendiera en Paterson,

¹¹ John Reed, *op. cit.*, p. 197.

las consecuencias humanas de la segunda eran más devastadoras. En cierto modo, la situación al sur del Río Bravo era Paterson escrito en todo el rostro de una tierra: la explotación de los muchos por los muy pocos. Pero aquí había una situación donde no existían moralidad pequeño burguesa ni derechos constitucionales que frenaran el extremismo. El resultado era un amplio levantamiento que manchaba al país de sangre y destrucción. La vida misma era barata en tiempos de revolución, pero habiendo visto hombres que salían alegres a la batalla, habiendo estado él mismo bajo el fuego para aprender 'que las balas no son muy aterradoras, que el miedo a morir no es tan gran cosa', Reed comprendía que una causa puede ser más importante que la verdad. Iniciado como un trabajo, el viaje mexicano había devenido una rara experiencia que había servido para fundir la propia realización y las preocupaciones sociales. Reed no sólo había estado a la altura de su propia imagen de virilidad en situaciones de violencia y muerte, sino que también tenía ya un tema digno del compromiso literario total. Su obra no importaba únicamente como un medio de expresión propia, sino también porque sus palabras podían tener efecto en el mundo, podían influir sobre Estados Unidos y colaborar así a que sus amigos mexicanos triunfaran. Compuesto para auxiliar tanto a la revolución como a Reed mismo, México insurgente fue un tributo de gratitud al pueblo y al país que ayudaron a John Reed a 'encontrarse de nuevo'.¹²

Dignos valores, enormes fuentes de un escritor sumamente afortunado, al que, nunca estará por demás repetirlo, debemos mucho.

Diez días que conmovieron al mundo posee otro armado y otra estructura. Es un estilo muy distinto, aunque no deja de ser el trabajo de un joven ya sumamente maduro. Reed está por cumplir treinta y tres años, a tres de haber iniciado la Revolución Rusa. Lamentablemente, sabemos que su muerte se encuentra cercana.

Autor la más de las veces que escribe en primera persona, esta característica le facilitó siempre identificar a sus escritos con las mejores causas que narraba. La Revolución Rusa lo

¹² Robert Rosenstone, *op. cit.*, pp. 193 y 194.

absorbió: 1917, ya de regreso a Rusia en 1919, Trotsky, convive con él y con Lenin con cierta familiaridad, como en su momento lo hizo con Villa. *Diez días que estremecieron al mundo* ha sido ya publicada y el libro le ha ganado una buena dosis de fama, en la que Lenin, incluso, ofrece escribir un prólogo para futuras ediciones. Recorrió en 1920 como pudo Rusia, que era la gran incógnita para el mundo todo. La Policía Secreta comenzaba a fincar la mala reputación que le caracterizó durante toda la etapa socialista y ello fue preocupación de Reed, preocupación que motivo su salida de la Unión Soviética. Era el año de 1920. Enfermo quizá de tifus o influenza, su biógrafo ofrece una descripción de los últimos momentos de su vida:

Un lado de su cuerpo se paralizó, y no podía pronunciar palabra. En silencio, durante cinco días más, mientras su esposa rezaba a un Dios a quien ninguno de ambos creía y las enfermeras campesinas iban a encender velas en una capilla, Reed pareció luchar con el destino. Apartado de las palabras, esos símbolos humanos que definieron su ser y lo condujeron a la especie de vida que soñó de muchacho, vivía por entero en las mudas profundidades de la mente.¹³

Era la mañana del 17 de octubre, en Moscú.

Treinta y tres años, dos libros, muchos escritos, muchas ilusiones. Muchos sueños, al igual que la Revolución, pendientes por cumplir.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes, Carlos, *Gringo viejo*, México, FCE, colección Tierra Firme, 1985.

Krauze, Enrique, *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana (1910-1940)*, México, Tusquets editores, colección Andanzas, núm. 207, 2001.

¹³ Robert Rosenstone, *op. cit.*, p. 427.

- Leduc, Renato, "John Reed", en *Historia de lo inmediato*, México, FCE y SEP, colección Lecturas Mexicanas, núm. 62.
- Reed, John, *México insurgente*, México, Editorial Porrúa, colección "Sepan cuantos ...", núm. 366, 2001.
- Rosenstone, Robert A., *John Reed. Un revolucionario romántico*, México, Editorial Era, colección Claves, 1979.

La gran no novela de la Revolución Mexicana.

(Memorias de José Vasconcelos)

Oscar Mata Juárez*

Una vez que José Vasconcelos pudo finalizar su *Ética*, le vino la idea de escribir una novela. En esos tiempos, residía en España, gobernada por la Segunda República, tenía más de cincuenta años de edad y consagraba buena parte de sus esfuerzos a la edición de su célebre revista *La Antorcha*. Por varios años había acariciado la idea de escribir una *Estética*, obra para la cual había recopilado bastante material durante sus periplos por el ancho mundo.

Y para darme un descanso, y también para ver el asunto entero con mayor perspectiva, decidí no comenzar desde luego la *Estética*. Entre ella y la *Ética*, lanzaría un libro que desde hacía tiempo deseaba componer. Una novela y ¿cuál mejor que la de las propias andanzas y pasiones? [...] Comencé a borrar el *Ulises Criollo*.¹

El resultado no fue una novela, sino los cuatro tomos que componen las memorias de José Vasconcelos, una autobiografía de casi tres mil apretadas páginas, que conforman el más vasto testimonio de las diversas etapas de la Revolución Mexicana. *El Ulises criollo*, *La tormenta*, *El desastre* y *El proconsulado* conforman una obra en que la realidad supera a la fantasía. Si tres siglos antes, cuando los conquistadores en-

* Profesor-Investigador del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

¹ José Vasconcelos, *El proconsulado*, 3ª ed., México, Ediciones Botas, 1945.

traron en contacto con el mundo mesoamericano, la escritura de novelas, ese género plagado de fantasías y elementos alejados de la realidad, fue innecesaria debido a las maravillas que atesoraba ese mundo nuevo, en el caso de José Vasconcelos no fue preciso inventar o retocar hecho alguno, pues la gesta revolucionaria y las actuaciones de sus principales protagonistas superaron con creces cualquier trama inventada por el más fantasioso de los novelistas.

José Vasconcelos, como los cronistas españoles, se concretó a contar lo que había vivido, lo que le constaba, pues lo había experimentado en carne propia. Sabido es que una de las características de la llamada “Novela de la Revolución”, que lo mismo se compone de novelas que de cuentos o de simples narraciones, es que fue escrita por testigos, por personas que vivieron los hechos que refieren en sus obras, y quizás a ningún mexicano le tocó vivir tan de cerca, como a José Vasconcelos varios de los momentos más significativos para México en el periodo que va de 1909 a 1929. En efecto, uno de los aspectos fundamentales de la narrativa de la Revolución es su carácter testimonial, terreno en el que ningún autor iguala a José Vasconcelos, pues el oaxaqueño es el único autor de la llamada “Novela de la Revolución” que ofrece un panorama completo de la gesta revolucionaria, ya que lo mismo estuvo con Madero durante su campaña, que con los principales caudillos (Carranza, Obregón) durante la lucha armada y fue integrante de los gobiernos emanados de la Revolución, primero el de la Convención de Aguascalientes y después el de Álvaro Obregón. Finalmente, en su calidad de candidato a la presidencia de la República, fue contrincante del recién fundado Partido Nacional Revolucionario y víctima de las marrullerías electorales del gobierno “emanado de la Revolución”. En su doble calidad de testigo y protagonista de la Revolución Mexicana las memorias de José Vasconcelos vienen a ser un mural narrativo que no desmerece

junto a las obras que Orozco, Montenegro y Rivera plasmaron en varios de nuestros principales edificios públicos durante la gestión del maestro de América como secretario de Educación Pública.

La renuncia -o remoción- del Ingeniero Pascual Ortiz Rubio a la presidencia de la república, el 2 de septiembre de 1932, parece haber sido el acicate para que Vasconcelos redactara sus memorias. Ortiz Rubio lo había derrotado en noviembre de 1929 en unas elecciones plagadas de irregularidades, a las que muchos califican de fraudulentas, que no fueron sino una muestra del poder del Jefe Máximo, Plutarco Elías Calles, y el surgimiento del Partido Nacional Revolucionario, después Partido de la Revolución Mexicana y Partido Revolucionario Institucional, que gobernó México casi setenta años. No bien Pascual Ortiz Rubio abandona la silla presidencial, en la que según sus propias palabras era “sostenido por las bayonetas del ejército mexicano”, su antiguo contrincante, en el norte de España, concretamente en Asturias, se sienta a escribir el *Ulises Criollo*, que termina el verano de 1934; toda una hazaña, pues se trata de una obra de más de cien mil palabras. La renuncia de Ortiz Rubio le daba la razón a Vasconcelos en el sentido de que su derrota electoral se había debido a una imposición, a un fraude y se propuso contar su verdad, toda su verdad.

Sólo el último tercio del *Ulises Criollo* (*la vida del autor escrita por él mismo*)² se refiere a la Revolución Mexicana. En las primeras páginas el oaxaqueño evoca su infancia y los viajes que toda la familia Vasconcelos Calderón debió hacer a lo largo de la República, pues su señor padre era un honrado y eficiente funcionario aduanal. Sobresale su experiencia en la frontera con los Estados Unidos, concretamente en Piedras Negras, Coahuila, y Eagle Pass, Texas, donde no puede dejar

² José Vasconcelos, *Ulises criollo*, 9ª ed., México, Ediciones Botas, 1945, 446 pp.

de advertir los adelantos de la población sajona en tanto que la mexicana permanece estancada, sin avances ni cambios positivos. Si infancia es destino, la vida de Vasconcelos quedó signada por los viajes, la mayoría necesarios, no voluntarios, y por su animadversión a los Estados Unidos de América. En 1907 obtuvo su título profesional e instaló su despacho en las calles de Isabel la Católica. Muy pronto se convirtió en un próspero abogado, cuyas entradas crecían, poseía casa propia, tenía el porvenir seguro y se daba la gran vida en la Ciudad de México, que presumía de ser “un pequeño París”. En octubre de 1909 fundó en compañía de jóvenes como Alfonso Reyes, Julio Torri, Martín Luis Guzmán y Alfonso Caso, entre otros, el Ateneo de la Juventud, una asociación cuyo propósito consistía en trabajar en pro de la cultura en México, un país con casi 80% de analfabetos. En lo personal, el licenciado Vasconcelos no tenía mayor motivo de queja contra el régimen porfirista, aunque estaba consciente de que su auge de súbito podía cambiar. De la noche a la mañana se convirtió en un “exaltado” seguidor de Francisco I. Madero. Vasconcelos acuñó el lema “Sufragio efectivo y no reelección”, esgrimido por Francisco I. Madero durante su campaña presidencial en contra del dictador; también editó el semanario *El Antireeleccionista* que fue leído en todo el país. Un artículo en contra del dictador lo obligó a abandonar el país y pasar tres meses en Nueva York, donde se ganó la vida como oficinista, redactando y traduciendo cartas comerciales. Fue el primero de cuatro exilios.

La única desazón en el cruce de la línea divisoria era el contraste del bienestar, la libertad, la sonrisa que eran regla en el lado anglosajón, y la miseria, el recelo, el gesto policiaco que siguen siendo la regla del lado mexicano.³

³ *Ibid.*, p. 329.

Los capítulos finales de *Ulises criollo* giran en torno a la figura de Madero. José Vasconcelos y Francisco I. Madero simpatizaron desde un principio. En el *Ulises criollo* y en toda la obra vasconceliana no hay sino elogios para “El apóstol de la democracia”, de hecho es el único personaje a quien siempre alaba.

No era Madero un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el progreso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos. No era anticlerical ni jacobino y sí liberal tolerante con programa agrario. Creía en el poder del espíritu sobre el complejo de las cosas y los sucesos. Era, en suma, una de esas figuras llamadas a forjar la Historia, en vez de seguir sus vericuetos oscuros.⁴

Vasconcelos no dudó en arriesgar su privilegiada posición social por seguirlo, pues vio en su causa “la regeneración de la patria”:

[...] no se movió el país por desesperación y sí por anhelo de un mejoramiento espiritual” [...] Por ansia de libertades y por encono contra quienes aprovechaban la influencia social en sus negocios particulares, México respondió al llamado maderista [...]. Al maderismo concurrieron los patriotas, quedando reducidos a ignorancia matones y logreros.⁵

Aunque rechazó el ofrecimiento del presidente Madero de para ser subsecretario de Justicia, solían reunirse durante los meses que el coahuilense fue el primer mandatario de la nación. Vasconcelos lo alertó acerca de las intromisiones del embajador norteamericano Henry Lane Wilson, un borrachín que se entendió con otro borrachín llamado Victoriano Huerta. Madero le respondió que sólo esperaba que Woodrow

⁴ *Ibid.*, p. 346.

⁵ *Ibid.*, p. 316.

Wilson, su amigo, asumiera el poder para solicitarle que nombrara un nuevo embajador. Sin embargo, para su desgracia, la asonada golpista se llevó a cabo justo una semana antes de que Taft concluyera su gestión como presidente de los Estados Unidos de América. El capítulo final del *Ulises criollo*, “El averno”, cuenta el cuartelazo del chalal.

La segunda entrega de las memorias, *La tormenta*,⁶ consigna sucesos ocurridos de marzo de 1913 a julio de 1920, el periodo más violento y conflictivo de la Revolución. El volumen abarca desde el inicio de los levantamientos contra el usurpador hasta la toma de posesión de Vasconcelos como rector de la Universidad Nacional y es una verdadera novela de aventuras, en la que no faltan las pinceladas de surrealismo a la mexicana, con sus respectivas dosis de humor. Y para muestra un botón: en su tercer intento, el felicista (seguidor de Félix Díaz, sobrino de Porfirio Díaz) Pancho Chávez por fin logró apresar a Vasconcelos, a pocas cuadras de su domicilio en Tacubaya. Como sus captores no tenían auto, con Vasconcelos bien sujeto, simplemente abordaron el tranvía, que condujo a todos al centro de la ciudad; en la penitenciaría, Chávez mandó traer la comida, abundante y generosamente rociada de buen vino, del restaurante Colón y la probó para demostrarle a su prisionero que no estaba envenenada. Días después lo llevó a Palacio Nacional, donde Victoriano Huerta lo “invitó” a que lo ayudara en su empresa de pacificar al país, permaneciendo al frente de su despacho de abogado; acto seguido lo dejó en libertad, diciéndole “vaya con Dios”.⁷

Con tal “bendición” auestas, Vasconcelos no dudó en poner tierra de por medio y, con la ayuda de un ferrocarrilero, pudo trasladarse al extranjero. Fue un exilio europeo, lleno de excursiones y visitas a museos, compartido con Adriana,

⁶ José Vasconcelos, *La tormenta* (segunda parte de *Ulises criollo*), 7ª ed., México, Ediciones Botas, 1948, 597 pp.

⁷ Cfr. “Ahora soy de Coahuila”, en *Ibid.*, pp. 20-27.

acaso la mujer a quien más quiso. En Londres trató de impedir que se otorgara un empréstito a Huerta y en París logró que no se comprasen bonos emitidos por el gobierno del usurpador. En España se enteró de que los revolucionarios han tomado Matamoros y decidió regresar a México. Pronto entró en contacto con los principales jefes revolucionarios y entre los aspectos más interesantes de sus memorias sobresalen las opiniones que ellos le merecieron.

Desde un principio Vasconcelos notó que Carranza se rodeó de mediocres y jovencuelos. Don Venustiano era “de dotes bien modestas”, “vacilante”, con una “inteligencia corta”, pero siempre fue un patriota, amén de hombre de buena fe.⁸ Era engréido, indeciso, prolongó la Revolución que se hubiera consumado en menos tiempo. En 1914, la disyuntiva entre los revolucionarios estribaba en seguir a Carranza o a Villa; Vasconcelos optó por el primero, pues Villa era “una fiera con ametralladoras y cañones”, aunque reconoció que las victorias villistas posibilitaron la continuación de la lucha contra Huerta. Carranza lo nombró director de la Escuela Nacional Preparatoria, puesto que sólo ocupó “más o menos dos semanas”, ya que se hizo acreedor a un cese fulminante por no manifestar públicamente su apoyo al “Primer Jefe”, quien mostró su verdadero rostro ordenando su encarcelamiento por el “delito” de no ser su incondicional (en una acción novelesca, Vasconcelos escapó de la prisión descolgándose con unas sábanas). De esta forma “el oscuro senador de la dictadura” que se volvía dictadorzuelo perdió a uno de sus mejores colaboradores y ganó a uno de sus principales críticos. Vasconcelos acuñó la palabra “carranclán”, “pura matraca y ruido en la acción, pero voraces en el saqueo”,⁹ que empezó a escucharse en la Convención de Aguascalientes y muy pronto se repitió en todo el país.

⁸ *Ibid.*, p. 72.

⁹ *Ibid.*, p. 189.

En tierras hidrocálidas y en el marco de la Convención, a la cual llegó en el tren militar del general Ángeles, el gran ausente en el cuartelazo de la Ciudadela y en las batallas de Celaya, Vasconcelos conoció a Francisco Villa, quien por conducto de Martín Luis Guzmán lo invitó a cenar.

Sin habernos visto jamás las caras éramos viejos conocidos, desde la época del maderismo. Y se portó muy gentil, me hizo sentar a su lado, me acariciaba casi por el hombro:

-¡ Cuánto gusto de verlo! Pensamos mucho en Ud. cuando lo apresó Carranza. ¿Por qué no se vino antes?

Por mi parte lo trataba con simpatía. No había llegado aún al escándalo de sus excesos posteriores y yo recordaba: 'Debemos al esfuerzo de este hombre el estar de nuevo en la patria'.¹⁰

Pancho Villa le resultó fastidioso, pues sólo hablaba de sí mismo, ante el embeleso de su corte de pistoleros. Parte de su leyenda lo pintaba como un hombre que no fumaba ni bebía alcohol, lo cual era cierto. Durante la cena, Vasconcelos se enteró de un detalle digno de mención: "-Ahora ya me he vuelto otro; usted no se imagina, Licenciado, lo que era yo antes; pero ahora, desde que ya no como carne, se me ha quitado lo sanguinario (...)"¹¹

Cuando finalizaba la velada, Villa lo llevó aparte para ofrecerle diez mil pesos, pues pensaba que andaba escaso de fondos. Vasconcelos percibió en el ofrecimiento sinceridad y simpatía, pero lo rechazó pues no necesitaba ese dinero y tampoco quería comprometerse con él. Vasconcelos consideró a Francisco Villa un sanguinario asesino. Sin embargo, no dejó de reconocer la nobleza del Centauro del Norte, quien no intentó vengarse de Francisco I. Madero por haber ordenado que lo encarcelaran en Ciudad Juárez. También alabó su comportamiento al final del periodo armado, cuando se retiró

¹⁰ *Ibid.*, p. 183.

¹¹ *Ibid.*, p. 184.

a su hacienda en Chihuahua, desde la cual le dirigió no pocas misivas, en los años que Vasconcelos fue secretario de Educación Pública, solicitándole libros y cuadernos para educar a los niños de su tierra. El día que se enteró de su cobarde asesinato, no dudó en atribuir el hecho a la dupla Calles-Obregón, quienes sabían que el jefe de la División del Norte se hubiera levantado en armas para impedir la reelección de Álvaro Obregón.

Vasconcelos trató pocas veces a Emiliano Zapata, siempre de manera cordial y distante; en *La tormenta* denuncia que los principales jefes zapatistas, empezando por Emiliano, se habían adjudicado un rancho o una hacienda, antaño porfiristas, que a la caída del zapatismo fueron a parar a manos de carranclanes.¹² El Plan de Ayala, para el oaxaqueño, era una simple “transcripción del Plan de San Luis, formulado por Madero”, con unos pocos encabezados hechos por un “maestrillo Montaña”, que se convirtió en la eminencia gris del bando zapatista, al cual se apresuraron a unirse en calidad de consejeros antiguos porfiristas; como dato curioso refiere que los soldados zapatistas acuñaron el término “quebrar” para indicar que habían matado a alguien.¹³

En noviembre de 1914, Vasconcelos fue comisionado para comunicar al general Francisco Villa que la Convención de Aguascalientes le había retirado el mando de tropas, lo cual aceptó, tragándose su ira, de dientes para fuera.

-¡Dígales [...], dígales Ud. que Pancho Villa se va [...] les dejo todo [...] esta división que yo he formado [...] No me llevaré sino veinte hombres [...] Organicen ustedes su gobierno, pero eso sí [...] se los advierto; Presidente municipal que yo les capture [...] lo cuelgo!¹⁴

¹² *Ibid.*, p. 152.

¹³ *Ibid.*, p. 185.

¹⁴ *Ibid.*, p. 193.

Sin embargo, al poco tiempo, cuando en vez de acatar los acuerdos de la Convención, Venustiano Carranza los desconoció, y Álvaro Obregón, traicionando lo pactado en Aguascalientes, se puso de su lado, el presidente Eulalio Gutiérrez se vio obligado a nombrarlo jefe de Operaciones Militares, lo que significó que Villa volviera a cometer toda clase de atropellos, que desprestigiaban al ya de por sí débil gobierno de la Convención; a Vasconcelos los fusilamientos le recordaban los ritos aztecas en honor a Huichilobos. Él había sido el responsable de la redacción de los documentos que buscaron darle legalidad y soberanía a la Convención de Aguascalientes y enunciaron la finalidad política y la finalidad económica de la Revolución; dentro del caos revolucionario, estaba consciente del papel que jugaba en su calidad de hombre de ideas.

Pertenecía [...] a la clase media profesional que inventa, posee y administra los tesoros de la cultura en todas las latitudes. Verdadera aristocracia del espíritu, se halla esta clase colocada entre la rudeza y la incompetencia de los de abajo y la corrupción, el estulto egoísmo de los de arriba. Desventurado el pueblo en que la clase nuestra no domina, no impone la orientación y el sistema.¹⁵

Muy pronto la situación del gobierno convencionalista fue insostenible y Vasconcelos se convirtió en un “ministro a caballo”, obligado a recorrer territorio carranclán, dominado por tropas fieles a Carranza, lejos de los caminos. En compañía de Adriana y de algunos militares fieles al gobierno de Eulalio Gutiérrez, cabalgó desde la Ciudad de México hasta el norte de Tamaulipas, durmiendo bastantes veces a la intemperie y cruzó la frontera “de mojado”. En el camino, se enteró de las ejecuciones de militares fieles a la Convención, fusilados por órdenes de Carranza, quien resultaba peor que Villa, pues asesinaba a distancia, no peleando. El fracaso de la Convención, debido a las traiciones a sus principios, con-

¹⁵ *Ibid.*, p. 200.

virtió a la Revolución Mexicana en caos y piratería. Tras el triunfo de Obregón sobre Villa, Venustiano Carranza —con tal de obtener el reconocimiento de Washington— dio facilidades para que los norteamericanos intervinieran en los asuntos de nuestro país, que de esta manera empezó a convertirse en una mera extensión de Texas.

Mientras en suelo mexicano se desarrollaba la lucha armada, José Vasconcelos vivió toda una novela en los casi cuatro años que pasó en el extranjero. Por principio de cuentas llevó una vida de estudiante en la ciudad de Nueva York: lecturas de los griegos, escritura de nuevos textos y asistencia a museos y conciertos en compañía de Adriana, quien pronto fue presa del aburrimiento. Para cambiar de aires, Vasconcelos aceptó un empleo en un instituto que ofrecía estudios por correspondencia, con sede en Lima, Perú. Ahí se enteró del asalto de Villa a Columbus, el 9 de marzo de 1916, y no dejaba de pensar en su país, que empezaba a depender en exceso de su vecino del norte.

Y a menudo las colonias se quedan en colonias y aún bendicen al Imperio, precisamente porque la sumisión al extranjero suele librarlas de la ferocidad nativa [...]. Por eso en la historia se ve que la soberanía únicamente la conservan los pueblos que saben darse un régimen interior decente.¹⁶

En Lima vivió con Adriana en pensiones familiares; no pusieron casa, pues él esperaba el momento de regresar a México. Harta de esta situación y aburrida por la inactividad, Adriana lo abandonó; un dolido Vasconcelos probó el opio, bajo la férula del poeta Pedro Abraham Valdelomar, y leyó a Lope de Vega, maestro del dolor amoroso. Como fue incapaz de olvidarla, renunció a su empleo para ir a buscarla. Un atribulado viaje lo condujo a Panamá y a Kingston, donde perdió

¹⁶ *Ibid.*, p. 377.

el barco que lo llevaría a Santiago de Cuba, por lo que se vio forzado a abordar una barcaza que transportaba negros jamaquinos a Cuba; cuando al fin pudo localizar a su amada en Nueva York, ella tenía una nueva pareja, un norteamericano, sal en la herida, con quien meses después contraería matrimonio.

Mucho tiempo transcurrió antes de que Vasconcelos se recuperara de ese golpe. Primero se alejó, yendo a reunirse con su familia a San Antonio, Texas. Como el mal persistía, unos amigos le consiguieron un empleo en una notaria en La Habana; sin embargo, intempestivamente decidió regresar a México para reunirse a Eulalio Gutiérrez, quien se había levantado en armas contra Carranza. Intentó cruzar la frontera disfrazado de operario, pero alguien lo denunció y, tras salvarse de ser víctima de las balas de los *rangers*, se vio forzado a refugiarse en el rancho de un caballero texano, apellidado Watkins, amigo de mexicanos anticarrancistas. En los días que permaneció ahí escondido se percató que los campesinos mexicanos se creen predestinados al trabajo servil, como parías. En vista de que resultaba imposible entrar en territorio mexicano, decidió regresar a Nueva Orleans, con el fin de embarcarse rumbo a La Habana, donde trabajaría de ayudante de notario, con lo cual su precaria situación económica mejoraría. Sin embargo, la víspera de su partida fue contactado por unos norteamericanos que deseaban comprar unos barcos alemanes abandonados en el mar de Cortés. Este empleo le permitió fortalecer sus finanzas y vivir a todo lujo, pues sus patrones pertenecían a familias muy acaudaladas. El armisticio de 1918 frustró el negocio cuando estaba a punto de concretarse, pero sus altos ingresos de ese tiempo permitieron a Vasconcelos vivir unos meses sin otra preocupación que la escritura de sus *Estudios indostanos*. Además, en tierras californianas tuvo conocimiento de la idea del escritor ruso Máximo Gorki, un huérfano autodidacta, de educar al pueblo

a través de la lectura de los clásicos, que Lunacharsky estaba poniendo en práctica en la Unión Soviética.

Y mientras Vasconcelos escribía y lograba olvidarse de Adriana gracias a una española llamada Sol, en México se producía la caída de Venustiano Carranza, con la proclamación del Plan de Agua Prieta, el 24 de abril de 1920, que lo desconocía como presidente y su asesinato el 21 de mayo en Tlaxcalantongo. Según Vasconcelos, Venustiano Carranza resultó nefasto para la nación, ya que abrió las puertas para la influencia decisiva de los norteamericanos en los asuntos de México, una lacra que inexorablemente ha ido en aumento... El 24 de mayo Adolfo de la Huerta fue designado presidente provisional. Uno de sus primeros actos fue llamar a Vasconcelos, por conducto de Antonio Villarreal. Viajaron en tren de California a la Ciudad de México, vía Monterrey; a su llegada, en la estación los esperaba el general Obregón. Si bien Adolfo de la Huerta lo nombró director del Departamento Universitario y de Bellas Artes, la verdadera relación de José Vasconcelos como secretario de Educación Pública de México fue con Álvaro Obregón; se trató de la relación de un hombre de letras con un hombre de armas, cuyas ideas acerca del poder y su uso coincidieron durante casi cinco años.

Vasconcelos conoció a Álvaro Obregón, recién ascendido a general, en Sonora, en 1914.¹⁷ Le decían “El cabecilla Obregón”, era respetado y no pocos lo consideraban el jefe militar de la Revolución. Invitó a Vasconcelos a seguirlo al sur, pero Vasconcelos prefirió informar y dar cuenta de sus gestiones al jefe del movimiento, Carranza, e instalar a su familia en San Antonio, Texas. “Obregón era muy simpático en su trato, muy inteligente (...) en pleno poder se mantuvo siempre correcto”.¹⁸ Vasconcelos reconoció su gran mérito.

¹⁷ *Ibid.*, p. 80.

¹⁸ *Ibid.*, p. 566.

El secreto del éxito de Obregón estuvo en que siendo militar afamado que pudo dar el cuartelazo, prefirió lanzarse a las penalidades de una campaña democrática, como lo hiciera Madero, y sólo después de que se vio evidente el fraude, recurrió a la sublevación, para contestar, como no puede dejar de hacerse en política, la fuerza con la fuerza.¹⁹

Álvaro Obregón viajó a Los Ángeles para solicitar el apoyo del oaxaqueño en la campaña democrática que eventualmente lo llevaría a la presidencia de la República.

Una sola pregunta hice yo a Obregón antes de ofrecerle apoyo:

-¿Seguirá usted hasta el fin, como Madero, o aceptara usted una derrota indigna [...] por lealtad al Primer Jefe? Pues, -añadí-, no queremos que se repita lo de Aguascalientes [...].

En Aguascalientes, como ya se sabe, Obregón se comprometió a derrocar a Carranza; después se hizo su brazo armado.

Obregón no hizo “mea culpa”, ni tampoco se puso arrogante; con su ingenio natural, se salió de la situación difícil en que lo ponía mi pregunta [...] y replicó

-Mire, Licenciado; vamos olvidando el pasado [...] Ahora les prometo a todos [...] que haremos las cosas bien; no quedarán descontentos [...].²⁰

Y nunca se han hecho mejor las cosas en México, en lo referente a la educación pública, que en el periodo que va de junio de 1920 a julio de 1924. La primera parte de *El desastre*²¹ está consagrada a “la bella opera de acción social”, como llamó el poeta Gabriel D’Annunzio al plan educativo de José Vasconcelos, puesto en práctica con celeridad y eficiencia a

¹⁹ *Ibid.*, p. 567.

²⁰ *Ibid.*, pp. 565-566.

²¹ José Vasconcelos, *El desastre* (tercera parte de *Ulises criollo*, continuación de *La tormenta*), 5ª ed., México, Ediciones Botas, 1951, 691 pp.

todo lo largo y ancho de la República Mexicana. El exaltado maderista se convirtió en el atrabiliario secretario de Educación Pública que lo mismo construía escuelas que editaba a los clásicos, multiplicaba el número de bibliotecas públicas y lograba que muchos mexicanos enseñaran a leer y a escribir a quienes no sabían. Nunca como entonces aumentó el porcentaje de alumnos inscritos en primaria ni descendió el número de mexicanos analfabetos, también dio principio la tarea de educar al indígena en su calidad de mexicano para que éste se incorporara a la sociedad. Se trató de una monumental empresa nacional en la que lo mismo participaron creadores de la talla de Diego Rivera y sus compañeros muralistas, jóvenes intelectuales como Jaime Torres Bodet, que modestos artesanos, formados en los talleres de la SEP, que fabricaron los pupitres y el resto del mobiliario escolar. En más de una forma, todo México, la nación entera, participó en “la aventura de regenerar a un pueblo por la escuela”.

¡Peste es la ignorancia que enferma el alma de las masas! La mejor acción de patriotismo consiste en que enseñe a leer, todo el que sabe, a quien no sabe. Y se vieron clases privadas en que las amas de casa reunían a los criados propios y a los vecinos para enseñarles a leer. En las plazas públicas, al anochecer, celebrábamos verdaderos mítines. Con ayuda de las orquestas populares del departamento de Bellas Artes, convocábamos a la multitud. En seguida se alzaba al aire libre el pizarrón y sobre plataforma improvisada daba la maestra de primeras letras su lección. El cine también ayudaba proyectando frases, explicando giros a la vez que las películas científicas o de viajes retenían a las masas.²²

Justo es señalar que Obregón brindó total apoyo a la obra vasconcelista, con significativos aumentos presupuestales y su respaldo a la iniciativa de que la educación pública se volviera federal. La asociación entre ambos rindió espléndidos, excepcionales frutos para el país, durante la Edad de Oro de

²² *Ibid.*, p. 138.

la educación pública en México. Vasconcelos refiere que más de una ocasión hablaron de salir juntos del poder, al término de su periodo. Sin embargo, el único general mexicano que ganó todas las batallas en las cuales intervino, no se sentía seguro respecto a su porvenir:

-Licenciado: usted puede retirarse porque tiene su profesión y puede vivir bien de ella, pero ¿qué voy a hacer yo, manco y cargado de compromisos de familia y de parentescos?

Le manifesté que le sobraba talento para ganarse la vida y que si daba el ejemplo de respetar el voto, se haría un Patriarca nacional y, en caso necesario, el jefe poderoso de la oposición.²³

Lejos de ello, Obregón inició la nefasta costumbre presidencial de imponer a su sucesor, que no fue otro que su paisano y secretario de gobernación, Plutarco Elías Calles, despreciado por sus pares, ya que jamás ganó una sola batalla, y temido por el resto del gabinete por sus prácticas sucias. Vasconcelos se refería a él con las siguientes expresiones: “su tipo era macabro”, “salvaje”, “canalla”, “bandido embozado”. Antonio Villareal hizo ver a Vasconcelos que Obregón se había vuelto corrupto y, como astuto militar que era, con la imposición de Calles aseguraba su futuro.

-[...] Obregón ha dispuesto para él y para sus amigos [...] quince millones de pesos de la Caja de Préstamos, el banco del Gobierno, y no puede tolerar, sin perderse, que un enemigo tome después de él el mando, porque lo exhibiría, le reclamaría esos dineros. Averigüe si esto es cierto y verá [...]. Convénzase usted, —añadió—; el impositonista es Obregón; a Calles mismo sería fácil hacerlo desistir porque es hombre débil, pero eso es lo que quiere Obregón; uno que no pueda mañana enfrentársele; por eso ha elegido a Calles.²⁴

²³ *Ibid.*, p. 153.

²⁴ *Ibid.*, p. 210.

De esta forma se inició el desastre revolucionario, con Obregón “todo astucia, decisión y claridad de propósito” controlando el tinglado: jefe militar de zona que no manifestaba su adhesión a Calles era removido y caía en desgracia. Algunos generales inconformes se sublevaron: Rómulo Figueroa, en Guerrero, secundado por J. Guadalupe Sánchez en Veracruz y Enrique Estrada en Jalisco; meras llamaradas de petate. El 4 de enero, en Mérida, fuerzas federales se alzaron en armas en favor de Adolfo de la Huerta, hombre honrado con aspiraciones presidenciales, no apoyadas por Vasconcelos, convencido de que el sucesor de Obregón no debía ser un miembro de su gabinete, además de la Huerta había sido presidente de la República, presidente provisional, pero al fin y al cabo presidente. La rebelión fue sofocada en pocos meses. El primero de julio de 1924, se llevaron a cabo elecciones generales para presidente y el día 11 las juntas encargadas del cómputo de votos declararon que el general Plutarco Elías Calles había obtenido la mayoría. Semanas antes, José Vasconcelos había presentado por segunda ocasión su renuncia, la primera fue el 24 de enero de 1924, que en esta ocasión sí le fue aceptada, para presentarse como candidato al gobierno de su estado natal, Oaxaca; salió derrotado, más por culpa de Obregón que por los votos a favor del candidato oficial. Así demostraba una vez más su visión de estrategia, pues bien sabía que en el momento en que los civiles tomaran el poder, a los militares no les quedaría otra que regresar a los cuarteles.

Tras su derrota, Vasconcelos abandonó el país, dando inicio a su tercer exilio. *El desastre*, en su segunda parte, consigna sus viajes por América Latina, donde fue recibido con honores, a pesar de que ya no tenía un cargo oficial. Lo cierto es que los latinoamericanos nunca dejaron de considerarlo “El maestro de América” y en cada ciudad que visitaba una banda de música le daba la bienvenida y, posteriormente, el teatro de la localidad se llenaba de un público que atento escuchaba sus

conferencias sobre la necesaria unión de los pueblos hispano-americanos. De esta manera logró subsistir un tiempo, hasta que las presiones del callismo le fueron cerrando puertas, por lo que se trasladó a España, “mi España”, el país de sus admiraciones y fervores, y de ahí a Francia e Italia, mitad como turista solitario, mitad como intelectual que intercambia ideas y puntos de vista con sus colegas latinoamericanos en misiones diplomáticas, como Alfonso Reyes, su compañero en el Ateneo de la Juventud. Ciertamente estas páginas no tienen el brío de las iniciales, llenas de intensidad, que sólo vuelve a aparecer cuando en las lejanías europeas se entera de las atrocidades de la dupla sonoreense, en especial de Calles, un rufián con fama de socialista, que protestaba en público contra los norteamericanos, pero en la práctica cumplía con todas sus exigencias.

Y atrás, o encima de él, un Álvaro Obregón corrupto que se convertía en latifundista y presionaba a su sucesor, so pena de levantarse en armas, para que la nueva vía del ferrocarril pasara por esas tierras mal habidas. Sin embargo, no dejaba de haber signos esperanzadores.

Me consolaba saber que en México se hallaban rebelados los yaquis, los mismos que le habían dado su poder al obregonismo. No le perdonaban a Obregón la imposición de Calles. Pronto crecería la rebelión y regresaríamos todos a la patria, a barrer el callismo.²⁵

La ocasión se presentó en septiembre de 1928: después del asesinato de Obregón, Calles anunció su retiro a la vida privada, con lo cual, en apariencia, se abstenía de intervenir en la sucesión presidencial, pues según afirmaba el país había dejado atrás la etapa de los caudillos para entrar en la era de las instituciones. *El proconsulado*,²⁶ cuarta entrega de sus me-

²⁵ *Ibid.*, p. 573.

²⁶ José Vasconcelos, *El proconsulado* (cuarta parte de *Ulises criollo*), 3ª ed., México, Ediciones Botas, 1946, 653 pp.

morias, refiere la campaña presidencial de José Vasconcelos. En ese tiempo, con 56 años de edad, residía en California y se ganaba la vida como profesor universitario, impartiendo la cátedra de Sociología Hispanoamericana, profesión que antes había desempeñado en Chicago. En Los Ángeles, por ese entonces lugar de residencia de 200 mil mexicanos, tomó forma la candidatura que, en palabras de su abanderado, “prometía congregar a los mexicanos bajo la bandera del trabajo y la cultura”.²⁷ Para recaudar fondos, las logias de la Alianza Hispanoamericana organizaron bailes y actos de propaganda, que aumentan con las contribuciones espontáneas de connacionales exiliados tras la traición a los principios de la Revolución Mexicana. En 1928 la situación imperante en México era la confusión: el país había roto sus viejos moldes, pero carecía de unos nuevos. Para Vasconcelos la confusión era el elemento predominante y “subrayándolo todo, con una mortecina línea opaca, el desencanto de la masa traicionada”.²⁸ Calles había impuesto como presidente interino a Emilio Portes Gil, para Vasconcelos “un abogado sin más relieve que su falta de probidad, un huertista con infinita impreparación y máximo servilismo”;²⁹ y había confiado el mando de tropa, el verdadero poder, al general Amaro, un analfabestia que siempre estuvo a un tris de dar un cuartelazo.

En Los Ángeles y en nombre del pueblo mexicano, José Vasconcelos lanzó su candidatura presidencial. En círculos oficiales sus aspiraciones fueron vistas con burla. Lo llamaron “el loco Vasconcelos”, como antaño habían llamado loco a Madero. Sin dinero que gastar a manos llenas entre partidarios “de alquiler”, sin influencias en Norteamérica, sin militares de alta graduación dispuestos al cuartelazo, ¿quién iba a tomarlo en serio? El candidato entró a México por Nogales y sus sim-

²⁷ *Ibid.*, p. 14.

²⁸ *Ibid.*, p. 18.

²⁹ *Ibid.*, p. 20.

patizantes lo llevaron en medio de aclamaciones a la plaza. Un espectador exclamó: “Al teatro, al teatro”, y las puertas del teatro de la ciudad se abrieron para que Vasconcelos pronunciara su primer discurso en suelo mexicano, el 10 de noviembre de 1928.

-La práctica enseña que la dictadura corrompe aun a los mejores [...] Entendamos que sólo una leal contienda de votos podrá libertarnos de la fatalidad de nuevas contiendas armadas [...]. Es urgente fijar las responsabilidades de ese amo absoluto, el presidente [...], es bochornoso que se le tolere un grado de irresponsabilidad que no tienen los reyes de los países civilizados.³⁰

A propósito de la Guerra Cristera, que había estallado en 1926, asentó “el fanatismo se combate con libros, no con ametralladoras”. Habló de los emigrados, tema que conocía en carne propia: con su salida del país “pierde la patria mexicana una verdadera selección de su propia raza (...) a la que un gobierno libre y soberanamente electo puede ofrecer trabajos dignos”.³¹

La campaña constituyó todo un éxito, sobre todo en el norte del país y en la capital de la República. Los entusiastas decían que México experimentaba “un contagio” vasconcelista; en cambio, dentro del oficialismo la burla inicial cedió su lugar a la preocupación, por lo que las agresiones a los vasconcelistas no se hicieron esperar. El gobierno sin el menor rubor desató la violencia, que rápidamente pasó de las intimidaciones a las golpizas, la tortura y los asesinatos; sin embargo, la garra del callismo nunca tocó a Vasconcelos, quien, emulando sus tiempos de ministro, logró que todos los estratos sociales se involucraran en su proyecto. Su campaña fue financiada por la gente del pueblo, por el pueblo mexicano. Vasconcelos había cruzado la frontera con cuarenta dólares en el bolsillo y

³⁰ *Ibid.*, p. 25.

³¹ *Ibid.*, p. 26.

siempre rechazó que se pidiera dinero en su nombre. Siguiendo el ejemplo del presidente Woodrow Wilson, para hacerse de fondos dictó conferencias en todas y cada una de las poblaciones que iba visitando en su gira proselitista. Los interesados abonaban una pequeña cantidad para ingresar al lugar donde hablaría el candidato y de esa manera se sostuvo el movimiento, que también recibía aportaciones de particulares. Las cuotas de ingreso a las conferencias del maestro de América variaban, hubo algunas “a precios populares” en las que sólo se pedía veinte centavos a cada asistente, en su mayoría gente de escasos recursos. Acto seguido, en cada población se fundaba un Club Vasconcelista, en el cual se recababan firmas de apoyo a la candidatura y se ofrecía a los integrantes capacitación política; llegó a haber uno o varios en buena parte del país y un Comité Organizador los coordinó a todos. En contra del parecer de sus jóvenes partidarios, José Vasconcelos enarbó la bandera del Partido Nacional Antirreeleccionista, el viejo partido de su admirado Francisco I. Madero. Tema recurrente en los discursos era que el país vivía un segundo periodo maderista; por doquier llovían las afiliaciones a los clubes y el candidato advertía mucha indignación en contra del gobierno y de los militares. Antes de que su campaña cumpliera los tres meses, supo que sería fácil ganar la elección, “pero después ya sabíamos la costumbre de los militares”, que no era otra que el fraude electoral.

Entre las innumerables adhesiones a la causa vasconcelista, una fue especialmente bienvenida: el comandante en jefe de los Cristeros de Jalisco, general Goroztieta, le hizo llegar el siguiente recado: “si usted llega a verse comprometido, lo tendremos a salvo en las montañas”. “¿Por cuánto tiempo sería eso?”, preguntó Vasconcelos. “Podemos sostenerlo no sólo hasta fin de año y pasadas las elecciones, sino dos años, si es necesario” respondió uno de los jóvenes cristeros que le había llevado el mensaje del general Goroztieta. “Pues bien, díganle

a su jefe que después de las elecciones escapó con rumbo a su campamento”.³² De esta manera, Vasconcelos podría iniciar la rebelión que, según confiaba, se haría nacional. El inesperado fin del conflicto cristero, meses antes de las elecciones, privó a Vasconcelos de un importantísimo aliado a la hora de la verdad. El oaxaqueño atribuyó esa maniobra, que obligó a los alzados a deponer las armas en contra de su voluntad, al embajador Morrow, su real y verdadero contrincante en la lucha por la presidencia de México.

En apariencia la pugna electoral enfrentaba a José Vasconcelos y el Partido Antirreeleccionista con el flamante, recién formado Partido Nacional Revolucionario, que postulaba a Pascual Ortiz Rubio. En realidad, se trataba de una contienda entre José Vasconcelos, representante del pueblo de México, y el aparato gubernamental mexicano (Calles, el ejército, la nueva burguesía producto del latrocinio), controlado en última instancia por el embajador Morrow.

Los dos enemigos tuvieron la oportunidad de verse las caras en un par de ocasiones, la primera en casa de un amigo común, la segunda en la embajada americana, cuando el candidato fue invitado a tomar el almuerzo con el embajador. Para ese entonces ya había tenido lugar la apoteótica entrada de Vasconcelos en la Ciudad de México, que había reunido a por lo menos cuarenta mil personas y hecho recordar la entrada triunfal de Madero como presidente de la república, también se había llevado a cabo la Convención Nacional de su partido, con delegados de todo el país que representaban al millón de mexicanos que habían estampado sus firmas en las actas de los clubes vasconcelistas; pero ya también más de una persona le había dicho al maestro que su triunfo electoral jamás sería reconocido por el gobierno, pues como le hizo saber un discípulo que había asistido a su seminario en la Universidad de Chicago: “Tiene usted todo para triunfar, pero

³² *Ibid.*, p. 116.

le falta algo que en los actuales momentos es importante, la falta de buena voluntad de la embajada yanqui”.³³ Varios militares con mando de tropa que se le habían acercado, dieron la media vuelta al enterarse de que no contaba con el O.K. de los yanquis. Durante el almuerzo, Vasconcelos le reprochó su apoyo a ladrones y asesinos, Morrow replicó que él no tenía la culpa de haberse encontrado con tal clase de gente en el poder, que su deber es tratar con los que representan oficialmente al país. Y los trataba de una manera tal que la política hacendaria de México se manejaba en la embajada americana, donde por cierto se redactaba la gran mayoría de los despachos de prensa destinados al exterior. A manera de despedida, Morrow le esbozó el panorama futuro:

-Va a ser difícil que usted reuna muchos votos [...] porque, aunque yo no niego su popularidad, usted sabe el poder de la maquinaria oficial. A última hora los cómputos pueden dar muchas sorpresas [...]. Pero —añadió— usted está haciendo una obra importante; usted está educando al pueblo en la democracia; le enseñará usted a votar y aunque esta elección la perderán ustedes, porque el gobierno está muy fuerte, en la próxima, de aquí a cuatro años, su triunfo será seguro [...] siempre que no cometan ustedes el error de intentar una rebelión.³⁴

Desde sus primeros actos públicos, Vasconcelos había proclamado que la rebelión sería necesaria en caso de que el gobierno incurriera en el fraude electoral. Y que la rebelión debería llevarse de dos maneras: una pacífica, por medio de la resistencia civil, que había probado su eficacia en India, y la otra por medio de las armas. Concentró el resto de su campaña en un: “No a la imposición”. El corresponsal del *Times* de Londres le advirtió: “—No le contarán ni siquiera los votos. Falsificarán la elección”.³⁵ Y agregó que ante sus ojos sacrifi-

³³ *Ibid.*, p. 182.

³⁴ *Ibid.*, p. 187.

³⁵ *Ibid.*, p. 207.

carán a 30 o 40 de los suyos. Por eso le aconsejó que preparara el futuro y siguiera como opositor al nuevo régimen, por lo demás, el periodista le comentó que su país, Inglaterra, apoyaba al gobierno. Pero Vasconcelos no claudicó, ya que “un pacifismo incondicional no conduce a la libertad, sino a la abyección”. Con una situación tal, no faltó quien exclamara: “—¡Pobre país! Por un lado, Ortiz Rubio rodeado de asesinos; del otro, Vasconcelos rodeado de muchachos”.³⁶

Toda la semana previa a las elecciones el candidato debió soportar escoltas militares impuestas por el gobierno que, con el pretexto de velar por su seguridad personal, no se despegaban de él. Don José, tras mucho reflexionar en las numerosas ocasiones en que pudo haber sido asesinado, de las cuales salió sin un rasguño, llegó a la conclusión de que había órdenes de muy arriba de no acabar con su vida; atribuyó tan sutil decisión a Morrow —los del gobierno mexicano eran incapaces de tales florituras— y algunos hechos posteriores apuntan en tal sentido.

El día de las elecciones, domingo 17 de noviembre de 1929, José Vasconcelos votó en la Estación Díaz, en Sonora. A las seis de la tarde, hora del cierre de las casillas, redactó un mensaje dirigido a México, al partido y a los diarios en el cual se declaraba presidente electo. Sin embargo, en Empalme, Sonora, sus seguidores le informan que porros seguidos de polizontes y amparados por las bayonetas del ejército los habían golpeado y les habían arrebatado las ánforas de la elección. En muchas ciudades, se arrestaba a cualquier oficial sospechoso de vasconcelismo, en infinidad de casillas se hicieron presentes escoltas que manipularon la elección, las autoridades se alzaban con las urnas y las actas electorales nunca aparecieron.

El propio ministro de la Guerra, Amaro, había dado orden a todas las guarniciones de que no se permitiera que los vasconcelistas dominaran una sola casilla y que se disgregara

³⁶ *Ibid.*, p. 273.

por la fuerza cada mesa electoral en donde la mayoría antigobiernista fuese patente.³⁷

Vasconcelos se enteró de los atropellos gracias a los buenos oficios de los telegrafistas que amistosamente le comunicaban las malas nuevas. De esta manera, el actual PRI, el Partido Nacional Revolucionario de 1929, desde sus primeros días mostró sus artimañas: abyecta subordinación al jefe del aparato oficial, apoyo a candidatos “de dedo”, chantaje a los indecisos, violencia que podría llegar al asesinato en contra de los adversarios y la puesta en juego de toda suerte de marrullerías en las vísperas, durante e inmediatamente después de las elecciones. Ante tales atracos, no quedaban sino el levantamiento armado y la resistencia civil, según el maestro había aleccionado a sus seguidores. Pero nada de eso ocurrió, con la honrosa excepción de algunos, muy pocos, brotes aislados, como el encabezado por general cristero Bouquet. De Sonora a Guerrero había escuchado promesas de antiguos maderistas cuyos méritos no habían sido reconocidos, de villistas que no olvidaban el artero asesinato de su jefe, de agraristas víctimas de los nuevos latifundistas emanados de la Revolución; todos y cada uno de esos inconformes le aseguraron que, de producirse el fraude electoral, harían respetar su voto con las armas, pero a la hora de la hora no se rebelaron. En cambio, a los pocos días Vasconcelos recibió la visita de Lloyd, corresponsal de la Prensa Asociada, quien viajó a Guaymas a cumplir un encargo del embajador Morrow, consistente en ofrecerle la Rectoría de la Universidad Autónoma y —para sus amigos y partidarios— uno o dos puestos en el gabinete de Ortiz Rubio. A cambio, José Vasconcelos sólo debía firmar un telegrama, ya redactado, que Lloyd haría circular por todo el mundo. El telegrama que Vasconcelos no transcribe, sólo se limita a entrecomillar la plática que sostuvo con el norteamericano, declaraba lo que por sabido se callaba en México:

³⁷ *Ibid.*, p. 302.

[...] hubo presión en las elecciones, que no fueron limpias, pero que, a pesar de eso, usted (Vasconcelos), por patriotismo y para evitar mayores males, reconoce el triunfo de su adversario y le da la enhorabuena, recomienda a los suyos que le presten apoyo”.³⁸

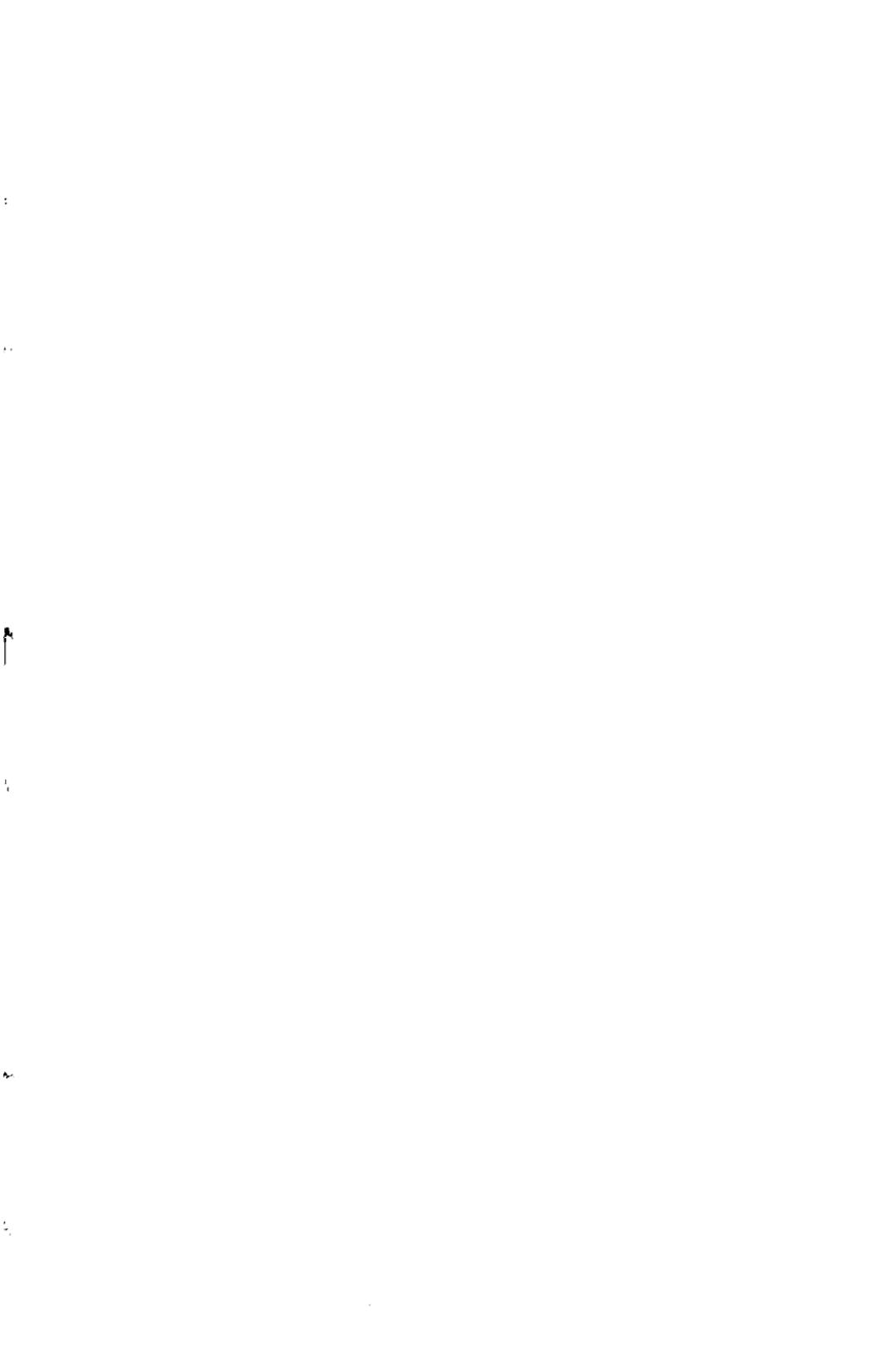
Vasconcelos no ocultó la indignación que le causaba comprobar que dos extranjeros disponían el futuro de México; sin embargo, Lloyd insistió, pero el mexicano se mantuvo firme, por una poderosa razón: la sangre de sus partidarios asesinados por el gobierno. “Aquella sangre me obligaba a ser intransigente, a ser despreciativo”.³⁹ También comprendió que él no había pasado de ser un obstáculo menor para quien realmente manejaba el país: el embajador Morrow. El sacrificio de Madero había causado la ruina del embajador Harry Lane Wilson, el promotor del cuartelazo de Victoriano Huerta. Morrow se cuidó de cometer el mismo error y José Vasconcelos siguió con vida. Como último recurso, Vasconcelos lanzó el Plan de Guaymas, fechado el primero de diciembre de 1929, en el cual pedía respaldo al pueblo mexicano. No obtuvo respuesta y pasó los siguientes diez años en el exilio, una vez más procurándose el pan con la pluma. En su último y cuarto periodo de trasterrado editó, primero en París y posteriormente en la España de la Segunda República, la revista *La Antorcha*, que por un tiempo, antes que su circulación fuera boicoteada, disfrutó de una buena acogida en Latinoamérica; también por algunos meses disfrutó la compañía de Valeria, doña Antonieta Rivas Mercado, una joven y talentosa mujer que se sumó a su campaña presidencial y siguió a su lado en los tiempos malos. A su memoria, y a las “de todos los que cayeron por el ideal de un México regenerado”, una tarea todavía pendiente, Don José Vasconcelos dedicó el cuarto volumen de sus memorias.

³⁸ *Ibid.*, p. 313.

³⁹ *Ibid.*, p. 314.

BIBLIOGRAFÍA

- Vasconcelos, José, *Ulises criollo*, 9ª ed., México, Ediciones Botas, 1945, 466 pp.
- , *El proconsulado*, (cuarta parte de *Ulises criollo*), 3ª ed., México, Ediciones Botas, 1946, 653 pp.
- , *La tormenta*, (segunda parte de *Ulises criollo*), 7ª ed., México, Ediciones Botas, 1948, 597 pp.
- , *El desastre*, (tercera parte de *Ulises criollo*, continuación de *La tormenta*), 5ª ed., México, Ediciones Botas, 1951, 691 pp.



México convulso. El camino desde la Revolución Mexicana hacia la revolución del arte moderno en el muralismo

Connie Marchante Saez*

La naturaleza mexicana ha sido admirada y ambicionada por muchos hombres a través de los siglos. Fue en 1519 cuando Hernán Cortés desembarcó en lo que hoy se conoce como el estado de Veracruz y decidió emprender la conquista de México, a pesar de las autoridades españolas, que se lo habían prohibido y a las que prefirió enfrentarse antes que renunciar a poseer esa maravillosa, exuberante, sorprendente y mágica tierra.

Octavio Paz, nos presenta la geografía mexicana como una síntesis sorprendente de climas y paisajes que vuelven al país una maravilla de la naturaleza, llena de fortalezas de roca y valles repletos de vida.¹ Paz defiende el papel de México como puente que a través de los siglos ha logrado ser un lugar de encuentro entre distintas civilizaciones, desde la unión de la civilización mesoamericana con las tribus nómadas del norte hasta nuestros días, cuando México es la puerta que conecta dos mundos muy distintos: el de los norteamericanos y el de los latinoamericanos.

El afán de posesión de la tierra por parte del hombre lo acompaña más allá incluso de su propia creación. Desde el

* Profesora de Literatura de la Universidad de Alicante.

¹ Octavio Paz, "El águila, el jaguar y la Virgen", v.v.a.a., *México: esplendores de 30 siglos*, México, CONACULTA, 1993.

*Génesis*² ('el hombre poseerá la tierra') hasta nuestros días, ha jugado un papel fundamental en la vida de las personas y de las sociedades, creándose una memoria histórica de relación hombre-tierra que va mas allá de toda razón o gobierno. Tras el periodo de Conquista de Cortés, la sangre indígena y española se filtró en las fértiles selvas, las llanuras, los templos indígenas, los campamentos españoles... tal vez sería justo indicar que fue en el baño de sangre común donde surgió el primer mestizaje, la mezcla de sangre primigenia, protegida por la tierra de un nuevo mundo, alimentándola en procesos de dolor y guerras.

Durante el periodo colonial, tanto los conquistadores como el clero y las autoridades representantes del Rey recibieron grandes extensiones territoriales, "premio a sus crueles y a la par brillantes hazañas".³ Este apropiamiento desproporcionado de las tierras, por parte de unos pocos, creó con el paso del tiempo una necesidad que crecía de modo intrínseco a las siguientes generaciones criollas principalmente: la de la Reforma Agraria, que sería una de las piezas fundamentales del estallido de la Revolución. Silva Herzog cita la obra *México a través de los siglos*, del historiador Riva Palacio, quien afirma, como muchos otros, la causa principal del alzamiento en contra del gobierno de Porfirio Díaz.

Esas bases de división territorial en la agricultura y esa espantosa desproporción en la propiedad y posesión de las tierras, constituyó la parte débil del cimiento al formarse aquella sociedad, y ha venido causando grandes y trascendentes trastornos económicos y políticos: primero en la marcha de la colonia y después en la de la República.⁴

² "Dios los bendijo y les dijo: "sed fecundos y multiplicaos, poblad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y cuantos animales se mueven sobre la tierra". *Génesis*, 1: 26, *La Biblia*, Madrid, ediciones Paulinas, 1989.

³ Jesús Silva Herzog, *Breve Historia de la revolución mexicana*, México, FCE, 1972, p. 8.

⁴ *Ibidem*, p. 9.

Tal vez esa geografía intrincada y caprichosa quisiera que los sucesos que cambiaran su historia no fueran menos complicados. El destino quiso que México albergara dos civilizaciones, que han combatido y convivido, incluso de forma individual, en la búsqueda incansable del “ser mexicano” y obtener por fin su lugar en la tierra. No obstante, y a pesar de los numerosos choques violentos, físicos o espirituales, que tuvo que soportar el pueblo mexicano, Octavio Paz en *México, esplendores de treinta siglos*, se da cuenta de la voluntad de pervivencia de éste, al margen de los “desastres” históricos.

MÉXICO Y SU REVOLUCIÓN

Realmente la Revolución Mexicana marca uno de los periodos más importantes de la historia de México como nación independiente, pero también uno de los más sangrientos. Nuestro interés en este momento histórico reside en la plasmación artística por parte de los posteriores protagonistas del muralismo mexicano —no sólo pictóricamente sino en su propia escritura— de muchos de los sucesos que acontecieron en el proceso revolucionario. Surge esta Revolución como un sinsentido⁵ lleno de violencia, que no logró solucionar nada por completo, aunque sí dio un aliciente para la paz, con forma de documento: la Constitución de 1917. Existen estudios que defienden que sus consecuencias se alargaron hasta el año 1950, ya que Carranza fue asesinado en 1920 y fuerzas renovadas de la Revolución y Contrarrevolución se enfrentaron durante décadas de forma violenta. No obstante, históricamente la

⁵ Jesús Silva Herzog, determina el inicio del hecho de la Revolución en el asesinato del señor Aquiles Serdán, un dirigente maderista de Puebla, por haber asesinado él a Miguel Cabrera, jefe de la policía, quien quería realizar un registro en su casa y así descubrir que ocultaba armas y munición en ella. Este, sin embargo, sería el comienzo de la “revolución burguesa”, ya que el Partido Liberal Mexicano (PLM) ya había actuado bélicamente antes, *op. cit.*, p. 177.

Guerra Civil⁶ abarcó los años de 1910-1917, cuando se firmó la mencionada Constitución. Finalmente, muchos críticos son los que ponen un fin al enfrentamiento en 1921, cuando es nombrado José Vasconcelos ministro de Educación y emprende una nueva aventura cultural y artística mexicana.⁷

Si resulta complicado establecer un fin al periodo bélico revolucionario, sus comienzos no parecen menos problemáticos. James D. Cockcroft afirma que, salvo la idea del derrocamiento del dictador Porfirio Díaz,⁸ todos los propósitos que se fueron conociendo de la Revolución no estaban bien establecidos o tan siquiera definidos en 1910.⁹ Los dos grandes grupos revolucionarios que el crítico establece al principio de la Revolución son el PLM y los seguidores de Madero. Por una parte, los primeros defendían una revolución más violenta, los obreros, por un lado, y campesinos, por el otro, llegaron a las armas desde el primer día buscando una “revolución social” bajo el grito de: “Tierra y Libertad”; por otra parte, los mexicanos a favor de Madero luchaban pacíficamente —en apariencia— en contra de una reelección de Díaz, actuando en defensa de los intereses de las clases alta y media, con los cuales estaban coaligados. Los maderistas abogaban por una democracia política bajo el lema, “Sufragio efectivo, no reelección”. Son los representantes de la “revolución burguesa”, la cual no fue defendida por los artistas del muralismo. Por tanto, ya desde

⁶ La Guerra Civil en México es considerada “una parte integral de la Revolución”, véase Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1974, p. 192.

⁷ Octavio Paz intenta desmentir la creencia de que la Revolución Mexicana fue la única causa directa del muralismo, aunque sí es obvio que la Revolución fue un factor determinante ya que apoyó económicamente y con muros públicos al movimiento, *op. cit.*

⁸ Porfirio Díaz procuró, en su dictadura durante treinta años, una inmovilidad tanto política como social, aunque fue la responsable de la aparición de una nueva clase, acomodada y financiadora de un buen número de artistas.

⁹ Cockcroft, *op. cit.*, p. 161.

los comienzos de la Revolución se produce un desacuerdo de clases que mantendría a los mexicanos enfrentados entre sí, según conviniera a sus intereses. El muralismo fue el movimiento artístico por excelencia que defendió el “arte social” mexicano. Cuando los críticos definen la Revolución Mexicana, bien como una revolución burguesa, bien como una reivindicación campesina, se están refiriendo sólo a una parte de los que lucharon en ella. No obstante, las posiciones de ambos extremos permanecieron en movimiento constante (hecho que perjudicó gravemente el desarrollo de la Revolución y alargó las luchas, incluso más de lo necesario).¹⁰ Los maderistas, por tanto, no contaron con los campesinos para su revolución de forma incondicional, ya que los primeros, mucho más interesados por una política “centrista”, buscaban una mejora del sistema capitalista que Porfirio Díaz había establecido en México, pero que permanecía estancado y amenazado, tanto por la acción de los Estados Unidos como por la de las clases bajas mexicanas.

Estas claras divisiones entre ambos grupos producirían una guerra civil y una profunda escisión que marcaría toda la Revolución. Los medios de comunicación (fundamentalmente periódicos, panfletos o proclamas), al cargo de muchos intelectuales mexicanos, también tomaron parte activa, beneficiando los desacuerdos y desencuentros entre PLM y maderistas. Los diferentes periódicos del momento se convirtieron en un lugar de encuentro para los adversarios intelectuales en las batallas revolucionarias, ya que cada representante de uno u otro partido-movimiento se expresaba o atacaba al oponente de forma

¹⁰ La revolución de Madero se inclinó ligeramente hacia la izquierda en el año 1913, debido a la acción de Carranza, a la vez que había intentado negociar la paz con Porfirio Díaz durante el comienzo del proceso revolucionario, por medio de pactos electorales.

“libre”.¹¹ Aunque Madero había optado en un principio por una revolución no violenta, pronto siguió el ejemplo de los partidarios del PLM, que ya llevaban cinco años con la experiencia del campo de batalla. El enfrentamiento entre los grupos del bando antiporfirista no se pudo solucionar a nivel ideológico y esto llevó a la desestructuración de dicho bando y de un posible ejército mucho más eficaz.¹²

Las acciones de Madero contribuyeron a una mayor inestabilidad, “el violento desarme de los ejércitos revolucionarios hizo dudar a muchos de la devoción de Madero por la Revolución”.¹³ Según Silva Herzog, “es cierto que Madero había cometido no pocos errores en el ejercicio del poder; pero también es cierto que la prensa al comentarlos les daba un alcance mucho mayor y los amplificaba sin medida”.¹⁴ Tras innumerables conflictos y matanzas, los generales Blanquet, Huerta y Reyes fueron los principales dirigentes del golpe de Estado contra Madero en febrero de 1913. Pareciera entonces que se cumplía el “vaticinio” que Porfirio Díaz lanzaba contra Madero cuando decía: “Madero ha desatado un tigre, veamos si es capaz de someterlo”¹⁵. David Alfaro Siqueiros recuerda el gobierno de Madero así:

Madero, el primer presidente de la Revolución aún en estado de nebulosa, había sido un gobernante romántico; un iluso, decían sus enemigos, los desplazados de la dictadura porfiriana y los “jóvenes prácticos”, que aspiraban a crear una nueva dictadura con aires demagógicos. [...] pospuso

¹¹ La gran importancia de muchos de estos artículos produjo graves consecuencias y represalias de diversa índole; muchos intelectuales tuvieron que huir exiliados o fueron encerrados en prisión.

¹² Durante el periodo 1906-1911, “triunfó” o tuvo mayor eficacia el grupo de Madero y, a partir de 1910, sería el PLM el que consiguiera mayores triunfos militares.

¹³ Cockcroft, *op. cit.*, p. 172.

¹⁴ Silva Herzog, *op. cit.*, p. 278.

¹⁵ Cit. en Leonard Folgarait, *Mural Painting*, Cambridge University Press, USA, 1998, p. 2.

la reforma agraria, obrera y de independencia nacional (estructura fundamental de la Revolución base de los anhelos populares aún inconexos), limitándose a conceder al país la más amplia libertad democrática que éste había conocido y la cual fue usada por sus enemigos para hacerle víctima de los más groseros sarcasmos. Con esa política “angelical” alejó a sus amigos y se entregó atado en manos de sus enemigos (entregó a la Revolución) [...].¹⁶

Fue a partir del periodo anterior a 1913 cuando los zapatistas radicalizaron más sus ideas; la necesidad de la Reforma Agraria (problema fundamental que marcaría todo el proceso revolucionario), fue el lema de muchas de las revueltas que se produjeron en estos tiempos. En octubre de 1911, algunos antimaderistas firmaron el Plan de Tacubaya días antes del nombramiento de Madero, en el que se explicita: “El problema agrario en sus diversas modalidades es, en el fondo, la causa fundamental de la que derivan todos los males del país y de sus habitantes”.¹⁷

Si tuviéramos que definir con algún rasgo el devenir de la Revolución Mexicana, tendríamos que acudir irremediablemente a la infinidad de divisiones, polémicas y conflictos que se produjeron a lo largo del periodo 1910-1917. Los “estira y afloja” de la Revolución trajeron más desgracias que triunfos o avances a favor de la paz en México. Tras el golpe de Estado que se produjo en contra del gobierno de Madero en febrero de 1913, Pascual Orozco y aquellos que le seguían decidieron reconocer al régimen de Victoriano Huerta, que asumió el poder por medios militares y no democráticos, cuando las diferencias entre revolucionarios eran ya abismales. Huerta llegó a ser presidente interino; Madero y su vicepresidente Pino Suárez, fueron arrestados y ejecutados a tiros en 1913. A pesar de que sus ideales fueron muy nobles (la no violencia, la demo-

¹⁶ David Alfaro Siqueiros, *Me llamaban el Coronelazo, Memorias de David Alfaro Siqueiros*, México, Grijalbo, Biografías Gandesa, 1977, p. 89.

¹⁷ Silva Herzog, *op. cit.*, p. 253.

cracia, un propósito de avance industrial para el país, etcétera), Madero no supo comprender a “ese tigre” de la Revolución que bien adivinó Porfirio Díaz; la consecuencia de sus errores fue que la espiral de muerte que creó la propia Revolución lo atrapó, convirtiéndolo en uno de los llamados “mártires” de esa matanza que continuaría hasta prácticamente 1920, cuando el animal salvaje logró ser amaestrado.¹⁸

Muchos mexicanos reaccionaron ante la forma brutal de derrocar a Madero. Los obreros y campesinos se unieron a la convocatoria hecha por Carranza contra los golpistas, los ejércitos revolucionarios de Emiliano Zapata, Pancho Villa y el Constitucionalista lucharon contra el ejército federal. Todos estos lograron durante un breve tiempo unirse contra un enemigo común, que fue el régimen golpista de José Victoriano Huerta.

En un discurso de Carranza se reconoce la necesidad de una reforma social, sin embargo, para Cockcroft, “exceptuando el agrupamiento campesino bajo Zapata, las clases mexicanas no estaban alineadas rígidamente en una “guerra de clases”.¹⁹

La guerra civil se intensificó en la fase de 1914-1917 después de derrotar a Huerta. Los ejércitos de Zapata y Villa (quienes proclamaban la causa agraria), hicieron una guerra defensiva contra las fuerzas de Carranza y Obregón (que pretendían imponer la ley constitucional, la democracia y el maderismo), unidos en el ejército Constitucionalista. La alianza Carranza-Obregón triunfó finalmente sobre zapatistas y villistas.²⁰ La Constitución de 1917, la cual procuró ciertas concesiones a la izquierda, reconociendo la reforma agraria y un

¹⁸ A partir de la década de los veinte, se ha considerado un nuevo periodo llamado “Postrevolucionario”, que buscaba el establecimiento definitivo de una paz tanto social como política, como principal objetivo.

¹⁹ Cockcroft, *op. cit.*, p. 196.

²⁰ Obregón logró ascender a la presidencia pero fue asesinado, como tantos otros “mártires” de la Revolución.

código de derecho obrero en dos artículos constitucionales, se promulgó el 5 de febrero de 1917; Venustiano Carranza fungió como presidente desde mayo de ese año hasta que fue asesinado en 1920, año en que se eligió a Obregón como el representante del poder ejecutivo de la nación

El presidente Obregón fue quien nombró a José Vasconcelos primer secretario de Educación Pública en octubre de 1921. Consideramos esta fecha importantísima en tanto que Vasconcelos es el autor intelectual-político del movimiento artístico que conocemos como muralismo. Será a partir de este momento cuando debemos tener en cuenta otra revolución, esta vez en el campo del arte, que se trata sin duda del nacimiento del arte moderno mexicano.²¹

EL POSIBLE PATRIARCADO DEL MURALISMO MEXICANO

Muchos críticos se han enfrascado en interminables polémicas en el momento de establecer un posible padre intelectual a modo de “fundador o creador” del muralismo mexicano. Por un lado, los artistas, quienes se apoyaban en la hazaña del primer mural para proclamarse fundadores de este arte tan representativo del pueblo mexicano; por otro lado, los impulsores de este movimiento, tanto en la política (José Vasconcelos) como en la cultura (desde la herencia del grabador José Guadalupe Posada hasta las ideas más innovadoras del momento, que proclamaba el pintor Gerardo Murillo, también conocido como el doctor Atl). A pesar de estos “enfrentamientos”, José Vasconcelos es el más defendido como verdadero promotor intelectual del movimiento muralista.²²

²¹ Octavio Paz, *op. cit.*

²² A pesar de que Vasconcelos surge como el promotor político del movimiento muralista, en esta obra también tendremos en cuenta dos figuras esenciales para la creación de este arte puramente mexicano; por un lado, un precursor artístico que fue maestro de los artistas muralistas, José Guadalupe Posada; por otro lado, un promotor intelectual que actuó con

Charlot, Diego Rivera y Fernando Leal reclaman para sí la gloria de ser los primeros. Vasconcelos aparece como animador de esta faceta de la cultura mexicana. Escuchándole extraemos la deducción de la poca importancia que tiene la materialidad de terminar un mural a la encáustica. Afirma “que los artistas, y particularmente los pintores, nunca han tenido ideas; siempre han necesitado que los filósofos y los poetas se las den”. En realidad, la pugna no deja de ser más que un problema de expectación periodística.²³

LA DEFENSA POLÍTICA Y LA NECESIDAD INTELECTUAL DEL MURALISMO: JOSÉ VASCONCELOS

José Vasconcelos²⁴ es sin duda un personaje fascinante y una figura esencial en la historia contemporánea de México, que a su vez también quiso construirse en una autobiografía, su *Ulises criollo*,²⁵ en la que retrata desde su peculiar visión cultural el proceso de descomposición del porfiriato, el desarrollo y triunfo de la Revolución Mexicana y el inicio de la etapa del régimen posrevolucionario mexicano donde él comenzó su labor como secretario de Educación, en los primeros años de la década de los años veinte.

Si en algo admiraba este gran pensador a los Estados Unidos, era en las escuelas que sus dirigentes promovieron durante los años de 1890, aunque en su autobiografía podemos observar cómo lamentaba las diferencias de clase y raza

los muralistas a la vez que Vasconcelos, mediante sus teorías acerca de la plástica y su necesaria funcionalidad, el doctor Atl.

²³ C. F. y A. S., “La pintura mural en México”, *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 9, 1948, p. 686.

²⁴ De forma curiosa, encontramos que José Vasconcelos (1882-1959) era hijo de un burócrata del régimen de Porfirio Díaz y que su madre era una devota católica que le procuraba gran cantidad de lecturas religiosas. Por sus escrituras, queda demostrado que Vasconcelos fue un hombre que se procuró lecturas de diversa índole, no sólo religiosa, sino también filosófica, política, artística literaria, tanto de los clásicos como de autores modernos, etc.

²⁵ José Vasconcelos, *Ulises criollo*, Ediciones Botas, 1935.

que se mantenían a partir del enfrentamiento bélico de 1847, entre Estados Unidos y México, por causa del choque racial tan sangriento, los recuerdos del derramamiento de sangre y otra serie de circunstancias mantenían el rencor entre mexicanos y norteamericanos. Sin motivos muchas veces, tan sólo por escuchar un inesperado grito de *greasers* o de *gringo*, solían producirse choques violentísimos.

No obstante y a pesar de esa imagen de México y los Estados Unidos como “enemigos históricos”, tanto los muralistas como la artista Frida Kahlo, residieron en el país de los “gringos”, como los llamaría la artista mexicana (a través de sus escrituras, sabemos que “Gringolandia” será para Frida Estados Unidos, mientras que con “Mexicalpán de las Tunas” bautizará a su propio país) y lograron una fama que en México a veces tardaba o “traicionaba”, tal y como Frida, siendo esposa de Rivera, expone en una de sus cartas:

Yo sí protesto, y quiero decirle la tremenda responsabilidad histórica que su gobierno asume, permitiendo que la obra de un pintor mexicano, reconocido mundialmente como uno de los más altos exponentes de la Cultura de México, sea cubierta, escondida a los ojos del pueblo de este país y a los del público internacional por razones *sectarias, demagógicas y mercenarias*.²⁶

Como secretario de Educación, Vasconcelos examinó profundamente los problemas de la tierra mexicana que la llevaron a la Revolución. A pesar de que siempre se sintió como parte de la clase media, compartía las quejas hacia los poderosos terratenientes con los más humildes y se consideraba jun-

²⁶ Fragmento extraído de Frida Kahlo, *Abi les dejo mi retrato* (recopilación de Raquel Tibol), México, editorial Lumen, 2005. Carta de la artista Frida Kahlo al presidente Miguel Alemán Valdés, el 29 de octubre de 1948, refiriéndose al hecho de que los arrendatarios del Hotel del Prado en México cubrieron uno de los murales de Diego Rivera, para que no pudiera ser visto por los huéspedes ni demás ciudadanos.

to a los pobres oprimidos, “los desheredados”.²⁷ La solución era por tanto una alianza de la clase media y baja para derribar a la aristocracia que defendía el porfiriato.

Vasconcelos, joven estudiante de derecho, se preocupaba por su cultura y fue ávido lector de los clásicos de la literatura y las obras filosóficas más importantes. Su relación con los intelectuales de la época también facilitó su enriquecimiento cultural. La diferencia entre clases sociales en México era abismal y Vasconcelos se dio buena cuenta de ello. El resentimiento que provocaban los aristócratas crecía en él, mientras un español llamado José Rodríguez lo adoctrinaba “en un ‘socialismo’ derivado de Blasco Ibáñez y de la literatura anarquista de Barcelona”.²⁸

Fue uno de los intelectuales que apoyaron la carrera política de Madero hacia la presidencia, mediante mítines o artículos en periódicos que siempre terminaban en polémica, incluso provocándole un breve exilio (por atacar ferozmente al porfiriato).

No obstante, cuando Madero llegó a la presidencia Vasconcelos no quiso participar en el nuevo gobierno. Sólo el asesinato de Madero por Victoriano Huerta y su apoyo norteamericano, el embajador Henry Lane Wilson, logró que Vasconcelos despertara a una vida política totalmente activa, ofreciendo su ayuda a muchos dirigentes de la Revolución Mexicana, tales como Venustiano Carranza, Pancho Villa, Eulalio Gutiérrez y finalmente, Álvaro Obregón en 1920.

Tras la caída de Carranza, Vasconcelos fue nombrado rector de la Universidad Nacional donde no paró hasta lograr la Secretaría de Educación Pública que tanto buscaba, gracias también al presidente interino Adolfo de la Huerta, quien dejó un presupuesto para los planes de educación de Vasconcelos antes de abandonar la presidencia.

²⁷ Vasconcelos, *op. cit.*, p. 133.

²⁸ John Skirius, *op. cit.*, p. 16.

Obregón nombró a Vasconcelos secretario de Educación Pública en 1921, aunque ya se dedicaba con fuerza a ello en 1920. Recibió grandes presupuestos que le permitieron dar una imagen de México “como lugar interesado en la educación, la cultura y la democracia”.²⁹ El papel de Vasconcelos en la educación y cultura mexicana es asombroso. Siempre se preocupó por un proceso de alfabetización para el pueblo mexicano. No obstante, puede que su modelo partiera de la también comenzada Revolución Rusa y el Ministro de Cultura soviético,³⁰ ya que la Revolución Mexicana precedió a la rusa, y cuando ésta comenzó, la inteligencia mexicana no apartó la vista del conflicto al otro lado del océano.³¹

Para Vasconcelos, durante el periodo 1920-1924 la Revolución no había terminado y la educación era una de las grandes armas que disponía para llevarla a cabo a su manera: “La revolución anda ahora en busca de los sabios”.³² La Secretaría de Educación vasconcelista fue muy activa y en diversos frentes desde sus inicios. Luchó contra el analfabetismo y facilitó la enseñanza de niños pobres. Consiguió que la Secretaría de Educación fuera conocida en toda la América de lengua hispana gracias a sus múltiples publicaciones, algunas de las cuales también provocaron alguna polémica.³³ Pero sin duda, lo que más nos interesa de las acciones de esa secretaría, fue que procuró la colaboración de numerosos e importantísimos activistas culturales. A pesar de que en esta obra sólo nos ocuparemos de artistas pictóricos, los hubo de todos los ámbitos

²⁹ *Ibidem*, p. 17.

³⁰ Diego Rivera fue uno de los artistas que visitó la Unión Soviética y participó, a la vez que admiró, a sus grandes dirigentes como a sus ideas políticas.

³¹ Dore Ashton, “Mexican Art of the Twentieth Century”, en *Mexico, splendors of thirty centuries*, Nueva York, MOMA, 1990, p. 555.

³² Cita de José Vasconcelos en John Skirius, *op. cit.*, p. 17.

³³ Un ejemplo de esta afirmación es la distribución por parte de Vasconcelos de los clásicos de la literatura y que algunos consideraron “fantasía aristocrática”, en contra de esta acción.

artísticos. De hecho, Vasconcelos confiesa: "Siempre me ha preocupado la opinión de los poetas".³⁴ Nombres como los de Diego Rivera, Pedro Henríquez Ureña, Vicente Lombardo Toledano (posteriormente director de la Escuela Nacional Preparatoria, gracias a Vasconcelos) o Gabriela Mistral, ya nos dan una idea del talento y sensibilidad de los muchos intelectuales que rodearon a José Vasconcelos.

Lamentablemente, la labor del político no duró mucho, pues en 1924 renunció a su puesto para presentarse a la candidatura de gobernador del estado de Oaxaca, aunque no consiguió su objetivo, ya que no recibió el apoyo de Calles y Obregón. José Carlos Rovira explica la riqueza e importancia de la trayectoria vital de Vasconcelos y su posición privilegiada en la política mexicana durante ese breve periodo,

La peripecia vital de Vasconcelos asume [...] un camino que va, desde un imaginativo radicalismo indigenista, a posiciones conservadoras que son, simbólicamente, un paradigma de la política mexicana de nuestro siglo: el populismo inicial [...] se construye en el interior de una amplia producción creativa y ensayística, convirtiendo al autor en una figura determinada por la política en la que tiene un saldo indudablemente positivo durante los años que van de 1921 a 1924, en los que ocupó la secretaría de Instrucción Pública y realizó una amplia actividad de fomento de una cultura popular y de atracción a México de intelectuales de varias áreas de América Latina. El año 1929, con su fracaso en la candidatura presidencial, y un intento conspirativo de asumirla posteriormente, marca una inflexión en su actividad política e intelectual, tras un período de estancia en los Estados Unidos.³⁵

Vasconcelos se fue alejando de la izquierda dado su pesimismo acerca de lo que observaba en los acontecimientos

³⁴ Cita de José Vasconcelos en John Skirius, *op. cit.*, p. 19.

³⁵ José Carlos Rovira Soler (ed.), *Identidad cultural y literatura, Antología del pensamiento hispanoamericano*, Alicante, Instituto Juan Gil Albert, Gráficas Estilo, 1992, p. 31.

que se sucedían en México, llegando a la obsesión de criticar y atacar al régimen de Calles, aunque en la distancia, hasta que decidiera volver a la política siendo candidato para la presidencia de México. Volvió a fracasar, por causa de las acciones del partido que se encontraba en el poder. Como candidato, tampoco dejó de lado sus ideas acerca de las reformas educativas que necesitaba el país:

Sólo una administración honesta, sólo el arreglo prudente del problema económico, del problema político, podrán darnos la tranquilidad y las riquezas que son necesarias para llevar adelante una labor educativa verdaderamente fecunda. Por ahora el desastre es el más profundo que imaginarse pudiera y no hay exageración al decir que somos el pueblo más atrasado del Nuevo Mundo en materia de atención educativa.³⁶

LA RECUPERACIÓN DEL CONCEPTO ARTÍSTICO-CRÍTICO DE JOSÉ GUADALUPE POSADA

La pintura mexicana perteneciente al periodo muralista es considerada por muchos estudiosos el “producto de una ideología y de una historia”.³⁷ Los pintores más representativos del muralismo bebieron en gran medida de las mismas fuentes culturales y artísticas. Sin duda, la figura más representativa de todo ese proceso de aprendizaje acerca de la cultura y el arte propiamente mexicano es José Guadalupe Posada, por lo que es necesario incluirlo en este estudio.

Los muralistas crecieron observando los grabados de Posada, quien, gracias a la plasmación de una gran carga social en sus trabajos, promovió muchas de las ideas políticas que desarrollaron los artistas en su madurez.³⁸ Sus calaveras sati-

³⁶ Cita de Vasconcelos en John Skirius, *op. cit.*, p. 219.

³⁷ C. F. y A. S., *op. cit.*, p. 685.

³⁸ Cada vez que en el presente trabajo se nombre a “los muralistas”, me refiero a los artistas José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera.

rizaron tanto a los ricos como a los pobres, a los cultos como a los iletrados, nadie podía escapar de la mirada del ingenioso y sagaz grabador. El propio Diego Rivera en su autobiografía reconoce haber tenido un contacto personal directo con él:

Fui auxiliado en los trabajos preparatorios de mi exposición por mi amigo Francisco Urquidí, que entonces era secretario de la Escuela de Bellas Artes, y por su director, Lebrija. Mis antiguos profesores, José María Velasco, Félix Parra y José Guadalupe Posada, también participaron en el arreglo de mi exposición.³⁹

Posada luchó activamente en todas las publicaciones donde participó en contra del gobierno de Porfirio Díaz y su corrupción, fue un artista de y para la Revolución Mexicana (tal vez de ahí el gran interés y el amable recuerdo que los muralistas tuvieron de este satírico artista, considerándole un verdadero maestro). Lamentablemente, hacia 1920, José Guadalupe Posada fue olvidado por la crítica y la historia del arte, e incluso los académicos contemporáneos, negándole todo el valor que poseía su obra. José Guadalupe Posada es considerado como artista “popular”, porque provenía del pueblo, porque nutrió su obra del imaginario popular mexicano y porque supo transmitir su mensaje a un público amplio. Utilizaba como modelos algunos grabados religiosos novohispanos y algunas fotografías de profesionales apreciados en la época. Tomó asimismo símbolos populares como los animales ponzonosos, culebras y serpientes, esqueletos, el fuego, el rayo, la sangre, es decir, muchos iconos de la imaginería mexicana popular.⁴⁰

³⁹ Diego Rivera, *Mi arte, Mi vida*, México, Editorial Herrero, 1960, p. 69.

⁴⁰ Alejandra Mora Velasco, “José Guadalupe Posada; la muerte y la literatura” (<http://www.elnavegante.com.mx/portada03.html>). Esta iconografía popular mexicana también será utilizada, entre otros, por la artista Frida Kahlo, quien durante toda su producción pictórica tendrá presente la estrecha relación entre la cultura mexicana y la muerte.

Posada tuvo un pequeño taller en la calle de Santa Inés cerca de la Catedral y de la imprenta de Vanegas Arroyo en la calle de Santa Teresa.⁴¹ La Catedral y sus alrededores, el Zócalo, eran el corazón político, social y cultural de la capital mexicana. Los muralistas José Clemente Orozco y Diego Rivera, en sus autobiografías, coinciden en el papel de maestro que tuvo Posada, en mayor o menor medida. Orozco lo narra de la siguiente manera:

Bien sabido es que Vanegas Arroyo fue el editor de extraordinarias publicaciones populares, desde cuentos para niños hasta los corridos, que eran algo así como los extras periodísticos de entonces, y el maestro Posada ilustraba todas esas publicaciones con grabados que jamás han sido superados, si bien muy imitados hasta la fecha [...].

Posada trabajaba a la vista del público, detrás de la vidriera que daba a la calle, y yo me detenía encantado por algunos minutos, camino de la escuela, a contemplar al grabador, cuatro veces al día, a la entrada y salida de las clases [...]. Éste fue el primer estímulo que despertó mi imaginación y me impulsó a emborronar el papel con los primeros muñecos, la primera revelación de la existencia del arte de la pintura.⁴²

Gracias al “rescate” de los muralistas, José Guadalupe Posada se convirtió en un personaje casi mítico. Puesto que el grabador fue olvidado por mucho tiempo, algunos críticos consideraron que no todos los trabajos (sin firma que de-

⁴¹ David W. Kiehl, “Printmaking: Posada and his contemporaries”, en *Mexico, splendors of thirty centuries*, MOMA, 1990, p. 540. Estas referencias no coinciden, sin embargo, con las que cita José Clemente Orozco en su *Autobiografía*: “En ese mismo año ingresé como alumno en la Escuela Primaria Anexa a la Normal de Maestros, que en esa época ocupaba el edificio que ha sido sucesivamente Escuela de Altos Estudios, Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública y Facultad de Filosofía y Letras, en la calle de Licenciado Verdad. En la misma calle y a pocos pasos de la escuela, tenía Vanegas Arroyo su imprenta, en donde José Guadalupe Posada trabajaba en sus famosos grabados”, *Autobiografía*, ediciones Era, México, 1996, p. 13.

⁴² Clemente Orozco, *op. cit.*, p. 14.

muestre una autoría) que se le atribuyen son suyos, por lo que se podría haber producido una cierta “idealización” de la nueva imagen de Posada. Orozco escribió de nuevo sobre Posada en su correspondencia a su esposa, quejándose acerca de algunos valores excesivamente “folklóricos” con los que pretendieron etiquetar al grabador.

EL MENTOR Y AMIGO IDEOLÓGICO: GERARDO MURILLO, EL “DOCTOR ATL”

Finalmente, debemos tener en cuenta una figura primordial para el surgimiento del arte muralista e incluso, para sus mayores representantes; Gerardo Murillo, más conocido con el sobrenombre de Dr. Atl. Su estrecha relación con los muralistas parte del encuentro personal en la Academia de Bellas Artes de San Carlos, donde el doctor Atl tenía un estudio propio, después de su experiencia europea.

Fue Porfirio Díaz quien pensionó a Gerardo Murillo como estudiante de pintura en Europa. Cursó filosofía y derecho en la Universidad de Roma y descubrió el arte italiano, el cual lo sorprendió y fascinó durante el resto de su vida. Recibió el sobrenombre de Dr. Atl (“Agua”, fuente de la vida en náhuatl) del mismísimo Leopoldo Lugones, a quien conoció en 1911, por medio de sus acciones políticas e intereses artísticos.

Cuando regresó a México tras su época de aprendizaje europea, organizó una exposición para la revista *Savia Moderna* que patrocinaban los jóvenes más brillantes del momento. Exhibieron sus primicias De la Torre, Rivera y Ponce de León, entre otros, quienes acabaron con el llamado estilo *pompier*.⁴³

Atl logró formar un grupo de intelectuales y artistas que colaboraran con él en sus proyectos y comulgaran con sus ideales acerca del arte e incluso la política, entre los que se en-

⁴³ v.v.a.a. del Colegio Nacional, México, “Doctor Atl” (<http://www.colegionacional.org.mx/Atl.htm>).

contraron José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros.⁴⁴ Durante sus reuniones en el taller o en la imprenta de su periódico, Murillo predicaba los ideales constitucionalistas y los proyectos que tenía para lograr una evolución en la literatura, el arte, la ciencia y el periodismo; acusaba una actitud que repugnaba la injusticia y tendía al socialismo bíblico. En 1910, se organiza una exposición sobre pintura española por parte de artistas mexicanos, que representan al gobierno mexicano. Esta primera sección de la exposición termina con la iniciativa de Gerardo Murillo de crear el Centro Artístico con el propósito de pintar los muros públicos (primer germen del muralismo), idea que se vio interrumpida por el estallido de la Revolución en noviembre de 1910.

A pesar de que sus propósitos artísticos no pudieron culminarse en aquel tiempo, Atl fue un fervoroso defensor de la Revolución Mexicana y ese mismo año, decidió organizar una exposición que celebrara el centenario de la Independencia mexicana, para conectar de este modo la totalidad de la historia de su nación como un gran círculo caprichoso. El hecho, de carácter nacionalista, se convirtió en un escándalo trascendente, aunque no tuvo efectos inmediatos evidentes. Tras este hecho, tuvo que volver a París durante algún tiempo, donde fundó un periódico en el que se propuso atacar las acciones del golpista y asesino de Madero, Victoriano Huerta.

Volvió a México disfrazado de italiano, sin barba, y hablando exclusivamente el idioma de aquel país. Venustiano Carranza lo comisionó en 1914, para plantearle a Zapata la necesidad de unificar las fuerzas armadas. Antes, Atl se distinguió por su elocuencia carismática. Convenció a los obreros de la Casa del Obrero Mundial para que se afiliaran a Carranza. En Orizaba, publicó el periódico *El Imparcial*, cuyas oficinas se instalaron en el saqueado templo de Los Dolores;

⁴⁴ En aquel tiempo el pintor Diego Rivera se encontraba en Europa, gracias a una beca de estudios, que le permitió enriquecerse artística y políticamente.

esta misma experiencia la narra José Clemente Orozco en su *Autobiografía*, quien reconoce al doctor Atl como un verdadero maestro que los impulsó a sentir que eran capaces de crear algo nuevo, un arte puramente mexicano pero que fuera capaz de atravesar el tiempo de forma indemne.

En aquellos talleres nocturnos donde oíamos la entusiasta voz del Doctor Atl, el agitador, empezamos a sospechar que toda aquella situación colonial era solamente un truco de comerciantes internacionales; que teníamos una personalidad propia que valía tanto como cualquiera otra. Debíamos tomar lecciones de los maestros antiguos y de los extranjeros, pero podíamos hacer tanto o más que ellos. No soberbia, sino confianza en nosotros mismos, conciencia de nuestro propio ser y de nuestro destino.⁴⁵

Con Orozco mantuvo una muy buena relación aun cuando el muralista decidió probar suerte en Estados Unidos durante el periodo 1927-1930, ayudándolo en su afán de ganar un reconocimiento artístico mediante nuevas exposiciones, tal y como Orozco relata en las cartas a su esposa:

En días pasados le escribí a Atl y a Galván, pues como te digo, Atl va a venir el año que entra con la exposición mexicana y quiero estar en contacto con él para controlar yo mis cosas en lugar de que jueguen conmigo, como otras veces.⁴⁶

Artísticamente, su mayor interés se basó en la vulcanología, que había estudiado en Italia (1911), y dedicó la mayor parte de su oficio como pintor a los paisajes de volcanes. Decoró varios patios de jardines provincianos. Se desvivió por el arte hasta el punto que quiso aportar nuevas técnicas para la

⁴⁵ José Clemente Orozco, *op. cit.*, p. 22.

⁴⁶ José Clemente Orozco, *Cartas a Margarita (1921-1949)*, México, ediciones Era, 1987, p. 182. Cuando Orozco se refiere a que "juegan con él", está pensando en los responsables de las galerías, que en más de una ocasión se aprovecharon de la obra del muralista para enriquecerse, pero sin que él obtuviera grandes beneficios a su vez.

pintura, como los atl-color, que se podían imprimir sobre papel, tela o roca (se trataba de un color seco, inventado por él).

En 1914, Atl fue nombrado interventor de la Escuela Nacional de Bellas Artes y a los pocos meses llegó a ser su director, para ser suspendido al año siguiente. Las profesoras Mary Carmen Salazar Bolaños y Ángela Gaytán Rueda nos cuentan acerca de la personalidad de este pensador y artista, tan emprendedor como polémico:

Fue un hombre que se preocupaba por su país y siempre estuvo apoyando al pueblo al margen de lo que sucedía, por eso mismo fue uno de los protagonistas de la Revolución Mexicana que luchó para que el país fuese uno de los mejores.⁴⁷

REFLEXIONES A MODO DE CONCLUSIÓN

Tal y como he pretendido exponer a lo largo de estas páginas, queda reflejado el contexto histórico y cultural que precedió ese gran momento del arte mexicano, que surgió casi como una evolución natural de pensadores, tales como el doctor Atl o José Vasconcelos, y pintores mexicanos, como José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera. Además de por su clara motivación cultural, artística y, no debemos olvidarlo tampoco, didáctica popularmente, el muralismo no hubiese existido sin la urgente necesidad del hombre mexicano por contar una historia recientemente vivida, por narrar con imágenes plásticas la lucha revolucionaria, sus logros o quiénes eran los protagonistas de la contienda. La situación cultural de México en aquellos momentos fue totalmente propicia para el encuentro de grandes artistas, que sólo de aquel modo supieron plasmar, en paredes o textos, la realidad que les rodeaba, las gentes que podían ver, las ideas que respira-

⁴⁷ Mary Carmen Salazar Bolaños y Ángela Gaytán Rueda, “‘Doctor Atl’, Gerardo Murillo”, Universidad de Guadalajara (<http://mexico.udg.mx/Arte/Pintura/Atl/atl.html>).

ban... el México más doliente pero también el más social, aquel que podrá ser recordado e interpretado universalmente por las generaciones futuras.

BIBLIOGRAFÍA

- Ashton, Dore, "Mexican Art of the Twentieth Century", *Mexico, splendors of thirty centuries*, Nueva York, MOMA, 1990.
- C. F. y A. S., "La pintura mural en México", *Cuadernos hispano-americanos*, núm. 9, 1948.
- Cockcroft, J. D., *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1974.
- Folgarait, Leonard, *Mural Painting*, Cambridge University Press, USA, 1998.
- Kahlo, Frida, *Abí les dejo mi retrato*, editora Raquel Tibol, México, Lúmen, 2005.
- Kiehl, David W., "Printmaking: Posada and his contemporaries"; *Mexico, splendors of thirty centuries*, Nueva York, MOMA, 1990.
- Mora Velasco, Alejandra, "José Guadalupe Posada; la muerte y la literatura" (<http://www.elnavegante.com.mx/portada03.html>).
- Orozco, José Clemente, *Cartas a Margarita (1921-1949)*, México, editorial Era, 1987.
- , *Autobiografía*, México, editorial Era, 1996.
- Paz, Octavio, "El águila, el jaguar y la Virgen", v.v.a.a., *México: esplendores de 30 siglos*, México, CONACULTA, 1993.
- Rivera, Diego, *Mi arte, Mi vida*, México, editorial Herrero, 1960.
- Rovira Soler, José Carlos (ed.), *Identidad cultural y literatura, Antología del pensamiento hispanoamericano*, Alicante, Instituto Juan Gil Albert, Gráficas Estilo, 1992.
- Salazar Bolaños, Mary Carmen; Ángela Gaytán Rueda, " 'Doctor Atl', Gerardo Murillo", Universidad de Gua-

dalajara (<http://mexico.udg.mx/Arte/Pintura/Atl/atl.html>).

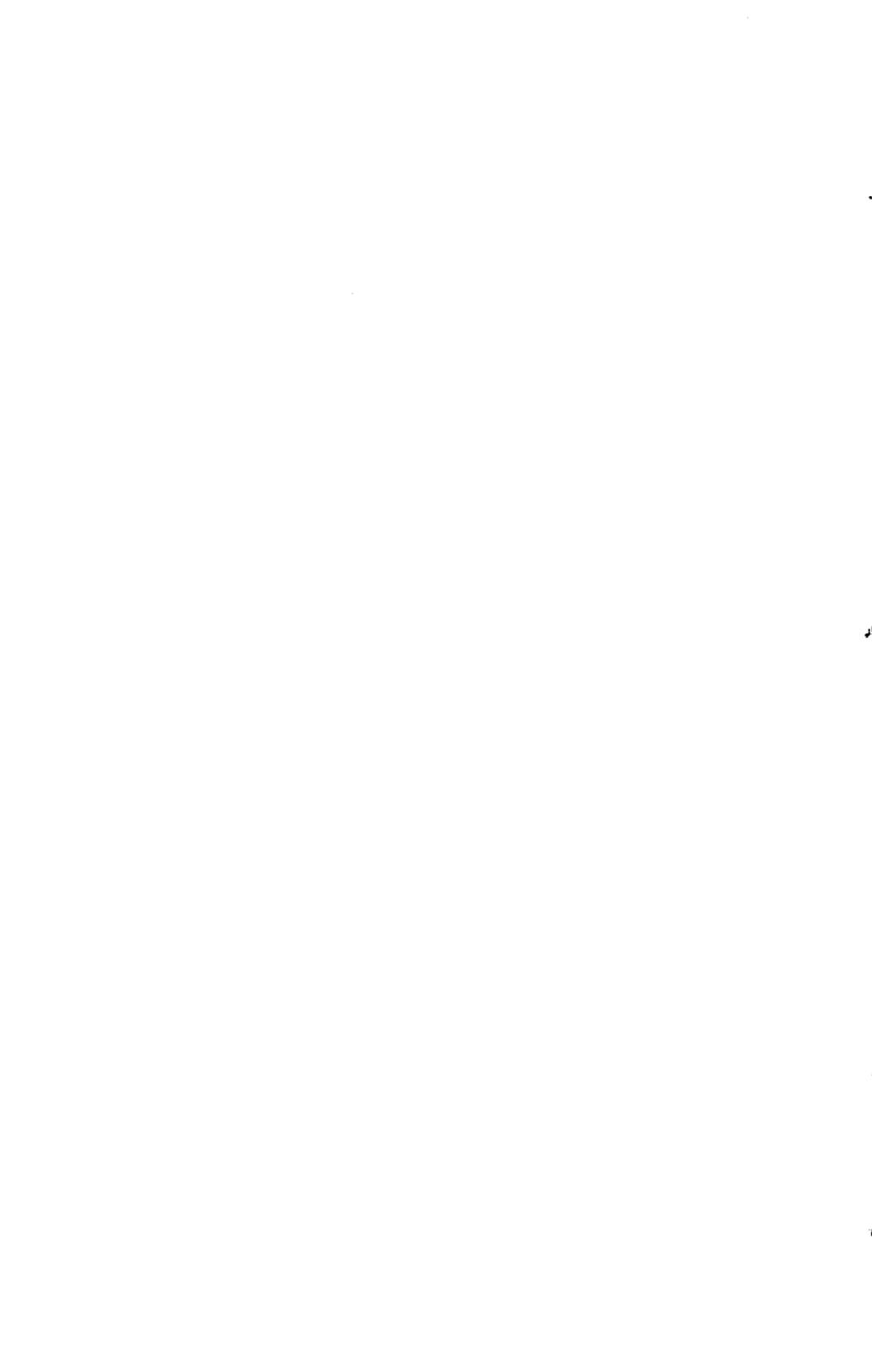
Silva Herzog, Jesús, *Breve Historia de la Revolución Mexicana*, México, FCE, 1972.

Siqueiros, David Alfaro, *Me llamaban el Coronelazo, Memorias de David Alfaro Siqueiros*, México, editorial Grijalbo, Biografías Ganesa, 1977.

Skirius, John, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, Félix Blanco (traductor), México, Siglo XXI, 1978.

Vasconcelos, José, *Ulises criollo*, Ediciones Botas, 1935.

V.V.A.A. del Colegio Nacional, "Doctor Atl" (<http://www.colegionacional.org.mx/Atl.htm>).



*Textos e imágenes de tiempos convulsos.
México insurgente y revolucionario*

Se terminó de imprimir en enero de 2011 en
Editorial Botello, S. A. de C. V., Priv. de Lava 20,
Col. Jardines del Pedregal, México, D. F.

La edición consta de 1,000 ejemplares de 208 páginas,
realizada en impresión offset sobre papel cultural de 90 grs.,
portada sobre cartulina sulfatada de 12 pts.,
plastificado mate, encuadernación rústica cosida
y refinada a tamaño 20.5 x 13.5 cms.